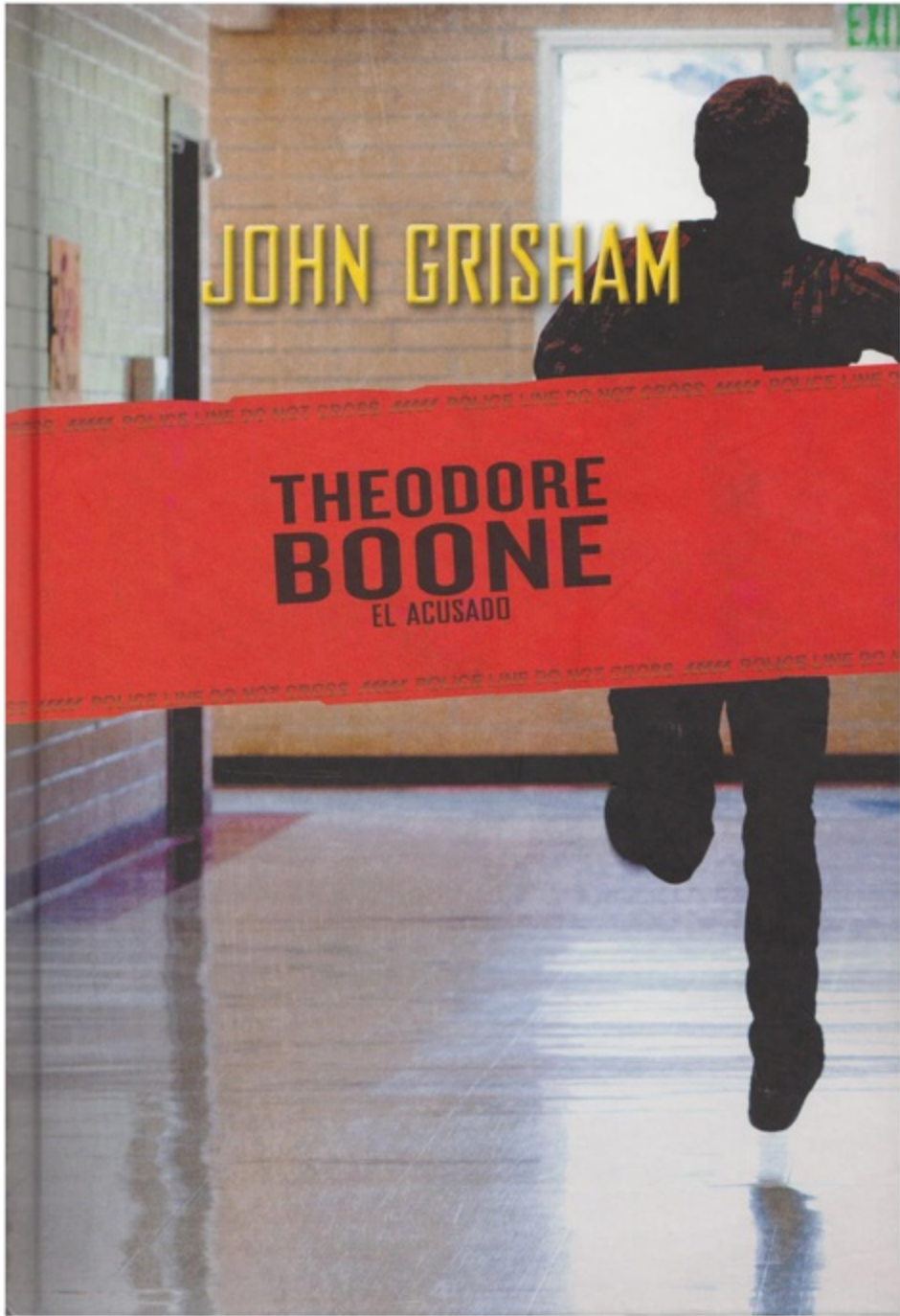




JOHN GRISHAM

**THEODORE
BOONE**
EL ACUSADO



John Grisham

EL ACUSADO

Theodore Boone 3

Sinopsis

Theodore Boone solo tiene 13 años, pero ya ha resuelto con éxito dos casos. Ahora se enfrentará a su mayor reto hasta el momento: sentarse en el banquillo de los acusados.

Theo ha sido injustamente inculpado de robo, todos los indicios van en su contra y él es el único que puede demostrar su propia inocencia...

El acusado era un hombre adinerado que respondía al nombre de Pete Duffy, y el cargo presentado contra él era el de presunto asesinato. Según la policía y los fiscales, el señor Duffy estranguló a su encantadora esposa en su magnífica casa situada junto al hoyo seis de un campo de golf cercano. Sin embargo, el acusado afirmaba que ese día había estado jugando al golf, solo. Si le condenaban, pasaría el resto de su vida en prisión. Si le absolvían, saldría del tribunal como un hombre libre. Tal como habían ido las cosas hasta el momento, el jurado no lo había encontrado culpable, pero tampoco inocente.

Esta era la segunda vista. Cuatro meses atrás, el primer juicio había concluido abruptamente cuando el juez Henry Gantry decidió que no era procedente continuar. Lo declaró nulo y envió a todo el mundo a casa, incluido a Pete Duffy, que quedó en libertad bajo fianza. En la mayoría de los procesos por asesinato, el acusado no puede pagar una fianza y esperar fuera de prisión a que se celebre el juicio. No obstante, como el señor Duffy disponía de dinero y buenos abogados, había estado libre como un pajarillo desde que la policía halló el cuerpo de su esposa y él fue acusado de haberla asesinado. Se le había visto por toda la ciudad, comiendo en sus restaurantes favoritos, presenciando partidos de baloncesto en el Stratten College, asistiendo a la iglesia (con mayor frecuencia de la habitual) y, por supuesto, jugando asiduamente al golf. Mientras esperaba a que se celebrara la primera vista, parecía indiferente ante la perspectiva del juicio o ante la posibilidad de acabar en prisión. Pero ahora, al enfrentarse a la segunda, y con un nuevo testigo por parte de la acusación dispuesto a declarar, se rumoreaba que Pete Duffy estaba más que preocupado.

El nuevo testigo era Bobby Escobar, un inmigrante ilegal de diecinueve años que estaba trabajando en el campo de golf el día en que la señora Duffy fue asesinada. Había visto al señor Duffy entrar en su casa aproximadamente a la misma hora en que murió su esposa, y luego salir a toda prisa para continuar con sus prácticas de golf. Por una serie de razones evidentes, Bobby no se presentó al primer proceso hasta que este ya estaba en curso. Sin embargo, cuando el juez Gantry escuchó la historia de Bobby, declaró el juicio nulo. Ahora, con el joven dispuesto a testificar, la mayoría de los ciudadanos de Strattenburg, que habían seguido muy de cerca el caso Duffy, esperaban que le declararan culpable. Era prácticamente imposible encontrar a alguien que creyera que Pete Duffy no había asesinado a su esposa.

Y también era muy difícil encontrar a alguien que no quisiera asistir al juicio. Un juicio por asesinato en el Tribunal de Strattenburg era un suceso excepcional —de hecho, el asesinato era algo excepcional en el condado de Stratten—, y a las ocho de la mañana, justo después de que el tribunal abriera sus puertas, una gran multitud empezó a congregarse ante la entrada. El jurado fue seleccionado tres días antes, y había llegado el momento de dar comienzo al gran espectáculo judicial.

A las 8.40, el señor Mount pidió silencio a su clase de octavo y pasó lista. Los dieciséis chicos estaban presentes. La tutoría duraría solo diez minutos y terminaría justo antes de que los alumnos se dirigieran a su primera clase de Español con madame Monique.

El señor Mount tenía prisa.

—Muy bien, señores —dijo—. Como ya sabéis, hoy es el primer día del segundo asalto contra Pete Duffy. Durante la celebración del primer juicio se nos permitió acudir como público para presenciar la apertura del proceso, pero, como también sabéis, mi petición para asistir a la apertura del segundo ha sido denegada.

Se oyeron algunos silbidos y ligeros abucheos.

El señor Mount alzó las manos.

—Vale, ya es suficiente... No obstante, nuestra querida directora, la señora Gladwell, ha accedido a que Theo acuda a la apertura del juicio y luego nos informe al respecto. Theo...

Theodore Boone se puso en pie de un salto y, como los abogados cuyas actuaciones ante el tribunal solía presenciar y admirar, caminó con aire decidido hasta situarse delante de la clase. Llevaba en una mano una libreta de hojas amarillas, parecía un auténtico letrado. Se detuvo junto a la mesa del señor Mount, hizo una breve pausa y miró a sus compañeros como si de verdad fuera un abogado litigante preparándose para dirigirse al jurado.

Como los padres de Theo eran abogados, el chico se había criado en los despachos. Acudía a los juzgados mientras sus compañeros de octavo de la Escuela de Enseñanza Media Strattenburg practicaban deporte, recibían clases de guitarra y hacían las cosas que los chavales de trece años solían hacer. Theo amaba el mundo de las leyes, las estudiaba y analizaba, y apenas hablaba de otro tema. Por todas esas razones, sus compañeros no dudaban en dejar que fuera él quien tomara la palabra cuando trataban temas legales. En cuestiones judiciales, Theo no tenía rival, al menos en la clase de Tutoría del señor Mount.

—Bien —empezó Theo—, hace cuatro meses estuvimos todos presentes en la apertura del primer juicio, así que ya conocéis las alineaciones y los contendientes. Los abogados son los mismos. Los cargos son los mismos. El señor Duffy sigue siendo el señor Duffy. Sin embargo, en esta ocasión hay un jurado distinto y, por supuesto, está el asunto del nuevo testigo que no declaró en la vista anterior.

—¡Culpable! —gritó Woody desde el fondo de la clase.

Otros alumnos se sumaron al grito.

—Muy bien —dijo Theo—. Votación a mano alzada. ¿Quién piensa que Pete Duffy es culpable?

Catorce de las dieciséis manos salieron disparadas hacia arriba sin ningún tipo de vacilación. Chase Whipple, un científico loco que se enorgullecía de no coincidir nunca con la mayoría, permaneció con los brazos cruzados.

Theo no votó, pero no dudó en mostrar su irritación.

—¡Esto es absurdo! ¿Cómo podéis votar culpable antes siquiera de que el juicio haya comenzado?, ¿antes de saber lo que el testigo tiene que decir?, ¿antes de que haya ocurrido nada? Ya hemos hablado con anterioridad de la presunción de inocencia. En nuestro sistema legal, una persona acusada de un delito es inocente hasta que se demuestre lo contrario. Cuando Pete Duffy entre esta mañana en la sala del tribunal, lo hará como una persona completamente inocente, y continuará siéndolo hasta que todos los testigos hayan declarado y se hayan presentado todas las pruebas ante el jurado. La presunción de inocencia... ¿os suena?

El señor Mount, de pie en un rincón, observó a Theo en su salsa. Ya lo había visto antes en muchas ocasiones. El chico tenía un talento innato y era la estrella del equipo de debate de octavo, del que el profesor era el asesor.

Theo continuó con su alegato, fingiendo todavía estar indignado ante la precipitación de sus compañeros a la hora de emitir un juicio.

—Y debe demostrarse la culpabilidad más allá de cualquier duda razonable... ¿Lo habéis olvidado? ¿Qué os pasa, chicos ?

—¡Culpable! —volvió a gritar Woody despertando algunas risas entre la clase.

Theo sabía que aquella era una causa perdida.

—Vale, vale —se rindió—, ¿puedo irme ya?

—Claro —respondió el señor Mount.

El timbre sonó con estridencia y los dieciséis chicos se encaminaron hacia la puerta. Theo salió raudo al pasillo y se dirigió a toda prisa a secretaría, donde la señorita Gloria, la secretaria de la escuela, estaba al teléfono. Theo le caía bien porque su madre llevó el caso de su primer divorcio. Además, el chico la había aconsejado de manera extraoficial en una ocasión cuando detuvieron a su hermano por conducir ebrio. La mujer le entregó un formulario amarillento de salida firmado por la señora Gladwell y Theo se marchó. Según el reloj que había sobre el mostrador de la señorita Gloria, eran exactamente las 8.47.

Una vez fuera, en el aparcamiento para bicicletas que había junto al mástil de la bandera, desató la cadena de la suya, la enrolló alrededor del manillar y salió disparado. Si obedecía las normas de circulación y se ajustaba al trazado de las calles, llegaría a las puertas de los juzgados en quince minutos. Pero si tomaba los atajos habituales, pasaba por uno o dos callejones y se saltaba al menos un par de señales de stop, podría llegar en unos diez minutos. Ese día no había tiempo que perder. Theo era consciente de que la sala del tribunal estaría ya abarrotada, y tendría suerte si conseguía un

asiento.

Con la bicicleta volando por los aires en un par de ocasiones, se metió por un callejón y luego pedaleó a toda velocidad por el patio trasero de un hombre al que conocía, un tipo bastante desagradable que llevaba siempre uniforme y se comportaba como si fuera un auténtico agente de la ley, cuando de hecho no era más que un guardia de seguridad a tiempo parcial. Se llamaba Buck Boland (o Buck Baloney, «farsante», como algunos se referían a él a sus espaldas), y Theo lo había visto de vez en cuando por los juzgados. Cuando el muchacho pasaba como un rayo por el patio trasero del señor Boland, oyó un grito airado: «¡Fuera de aquí, mocoso!». Theo giró a la izquierda justo a tiempo de ver cómo el hombre lanzaba una piedra en su dirección. La piedra cayó muy cerca de él, y Theo pedaleó aún más fuerte.

«Por un pelo», pensó. Tal vez debería buscarse una nueva ruta.

Nueve minutos después de haber salido de la escuela Theo se detuvo delante del tribunal del condado de Stratten, encadenó a toda prisa su bicicleta a los soportes y entró corriendo al edificio, subió la majestuosa escalinata y llegó ante las impresionantes puertas de la sala del juez Gantry. Había una gran multitud a la entrada: espectadores haciendo cola para intentar acceder al interior, cámaras de televisión con sus brillantes focos y varios alguaciles de expresión adusta tratando de mantener el orden. De estos últimos, el que peor le caía al chico de todo Strattenburg era un viejo cascarrabias llamado Gossett, y la mala suerte quiso que este divisara a Theo mientras trataba de abrirse paso entre el gentío.

—¿Dónde crees que vas, Theo? —gruñó Gossett.

«Debería resultar obvio adónde voy —pensó rápidamente Theo para sus adentros—. ¿Dónde si no podría ir en este momento, cuando está a punto de empezar el más importante juicio por asesinato en la historia de nuestro condado?» Pero ir de listillo no le ayudaría en esta situación.

Theo sacó el papel de la escuela y se lo tendió, al tiempo que decía en tono suave:

—Señor, tengo permiso de mi directora para asistir a la vista.

Gossett le arrebató la hoja y la escrutó furibundo, como si fuera a disparar contra Theo si lo que ponía en el documento no fuera pertinente. Theo pensó decirle: «Si necesita ayuda, puedo leérselo yo mismo», pero, una vez más, se mordió la lengua.

—Esto es de la escuela —dijo Gossett—. No es un pase para acceder a la sala. ¿Tienes autorización del juez Gantry?

—Sí, señor —contestó Theo.

—Enséñamela.

—No la tengo por escrito. El juez Gantry me dio permiso verbal para asistir como público al juicio.

Gossett frunció aún más el ceño, negó con la cabeza con aire de gran autoridad y replicó:

—Lo siento, Theo. La sala está abarrotada. Ya no quedan asientos. Estamos obligando a la gente a marcharse.

Theo cogió el papel y trató de adoptar una expresión como si fuera a romper a llorar. Retrocedió, se dio la vuelta y enfiló por el largo pasillo. Cuando Gossett ya no podía verlo, se escabulló por una estrecha puerta y bajó a toda prisa por una escalera de servicio que solo utilizaban los conserjes y el personal técnico. Al llegar a la planta baja, recorrió un oscuro y angosto corredor que discurría por debajo de la gran sala del tribunal, y luego, como quien no quiere la cosa, entró en una sala de descanso donde los empleados de los juzgados se reunían para tomar café y rosquillas y compartir cotilleos.

—Vaya, hola, Theo —dijo la encantadora Jenny, de lejos la secretaria favorita de Theo en todo el tribunal.

—Hola, Jenny —saludó el chico sonriente, sin pararse mientras atravesaba la pequeña habitación.

A continuación se metió en un cuarto de servicio, lo cruzó y salió por el otro lado a un descansillo que daba a una escalera oculta. En décadas pasadas, esta se utilizaba para conducir a los convictos desde las celdas hasta la sala principal del tribunal, pero en la actualidad rara vez se usaba. El antiguo edificio de los juzgados era un laberinto de angostos corredores y estrechas escaleras, y Theo los conocía todos y cada uno de ellos a la perfección.

Accedió a la sala por una puerta lateral situada junto a la tribuna del jurado. El lugar bullía con la conversación nerviosa de los espectadores que sabían que iban a presenciar un gran acontecimiento. Varios guardias uniformados deambulaban por el interior, hablando entre ellos con aire importante. Ante la puerta principal todavía se amontonaba la gente que intentaba acceder al interior. En la parte izquierda de la sala, en la tercera fila por detrás de la mesa de la defensa, Theo divisó un rostro familiar.

Se trataba de Ike, su tío, que estaba guardándole un sitio al que era su sobrino favorito (y el único). Theo se abrió paso como pudo a lo largo de la hilera y finalmente logró encajarse en un estrecho asiento al lado de Ike.

Tiempo atrás, Ike Boone había ejercido como abogado. De hecho, compartió bufete con los padres de Theo. Los tres Boone crearon una sólida sociedad que perduró hasta que a Ike se le cruzaron los cables y se metió en problemas, serios problemas con la justicia, que llevaron al Colegio de Abogados a revocar su licencia para la práctica jurídica. Actualmente trabajaba como contable y asesor financiero para varias empresas pequeñas de Strattenburg. Era un hombre mayor desconectado de su familia que, en general, llevaba una vida bastante desdichada. Le gustaba considerarse un tipo solitario, un marginal, un rebelde que vestía como un viejo hippy, con el pelo largo y canoso recogido en una coleta. Ese día lucía su típico atuendo: sandalias gastadas sin calcetines, vaqueros descoloridos y una camiseta roja debajo de una cazadora a cuadros con las mangas deshilachadas.

—Gracias, Ike —susurró Theo mientras se acomodaba en su asiento.

Ike sonrió sin decir palabra. Estaba sentado a la derecha de Theo. A la izquierda de este había una mujer atractiva de mediana edad a la que nunca había visto. Miró a su alrededor y distinguió a varios letrados entre el público. Los padres de Theo habían afirmado estar demasiado ocupados para perder el tiempo asistiendo al juicio, aunque el chico sabía que estaban más que interesados en su desarrollo. Su madre era una reputada divorcista con una numerosa clientela, mientras que su padre se ocupaba de transacciones inmobiliarias y nunca iba a los juzgados. Algún día Theo sería un gran abogado judicial ante los tribunales, sin nada que ver con divorcios ni trámites inmobiliarios. O tal vez sería un gran juez, como su amigo Henry Gantry. No lograba decidirse, pero aún le quedaba mucho tiempo. Tan solo tenía trece años.

La tribuna del jurado estaba vacía. Theo había presenciado suficientes juicios para saber que no conducirían a los miembros al interior de la sala hasta que todo el mundo hubiera ocupado sus asientos. En la pared de detrás del estrado colgaba un gran reloj cuadrado, y a las 8.59 los fiscales entraron por una puerta lateral con su acostumbrado aire de solemnidad. Encabezaba la comitiva Jack Hogan, un veterano abogado que llevaba muchos años persiguiendo a delincuentes en Strattenburg. Cuatro meses atrás, durante la celebración de la primera vista, Theo quedó enormemente impresionado por las aptitudes del letrado ante el tribunal, y después de aquello había estado considerando durante semanas la posibilidad de llegar a ser fiscal, el hombre al que todo el mundo recurriría cuando se cometiera algún horrible crimen en la ciudad. El señor Hogan estaba rodeado por varios de sus jóvenes fiscales e investigadores. Formaban un gran equipo.

Al otro lado del pasillo, la mesa de la defensa estaba vacía: no había aparecido ni un solo miembro del equipo encargado de defender a Pete Duffy. Sin embargo, justo detrás, en la primera fila Theo pudo ver a Omar Cheepe y a su esbirro, Paco, un par de matones contratados por la defensa para hacer indagaciones y causar problemas. Mientras las agujas del reloj avanzaban y la gente se

acomodaba en los asientos, resultaba extraño, al menos para Theo, que solo la mitad de los abogados estuvieran presentes y listos para dar comienzo al juicio. El juez Gantry era muy estricto con el tema de la puntualidad, y cuando a las nueve en punto seguían sin aparecer el público empezó a mirar el reloj: las 9.05, luego las 9.10. Por fin, a las 9.15, el equipo de la defensa entró en la sala del tribunal y ocupó su lugar. Estaba encabezado por Clifford Nance, un conocido abogado criminalista al que, en ese momento, se veía pálido y con expresión perpleja. Se inclinó sobre la barandilla que separaba la zona del público e intercambió unas palabras en corrillo con Omar Cheepe y Paco. Al parecer, algo iba mal.

No había ni rastro de Pete Duffy que debía estar sentado a la mesa de la defensa junto a Clifford Nance.

Omar Cheepe y Paco abandonaron precipitadamente la sala.

A las 9.20, un alguacil se irguió y gritó:

—¡En pie ante el tribunal!

En ese momento, el juez Henry Gantry entró por una puerta situada detrás del estrado, con su toga negra ondeando tras él. El alguacil prosiguió:

—¡Atención, el tribunal penal del Distrito Diez ha abierto su sesión! ¡Preside el honorable Henry Gantry! Que los que tengan algo que decir se acerquen al estrado. ¡Dios bendiga este tribunal!

—Por favor, siéntense —dijo el juez Gantry, y la concurrencia, todavía en proceso de incorporarse, volvió a ocupar rápidamente sus asientos.

El juez Gantry fulminó con la mirada a Clifford Nance y respiró profundamente. Todos los ojos siguieron la trayectoria de los suyos, y el señor Nance pareció palidecer aún más. Al final, el juez preguntó:

—Señor Nance, ¿dónde está su defendido, Peter Duffy?

Clifford Nance se levantó muy despacio. Se aclaró la garganta y, cuando por fin habló, su magnífica voz sonó chirriante y llena de frustración.

—Señoría, no lo sé. El señor Duffy debería haberse presentado esta mañana a las siete en mi despacho para una reunión preparatoria, pero no ha sido así. No ha telefoneado ni enviado ningún fax, correo electrónico o mensaje de texto, ni a mí ni a nadie de mi equipo. Hemos llamado repetidas veces a sus distintos números de teléfono, sin obtener respuesta. Hemos ido a su casa, pero allí no hay nadie. En este momento lo estamos buscando, pero parece que se lo haya tragado la tierra.

Theo escuchaba sin poder dar crédito, al igual que el resto de la concurrencia. Uno de los guardias uniformados se incorporó y dijo:

—Señoría, ¿me permite?

—Adelante.

—Esta es la primera noticia que tenemos al respecto. Si se nos hubiera notificado previamente, podríamos haber emprendido la búsqueda.

—Bueno, pues pónganse a ello cuanto antes —espetó el juez, airado. Era evidente que estaba muy enfadado por la incomparecencia de Pete Duffy. Dio un golpe con el mazo y anunció—: Declaro un receso de una hora. Por favor, comuniquen a los miembros del jurado que se acomoden y aguarden en sus dependencias.

Y, dicho esto, el juez Gantry desapareció por la puerta que había detrás del estrado.

Durante unos instantes, el público quedó sumido en un estupor lleno de incredulidad, como si pensarán que permaneciendo allí sentados, esperando, verían a Pete Duffy entrar en la sala de un momento a otro. Después empezaron a oírse murmullos y conversaciones en voz baja, y luego varios de los presentes se levantaron y comenzaron a moverse inquietos de acá para allá. Sin embargo, nadie se marchó, porque nadie quería perder su asiento. Seguramente Pete Duffy aparecería en cualquier momento, se disculparía por llegar tarde, echando la culpa a una rueda pinchada o poniendo alguna otra excusa, y el juicio podría iniciarse.

Transcurrieron diez minutos. Theo observó cómo los abogados de ambas partes se acercaban poco a poco hasta el centro de la sala y conversaban entre ellos en susurros. Frunciendo el ceño con expresión grave, Jack Hogan y Clifford Nance hablaban con las cabezas muy juntas, como si comparasen notas sobre el proceso.

—¿Qué opinas, Ike? —preguntó Theo en voz baja.

—Creo que se ha fugado.

—¿Y eso qué implica?

—Implica muchas cosas. Duffy puso algunas propiedades como aval para obtener la fianza, usándolas como garantía de que se presentaría ante el tribunal, así que ahora le serán confiscadas y las perderá. Claro que, si en efecto se ha fugado, ya no tendrá que preocuparse por las propiedades, porque se pasará el resto de su vida huyendo. Vivirá como un fugitivo... hasta que lo capturen.

—¿Lo cogerán?

—Es lo que suele ocurrir. Su cara aparecerá en todas partes: en internet, en los carteles de los más buscados y en todas las comisarías del país. Le resultará muy difícil evitar que lo capturen, aunque ha habido casos muy sonados de fugitivos que nunca les han pillado. Por lo general suelen huir del país y esconderse en América del Sur o en sitios así. La verdad es que me sorprende mucho. Nunca pensé que Pete Duffy tuviera agallas para fugarse.

—¿Agallas?

—Pues sí. Piénsalo, Theo. El tipo mata a su mujer y tiene la suerte de que el primer juicio acabe

siendo declarado nulo. Es consciente de que eso no volverá a suceder y que lo que le espera es pasarse el resto de su vida en prisión. En su caso, yo también me arriesgaría a fugarme. Seguramente tendrá dinero oculto en algún lugar. Habrá conseguido papeles nuevos, una nueva identidad, puede que le esté ayudando algún colega. Conociendo a Duffy, lo más probable es que en su plan también haya alguna jovencita de por medio. Si quieres saber mi opinión, se trata de una jugada brillante.

Tal como lo contaba Ike sonaba como si fuera una gran aventura, pero para Theo no estaba tan claro. Mientras las agujas del reloj se acercaban a las diez, el chico se quedó mirando la silla vacía donde debería estar sentado el procesado, y le resultaba imposible creer que Pete Duffy se hubiera saltado la fianza, hubiera huido de la ciudad y se dispusiera a vivir como un fugitivo.

Omar Cheepe y Paco reaparecieron y se reunieron en corrillo con Clifford Nance. Por la manera en que negaban con la cabeza, susurraban con vehemencia e intercambiaban duras miradas, era evidente que la situación no había mejorado. Pete Duffy estaba en paradero desconocido.

Un alguacil se acercó a los abogados y los condujo hasta las dependencias del juez Gantry para mantener otra reunión. Varios guardias contaban chistes junto a la tribuna del jurado. El ruido en la sala fue aumentando a medida que la concurrencia se mostraba cada vez más inquieta y frustrada.

—Empiezo a aburrirme, Theo —dijo Ike.

Unas cuantas personas habían abandonado ya la sala.

—Yo me quedaré por aquí —repuso Theo.

Su única opción era volver a la escuela con las manos vacías y soportar el resto de las clases. El documento firmado por la directora especificaba claramente que Theo solo tenía permiso para ausentarse del centro escolar hasta la una del mediodía, y el chico no quería regresar ni un momento antes, se celebrara o no la vista.

—¿Vas a pasarte esta tarde? —preguntó Ike.

Era lunes, y los rituales de la familia Boone requerían que todos los lunes por la tarde Theo fuera a visitar a Ike a su despacho.

—Claro —respondió Theo.

Ike sonrió y dijo:

—Entonces, hasta luego.

Después de que se marchara, Theo sopesó los pros y los contras de la situación. Se sentía decepcionado por el hecho de que muy probablemente el mayor proceso criminal en la historia reciente de Strattenburg no empezaría a celebrarse esa mañana, y porque no tendría la oportunidad de ver cómo Jack Hogan y Clifford Nance se enfrentaban como dos auténticos gladiadores. Pero también se sentía aliviado de que Bobby Escobar no se viera obligado a testificar ni a señalar a Pete Duffy con el dedo acusador. Durante la celebración del primer juicio, Theo había sido el artífice de que el

juez Gantry supiera de la existencia de Bobby, y era consciente de que los abogados de Duffy y sus matones, especialmente Omar Cheepe y Paco, lo vigilaban muy de cerca. Theo habría preferido no ser objeto de tanta atención.

De hecho, mientras el reloj seguía avanzando y la multitud esperaba, decidió que la repentina desaparición de Pete Duffy era una buena noticia, al menos para él. De forma egoísta, se alegró por ello.

Detrás de Theo, dos hombres mantenían una pequeña disputa. Discutían en voz baja acerca del hecho de que se hubiera permitido a Duffy depositar una fianza.

—Apuesto a que al juez Gantry le lloverán las críticas por esto —decía el primer hombre—. Si le hubiera denegado la libertad bajo fianza, Duffy habría permanecido encerrado a la espera de que se celebrara el juicio, al igual que cualquier otro acusado de asesinato. A nadie se le concede la fianza en un caso de asesinato. Gantry accedió porque Duffy tiene dinero.

—Lo dudo mucho —repuso el segundo hombre—. ¿Por qué no permitir a un acusado depositar una fianza y permanecer libre? Es inocente hasta que se demuestre su culpabilidad, ¿no? ¿Por qué encerrar a alguien antes de que se le condene, de asesinato o de lo que sea? No puedes castigar a alguien solo porque tenga dinero. La fianza de Duffy era de un millón de dólares. Puso algunas propiedades como aval y nadie se quejó, al menos hasta ahora.

Theo se sentía inclinado a secundar la opinión de este último.

—¿Hasta ahora? —replicó el primero—. Ese es el quid de la cuestión. Se supone que la fianza es para garantizar la comparecencia del procesado ante el tribunal, ¿no? Y mira por dónde, no se ha presentado. Ha desaparecido, ha salido por piernas, se ha esfumado, nunca más volveremos a verle el pelo porque Gantry le concedió la fianza.

—Lo encontrarán.

—Te digo yo que no. Seguramente ahora estará en Ciudad de México, donde un cirujano que se ha enriquecido remodelando los ojos y las narices de los narcotraficantes le estará haciendo una cara nueva. Apuesto a que nunca encontrarán a Pete Duffy.

—Y yo te apuesto veinte dólares a que está aquí de vuelta, en prisión, en menos de un mes.

—Hecho, veinte dólares.

En ese momento se produjo cierto revuelo y los alguaciles se pusieron firmes. Los abogados salieron del despacho del juez Gantry y ocuparon sus puestos. Los espectadores se apresuraron a volver a sus asientos y guardaron silencio.

—¡Permanezcan sentados! —gritó un alguacil.

El juez Gantry subió de nuevo al estrado, golpeó con fuerza su mazo y anunció:

—¡Orden! Por favor, hagan pasar al jurado.

Eran las once de la mañana. Los miembros del jurado entraron en fila en la sala y ocuparon sus asientos en la tribuna. Cuando estuvieron todos en su sitio, el juez Gantry miró con severidad a Clifford Nance y dijo:

—Señor Nance, ¿dónde está su defendido?

Nance se levantó lentamente.

—Señoría —respondió—, no lo sé. No hemos podido contactar con el señor Duffy desde las diez y media de anoche.

El magistrado miró a Jack Hogan y dijo:

—Señor Hogan...

—Señoría, no tenemos otra opción que solicitar la nulidad del juicio.

—Y yo no tengo otra opción que declararlo nulo. —El juez Gantry se volvió para dirigirse al jurado—. Señoras y señores, por lo visto el procesado, el señor Peter Duffy, ha desaparecido. Estaba en libertad bajo fianza a la espera de la vista y, bueno, es evidente que se encuentra en paradero desconocido. El departamento de policía ha emprendido la búsqueda y se ha informado al FBI de la desaparición. Sin la presencia del procesado, en estos momentos resulta imposible celebrar un juicio. Les pido disculpas por los inconvenientes y, una vez más, les doy las gracias por su voluntad de servicio. Quedan relegados de su responsabilidad desde este momento.

Una mujer del jurado levantó la mano muy despacio y preguntó:

—Pero, señor juez, ¿qué pasaría si lo encuentran esta tarde, o mañana?

Al juez Gantry pareció sorprenderle una pregunta procedente de la tribuna del jurado.

—Bueno, supongo que dependerá de las condiciones en que lo encuentren. Pongamos que lo capturan en la frontera, intentando salir furtivamente del país. Entonces lo traerían de vuelta aquí, donde se enfrentaría a cargos adicionales. Eso afectaría sin duda a su estrategia en el juicio, lo cual le permitiría solicitar un aplazamiento. Pero supongamos que lo localizan por aquí cerca y que tiene una excusa válida para no haber comparecido esta mañana. En ese caso se le revocaría la fianza, ingresaría en prisión y la vista se programaría de nuevo lo antes posible.

La respuesta satisfizo tanto a la mujer como a Theo.

—Se suspende la sesión —concluyó el juez Gantry, y golpeó su mazo una vez más.

Theo esperó y esperó, y finalmente abandonó la sala cuando un alguacil empezó a apagar las luces. No tenía ningún sitio al que ir salvo a la escuela, y hacia allí se dirigió tranquilamente en su bicicleta. A unas dos manzanas del tribunal, un Jeep Cherokee negro se puso a su altura. Vio que el

cristal de la ventanilla del pasajero bajaba, y por ella asomó la oscura cabeza de Paco. Sonrió, pero no dijo nada.

Theo frenó y el coche pasó de largo. ¿Por qué lo seguían?

Se puso muy nervioso y decidió atajar por un callejón y luego cruzar por un patio trasero. Estaba mirando hacia atrás por encima del hombro cuando de pronto un tipo grandote se le plantó delante y agarró el manillar de su bicicleta.

—¡Eh, mocosos! —gritó un rostro a escasos centímetros del suyo.

Era Buck Baloney, hecho una furia y con ganas de guerra. Sin soltar el manillar, gruñó:

—Mantente lejos de mi patio, ¿entendido?

—Vale, vale, lo siento —dijo Theo, temiendo que fuera a abofetearle.

—¿Cómo te llamas? —masculló Buck.

—Theodore Boone. Suelte la bici.

Buck llevaba un uniforme barato que no le quedaba nada bien, con las palabras ALL-PRO SECURITY cosidas en las mangas. Y, además, una pistola muy grande en la cintura.

—Deja de pasar por mi patio, ¿entendido?

—Entendido —dijo Theo.

Buck lo soltó y Theo salió pedaleando a toda velocidad, sin recibir ningún disparo. De repente se sentía emocionado ante la idea de regresar a la escuela y a la seguridad de su aula.

Theo se presentó en secretaría y devolvió el permiso de salida. Sus compañeros estaban en cuarta hora, la de Química, y él quería evitar entrar una vez empezada la clase. En vez de eso, se dirigió al diminuto despacho del señor Mount, situado al fondo del pasillo. La puerta estaba abierta y, por suerte, el profesor se encontraba sentado a su escritorio, comiendo un sándwich y mirando las noticias locales en su portátil.

—Siéntate —dijo el señor Mount, y Theo lo hizo en la única otra silla que había en el despacho.

—Supongo que ya lo sabe —comentó el chico.

—Oh, sí. Está en todos los informativos.

El señor Mount deslizó el portátil sobre la mesa para que Theo pudiera ver mejor la pantalla. El jefe de policía estaba hablando ante un grupo de reporteros, y afirmaba que no había ni rastro del señor Duffy. Habían registrado su casa, sin encontrar nada. Sus dos vehículos, un Mercedes sedán y un monovolumen Ford, estaban aparcados en el garaje. Se tenía constancia de que el señor Duffy había estado jugando al golf, solo, a última hora de la tarde del domingo. Fue visto por un *caddie* cuando se marchaba del campo montado en un carrito en dirección a su casa junto al hoyo seis, la misma ruta que el joven le había visto tomar tantas veces después de acabar el recorrido. A las diez y media de la noche del domingo, Pete Duffy habló por teléfono con Clifford Nance y, según este, había quedado en reunirse con el equipo de la defensa a las siete en punto de la mañana para la sesión preparatoria.

Pete Duffy vivía en una urbanización bastante nueva llamada Waverly Creek, situada a unos tres kilómetros al este de la ciudad. Se trataba de una comunidad residencial para gente adinerada, construida en torno a tres campos de golf y pensada para ofrecer la mayor privacidad a sus residentes. Las entradas y salidas estaban controladas las veinticuatro horas al día por guardias apostados en las verjas, con cámaras de seguridad que lo grababan todo. El jefe de policía tenía la certeza de que Pete Duffy no había salido durante la noche por ninguna de las verjas de Waverly Creek.

—Hay algunos caminos de grava que entran y salen de la urbanización, y supongo que utilizó alguno de ellos para escapar —especuló el jefe de policía.

Resultaba evidente que no tenía mucha paciencia para tratar con los periodistas.

Continuó diciendo que todavía no tenían ninguna pista del medio de transporte usado por Pete Duffy para huir: a pie, en bicicleta, en moto, en todoterreno, en carrito de golf.. no había habido

manera de averiguarlo. Sin embargo, el nombre de Duffy no aparecía en ningún lugar como propietario de un escúter, una moto o cualquier otro tipo de vehículo que requiriera ser registrado.

En respuesta a las preguntas lanzadas de forma precipitada y aleatoria por los periodistas, el jefe de policía explicó que:

1. no había indicios de la participación de un cómplice en la fuga de Duffy;
2. no se había encontrado ninguna nota de suicidio, en el hipotético caso de que el hombre hubiera saltado de un puente o algún otro suceso dramático;
3. no había evidencia de juego sucio, como por ejemplo que un intruso, por alguna razón desconocida, hubiera querido eliminar a Duffy la noche anterior para que no compareciera ante el tribunal; y
4. hasta el momento no habían dado con ningún testigo que hubiera avistado a Duffy después de que el *caddie* lo viera marcharse montado en el carrito con sus palos de golf.

El jefe de policía decidió que ya era suficiente y, tras excusarse, dio por concluida la rueda de prensa. Los reporteros devolvieron la conexión a los estudios, donde una pareja de presentadores desplegó una verborrea excesiva para intentar resumir lo poco que había dicho el jefe de policía.

—Bueno, ¿dónde crees que está? —preguntó el señor Mount, y dio un mordisco a su sándwich.

—No creo que huyera en mitad de la noche, a pie y a través del bosque —respondió Theo—. ¿Cuál es su teoría?

—Un cómplice. Duffy no es el tipo de persona acostumbrada a estar al aire libre, no es un hombre que sepa cómo desenvolverse en la naturaleza y lo que se necesita para sobrevivir en ella. Apostaría a que se escabulló de casa después de medianoche, cuando sus vecinos ya dormían, cogió una bicicleta porque no quería hacer ruido, y pedaleó unos dos o tres kilómetros por algún sendero hasta el lugar donde le esperaba su cómplice. Metieron la bici en el maletero de un coche, o en la caja de una camioneta, y se largaron. No tenía que presentarse ante el tribunal hasta las nueve de la mañana, así que deben de llevar una ventaja de siete u ocho horas.

—Está muy metido en el caso, ¿eh? —comentó Theo, divertido.

—Claro. ¿Tú no?

—Por supuesto, pero no le he dado tantas vueltas como usted. Entonces, ¿dónde cree que estará ahora?

—Muy lejos. La policía no tiene ni idea de qué tipo de vehículo habrá utilizado, así que puede respirar tranquilo hasta que no aparezcan más pistas. Puede estar en cualquier parte.

—¿Cree que lo atraparán?

—Tengo la impresión de que no. Esta podría ser la fuga perfecta, sobre todosi cuenta con la ayuda de un cómplice.

El señor Mount debía de tener unos treinta y tantos años y, al menos en opinión de Theo, era de lejos el profesor más enrollado de toda la escuela. Su padre era juez y su hermano mayor abogado, y a menudo hablaba de dejar las clases para matricularse en la facultad de derecho. Ejercía como asesor del equipo de debate de octavo curso, y Theo era su alumno estrella, por lo que habían forjado una estrecha amistad. Mientras miraban las noticias en el portátil, las mentes de ambos no paraban de dar vueltas imaginando todo tipo de situaciones y elaborando distintas hipótesis sobre lo que podría haber ocurrido con Pete Duffy. ¿Cómo se las habría arreglado para desaparecer de esa manera?

—Supongo que hablaremos de ello mañana en clase de Gobierno —dijo Theo.

—¿Bromeas? En los próximos dos días no se hablará de otra cosa en la ciudad.

En cuanto sonó el timbre, Theo ya estaba preparado para abandonar el despacho. La pausa para el almuerzo duraba solo veinte minutos y no había tiempo que perder. Los pasillos se llenaron al instante de alumnos procedentes de las cinco clases de octavo que salían apresuradamente de sus aulas para dirigirse hacia sus taquillas y a la cafetería.

La Escuela de Enseñanza Media Strattenburg se había modernizado hacía unos pocos años, y una de las mejoras más populares habían sido las nuevas taquillas. Eran amplias y profundas y estaban hechas de madera, no como las viejas y ruidosas cajas metálicas que durante décadas se habían alineado en las paredes de los pasillos. No se requerían llaves porque cada una de ellas disponía de un panel de acceso similar al teclado de un teléfono. Tan solo había que pulsar los cinco o seis dígitos del código secreto y la puerta se abría con un clic.

El código de acceso de Theo era «judge» (combinación numérica, 58343), en honor de su amado perro. Abrió la puerta y, al instante, supo que algo no iba bien. Habían desaparecido algunas cosas. Theo sufría ataques de asma esporádicos, por lo que necesitaba utilizar un inhalador. Llevaba siempre uno en el bolsillo, y guardaba un paquete con tres de reserva en la taquilla. Faltaban los inhaladores, así como una gorra roja y azul de los Minnesota Twins que tenía colgada de un gancho para ponérsela cuando llovía. También habían desaparecido dos cuadernos sin usar. Sus libros estaban allí, apilados unos encima de otros. Se quedó paralizado un momento, contemplando fijamente el interior de su taquilla para asegurarse de que no estaba soñando, y después miró a su alrededor para ver si alguien (¿el ladrón?) lo vigilaba. Nadie parecía prestarle atención. Movi6 los libros de sitio, hurgó un poco y al fin llegó a la conclusión de que alguien había forzado su taquilla. ¡Le habían robado!

De vez en cuando se producían en la escuela robos de escasa importancia. Sin embargo, las nuevas taquillas, con su avanzado sistema de seguridad, habían acabado prácticamente con esos hurtos. Miró a lo largo del pasillo, hacia arriba, a un espacio situado sobre un gran reloj de pared. Allí había un soporte vacío sobre el que hacía poco estaba instalada una cámara de seguridad. El dispositivo había sido retirado recientemente porque en la actualidad la escuela se hallaba en proceso de modernizar su sistema de videovigilancia.

Theo no estaba seguro de qué hacer. Si informaba del robo, se pasaría aproximadamente la siguiente hora en el despacho de la directora rellenando papeleo. Y, lo que era peor, tendría que afrontar cientos de preguntas inoportunas por parte de sus amigos y compañeros. Mientras se dirigía hacia la cafetería decidió que lo mejor sería esperar, reflexionar sobre lo ocurrido y tratar de dilucidar quién podría haber averiguado su código y forzado su taquilla. En cualquier caso, siempre podría informar al día siguiente sobre el incidente.

Pagó dos dólares por un bol de espaguetis, un trozo de pudín de pan frío y una botella de agua. Se sentó con Chase y Woody y la conversación pronto derivó hacia el juicio y la desaparición de Duffy. Mientras hablaban, Theo no podía evitar echar un vistazo por toda la cafetería. Estaba llena de alumnos de octavo, ninguno de los cuales llevaba una gorra de los Twins. Y, por lo que Theo sabía, él era el único fan de los Twins en todo Strattenburg.

Esa tarde, en la sala de estudio con el señor Mount, Theo ofreció una rápida descripción de lo que había presenciado en el tribunal por la mañana, y luego vieron las noticias locales. La historia de Duffy continuaba dominando todas las conversaciones de la ciudad. Seguía sin haber ningún rastro del fugitivo. En una entrevista, un agente del FBI pidió a la comunidad que informara sobre cualquier indicio de su posible paradero. Hasta el momento, no se tenía ninguna pista sobre su desaparición. Se especulaba mucho acerca del millón que Duffy había depositado como fianza para permanecer en libertad, y esto había conducido a varias historias sobre su situación financiera. Uno de sus antiguos socios, que afirmaba conocerle muy bien, opinó que «... siempre guardaba gran cantidad de dinero en efectivo...» oculto en lugares secretos. Este breve y jugoso cotilleo dejó a los reporteros sumidos en un estado de auténtico frenesí.

Después de las clases, Theo volvió a revisar su taquilla. Todo parecía estar bien; no se habían llevado nada más. Pensó en cambiar el código de acceso, pero decidió esperar. Modificarlo no era algo tan sencillo, ya que todos los códigos estaban registrados en el despacho de la directora. La escuela se reservaba el derecho de abrir las taquillas en cualquier momento siempre que hubiera una buena razón para ello, aunque era algo que casi nunca se hacía. En una ocasión, Theo no había cerrado su taquilla como debía, y al día siguiente se quedó perplejo al encontrar la puerta cerrada pero sin la clave de seguridad. Esto no era algo infrecuente entre los alumnos de séptimo y octavo curso, porque el mecanismo requería que el estudiante mantuviera presionado el botón de cierre durante tres segundos. Los chicos de doce y trece años suelen llevar prisa o estar distraídos por cualquier cosa, y a veces se olvidan de mantener pulsado el botón el tiempo suficiente.

Cuando Theo salió del edificio y se dirigió a coger su bicicleta, ya se había convencido de que alguien había cometido un acto de pillaje en su taquilla, pero sin forzarla. Debía ser mucho más cuidadoso en el futuro.

Sin embargo, Theo se encontró muy pronto con un nuevo problema. Tras desatar la cadena, la enrolló en el manillar como hacía siempre, se montó en la bici y empujó hacia delante. Al instante se dio cuenta de que la rueda delantera estaba desinflada. Se bajó para examinarla y descubrió que alguien había hecho un pequeño corte en un flanco del neumático.

Theo llevaba una racha de lo más desafortunada con las ruedas de su bicicleta. En los últimos tres meses había pisado con ellas dos clavos, un trozo de cristal de una botella de refresco y una

pieza dentada de metal, y en dos ocasiones pinchó la rueda delantera por culpa de su conducción temeraria. A su padre no le hacía ninguna gracia todo aquello, y la situación se ponía bastante tensa cuando durante la cena salía a relucir el tema de lo que costaban las constantes reparaciones.

Sin embargo, este último no había sido un accidente. Alguien había clavado deliberadamente un objeto punzante en la rueda.

Esperó a que sus amigos se hubieran alejado y luego emprendió un humillante trayecto en dirección al centro de la ciudad, empujando su bicicleta por calles que ahora parecían mucho más largas, preguntándose quién podría haberle hecho algo así e intentando encajar este último acto de vandalismo en el contexto de un día especialmente negro. La emoción del juicio había acabado en nada; Omar Cheepe y Paco le habían seguido mientras pedaleaba hacia la escuela; Buck Baloney le había lanzado una piedra que por poco le alcanza, y después lo había pillado cuando por segunda vez atravesaba su patio trasero a toda velocidad; alguien había robado en su taquilla; y ahora esto: una rueda pinchada que causaría una buena sangría en su cuenta de ahorros.

Theo no podía evitar mirar por encima del hombro de vez en cuando, convencido de que unos ojos lo observaban.

La tienda de bicicletas de Gil estaba en el centro, a unas tres manzanas de los juzgados, en una estrecha calle flanqueada por comercios familiares. Había una tintorería, una zapatería, una tienda de revelado de fotos, una panadería, un afilador de cuchillos que le debía dinero a Ike por sus servicios como asesor fiscal, y un par de colmados. Theo se enorgullecía de conocer a todos y cada uno de los propietarios. Gil era uno de sus favoritos: un hombre bajito y rechoncho con una impresionante barriga, que estaba siempre parcialmente oculta bajo un grueso delantal cubierto de mugre y grasa. Gil no solo vendía bicicletas, sino que también le encantaba repararlas. Su tienda estaba atestada de modelos de todos los tamaños y colores; las más pequeñas colgaban de unos grandes ganchos, mientras que en el escaparate se alineaban las bicis de montaña más potentes.

Theo entró por la puerta principal empujando su bicicleta, completamente derrotado por los acontecimientos de tan funesto día. Gil estaba sentado en un taburete situado junto al mostrador del fondo, bebiendo café.

—Bueno, bueno —dijo—. Mira quién ha vuelto por aquí.

—Hola, Gil —respondió Theo—. Otra rueda pinchada.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Gil, levantándose del taburete y acercándose con su andar bamboleante.

—Parece un sabotaje.

Gil levantó la bici por el manillar, hizo girar la rueda delantera hasta encontrar el pinchazo y dejó escapar un pequeño silbido.

—¿Hay alguien muy enfadado contigo?

—No, que yo sepa.

—Yo diría que esto lo han hecho con una navaja pequeña. Está claro que no ha sido un accidente. No puedo hacer nada para arreglarlo. Theo, necesitarás un neumático nuevo.

—Me lo temía. ¿Cuánto me costará?

—Ya deberías saber los precios mejor que yo. Dieciocho dólares. ¿Quieres que le envíe la factura a tu padre?

—No, está más que harto de mí y de mis ruedas pinchadas. Yo pagaré esta, pero no puedo darte hoy los dieciocho dólares.

—¿Cuánto puedes pagarme ahora?

—Puedo darte diez dólares mañana y el resto en un par de semanas. Tienes mi palabra, Gil. Incluso estoy dispuesto a firmarte un pagaré.

—Creía que tú eras el abogado, Theo.

—Más o menos.

—Bueno, entonces tendrás que documentarte un poco más. Una persona debe ser mayor de dieciocho años para poder firmar un contrato válido, incluido un pagaré.

—Claro, claro, ya lo sabía.

—Dejémoslo en un trato a la antigua usanza sellado con un apretón de manos. Diez dólares mañana y los ocho restantes en un plazo de dos semanas.

Gil extendió su sucia y regordeta mano derecha y Theo se la estrechó.

Al cabo de quince minutos, el chico pedaleaba a toda velocidad por Park Street, contento por haber recuperado su movilidad pero todavía preguntándose si el día aún podría ir a peor. También se debatía sobre qué parte de la información acerca de su desastrosa jornada debería comunicar a sus padres. Cuanto más se alejaba de la taquilla saqueada, menos importante le parecía. Theo podía arreglárselas perfectamente sin las pertenencias sustraídas, por muy irritante que resultara. Sin embargo, lo de la rueda pinchada era otra historia, ya que había un arma de por medio.

Conforme se acercaba al bufete legal Boone & Boone, Theo se vio de repente asaltado por un pensamiento de lo más inquietante. ¿Y si la persona que había robado en su taquilla era la misma que había pinchado la rueda?

Boone & Boone era un pequeño bufete situado en una calle llena de despachos de abogados, contables y arquitectos. Mucho antes de que Theo naciera, todas las construcciones de esa parte de Park Street habían sido casas particulares.

Subió la bicicleta por los escalones delanteros del edificio y la apoyó contra la pared, cerca de la entrada principal, donde la aparcaba habitualmente. Echó un vistazo alrededor, solo para asegurarse de que nadie lo vigilaba, ni a él ni a su bicicleta. Una vez traspasada la puerta se hallaba la recepción, el territorio de Elsa Miller, que era la secretaria jefe del bufete y, en ocasiones, la jefa. Era una mujer vivaz e hiperactiva, que tenía edad suficiente para ser la abuela de Theo y que a menudo se comportaba como si lo fuera.

Como siempre, en cuanto vio entrar al chico, Elsa saltó de la silla de detrás de su escritorio y se abalanzó sobre él. Le dio un feroz abrazo y un doloroso tirón de oreja y le revolvió el pelo, pero afortunadamente no hubo besos. La mujer era consciente de que a los chicos de trece años no les gustaba que les besaran. Mientras se producía el ataque —Theo no podía considerarlo de otra manera—, Elsa no paraba de hablar.

—¡Theo! ¿Cómo te ha ido el día? ¿Tienes hambre? ¿No ves que esa camisa no pega con esos pantalones? ¿Has acabado ya los deberes? ¿Has oído la noticia de que Pete Duffy se ha tirado de un puente?

—¿Que se ha tirado de un puente? —repitió Theo, dando un paso atrás y liberándose de su abrazo.

—Bueno, es solo una hipótesis, pero, ¡santo cielo!, ahora mismo hay tantos rumores circulando por la ciudad...

—Yo estaba esta mañana en la sala cuando Duffy no se presentó —anunció Theo lleno de orgullo.

—¿Que tú estabas allí?

—Sí.

Elsa se retiró a la misma velocidad con la que había atacado, dejando que Judge se acercara para saludar a Theo. El perro se pasaba el día deambulando por los despachos, comprobando cómo estaba todo el mundo, dormitando allá donde podía y buscando siempre algo para comer. Solía esperar al chico en dos sitios: o bien en la silla que tenía Theo en su despacho de la parte de atrás, o bien en una camita a los pies de Elsa, en teoría para proporcionar protección al bufete pero en la

práctica sin hacer nada por el estilo.

—Hay brownies de nueces en la cocina —dijo Elsa.

—¿Quién los ha hecho? —preguntó Theo.

No era una cuestión baladí. Si tenías mucha hambre, los brownies de Elsa tenían un pase, pero los mazacotes que traía Dorothy, la secretaria del departamento inmobiliario, eran incomibles. Parecían hechos de cemento y sabían a lodo, ni siquiera Judge se dignaba olfatearlos.

—Los he hecho yo, Theo, y están deliciosos.

—Los tuyos sí que están buenos —dijo Theo mientras se alejaba por el pasillo.

—Tu madre está en los juzgados —le informó Elsa—, y tu padre en la otra punta de la ciudad cerrando un contrato inmobiliario.

Una parte importante de su trabajo era controlar el paradero de todos los miembros del bufete, especialmente del señor y la señora Boone, lo cual no le resultaba difícil porque ella se encargaba de llevar sus agendas. Pero Elsa podía decirte también dónde se encontraban en todo momento Dorothy o Vince, el asistente legal que trabajaba a las órdenes de la señora Boone. A la lista había que añadir a Judge y a Theo, así que Elsa estaba al tanto de los compromisos de todo el personal: citas para comer o tomar café, visitas al médico, toma de declaraciones, cierre de préstamos, cumpleaños, vacaciones, aniversarios, incluso funerales. En una ocasión le envió a Dorothy una tarjeta de condolencia tras el sepelio de su padre... justo tres años después del día en que enterraron al pobre hombre.

Según el plan general en la vida cotidiana de los Boone, lo que se esperaba que hiciera Theo era:

1. llegar al bufete todos los días después de clase,
2. presentarse ante Elsa y sufrir los efusivos rituales de la mujer,
3. pasar por el despacho de su madre para saludarla rápidamente,
4. subir las escaleras, con Judge pegado a sus talones, para darle a su padre un breve informe de las actividades de la jornada,
5. charlar un poco con Dorothy,
6. otro poco con Vince, y, por último,
7. encaminarse a su pequeño despacho en la parte de atrás del edificio, donde debía realizar diligentemente sus deberes antes de la cena. Por descontado, si tenía alguna otra cosa que hacer, como intentar ganar una insignia al mérito de los boy scouts o ir a ver a sus compañeros jugar algún partido de fútbol o baloncesto, Theo estaba dispensado del ritual oficial. Apenas tenía trece años, era hijo único y, por muy estrictos que fueran sus padres, estos sabían muy bien lo que había que hacer para criar a un chico sano en todos los sentidos.

Theo cerró la puerta de su reducido despacho y sacó el portátil de su mochila. Miró las noticias locales para ponerse al corriente de las últimas novedades sobre la búsqueda de Pete Duffy. No había ni una sola mención a que el hombre se hubiera tirado de un puente, lo cual no sorprendió a Theo: Elsa era muy dada a exagerar.

A Theo le costó mucho concentrarse, pero al cabo de dos horas terminó sus deberes, al menos en su mayor parte. Elsa estaba ordenando las cosas de su escritorio, preparándose para irse. El señor y la señora Boone seguían todavía fuera, atendiendo a sus compromisos. Theo revisó su bicicleta para ver si había sufrido más daños y, tras comprobar que estaba bien, emprendió la marcha, seguido de cerca por Judge.

La oficina de Ike estaba en el primer piso de un viejo edificio. Este era propiedad de una pareja griega que regentaba un pequeño restaurante griego situado en la planta baja, por lo que el despacho siempre estaba impregnado de un aroma a cordero asado con cebollas. El olor causaba un fuerte impacto, aunque no del todo desagradable, al olfato del visitante. Sin embargo, después de haber vivido tantos años allí, Ike no parecía notarlo.

Theo entró sin llamar y se dejó caer sobre una silla vieja y polvorienta. Ike estaba sentado frente a su largo y abarrotado escritorio, dando pequeños tragos a una botella de cerveza y escuchando la música apenas audible de Bob Dylan que sonaba en el equipo de música.

—¿Cómo está mi sobrino favorito? —preguntó Ike.

La misma frase de saludo todas las semanas. Theo era el único sobrino de Ike. Ja, ja.

—Genial —replicó Theo—. Aunque un tanto decepcionado por lo del juicio.

—Es muy extraño, la verdad. Llevo todo el día intentando averiguar algo y no he conseguido enterarme de nada.

Desde su dramática caída en desgracia como prestigioso y respetado letrado para convertirse en un viejo y excéntrico hippie expulsado de la profesión, Ike vivía en los márgenes de los bajos fondos de Strattenburg, donde uno solía enterarse de muchas cosas. En un club de póquer jugaba a las cartas con abogados y policías retirados. En otro se codeaba con ex delincuentes, como él mismo. No importaba lo tremenda que fuera la historia; por lo general, Ike podía seguir el rastro de un rumor y analizarlo a fondo antes de que se difundiera por doquier.

—Bueno, ¿cuál es tu teoría? —preguntó Ike.

Theo se encogió de hombros como si supiera exactamente lo que había pasado.

—Es muy sencillo, Ike. Pete Duffy cogió una bicicleta en algún momento después de medianoche, pedaleó dos o tres kilómetros por un camino de grava para encontrarse con su cómplice, guardaron la bici en el maletero de un coche o en la caja de una camioneta, y se marcharon.

Theo ofreció esta rápida explicación con aire natural y confiado, como si supiera con total certeza cómo se habían desarrollado los acontecimientos, y cuando acabó expresó un silencioso agradecimiento al señor Mount.

Ike entrecerró los ojos mientras asimilaba aquella información. Su mandíbula cayó ligeramente y su frente se frunció al reflexionar sobre ello.

—¿Dónde has oído eso? —preguntó.

—¿Oído? En ninguna parte. Creo que está muy claro lo que ha pasado. ¿De qué otro modo podría explicarse si no?

Ike se rascó la barba y se quedó mirando al otro lado de la mesa. A menudo se sentía impresionado por la madurez y la sabiduría callejera de su sobrino, pero aquella sencilla explicación del misterio de Duffy le pareció un tanto estudiada.

Theo decidió continuar:

—Y me juego lo que quieras a que no lo pillarán. Creo que Pete Duffy lo tenía todo muy bien planeado y que ahora se encuentra muy lejos, seguramente con gran cantidad de dinero y con toda una serie de documentos de identidad nuevos.

—¿En serio?

—Pues claro, Ike. Lleva unas ocho horas de ventaja y la policía no tiene ninguna pista de qué tipo de vehículo ha utilizado. Así que ¿qué están buscando? No tienen ni idea.

—¿Quieres beber algo? —preguntó Ike mientras se volvía en su silla giratoria.

Bajo el aparador que había detrás de su escritorio tenía una pequeña nevera, por lo general muy bien aprovisionada.

—No, gracias —respondió Theo.

Ike sacó otra botella de cerveza, la abrió y tomó un trago. Theo sabía que su tío bebía demasiado, algo de lo que se había enterado escuchando a escondidas en los despachos de Boone & Boone y también en los juzgados. En dos o tres ocasiones oyó comentarios que sugerían que Ike Boone tenía problemas con el alcohol, y Theo suponía que debían de ser ciertos. No obstante, él nunca había sido testigo de ello. Ike estaba divorciado y apenas tenía contacto con sus hijos y nietos. Vivía solo y, en opinión de Theo, era un viejo triste y solitario.

—¿Sigues sacando un notable en Química? —preguntó Ike.

—Venga, Ike. ¿Es que tenemos que hablar siempre de mis notas? Ya lo hacen bastante mis padres. Además, no es un notable: es un excelente bajo.

—¿Cómo están tus padres?

—Están bien. Mi madre me ha dejado una nota para recordarme que te pida que vengas esta noche a cenar con nosotros a Robilio's.

—Marcella es un encanto. —Ike hizo un gesto abarcando las carpetas apiladas caóticamente sobre su escritorio, y luego pronunció la misma trillada frase que Theo escuchaba casi a diario a sus padres—: Tengo mucho trabajo.

«Menuda sorpresa», pensó Theo. Por razones que nunca llegaría a comprender, la relación entre sus padres e Ike era muy complicada, y no había nada que el chico pudiera hacer para simplificar las cosas.

—Cenar no lleva mucho rato —dijo Theo.

—Dile a Marcella que se lo agradezco.

—Lo haré.

A menudo Theo se sinceraba con Ike y le explicaba cosas que no compartiría con sus padres. Se planteó mencionarle el día tan extraño que había llevado desde que salió de los juzgados esa mañana, pero decidió dejarlo correr. Siempre podría contárselo más adelante y pedirle consejo al respecto.

Hablaron de béisbol y de fútbol americano, y al cabo de media hora Theo y Judge se despidieron. Su bicicleta estaba justo donde la había dejado, con las dos ruedas perfectamente infladas, y salió pedaleando a toda velocidad seguido por Judge. Encontró a sus padres en el bufete y procedió a cumplir con la rutina de hacerles un breve informe de su jornada.

A Marcella Boone no le gustaba cocinar, y a menudo estaba tan ocupada que ni siquiera se dignaba intentarlo. Woods Boone era un pésimo cocinero al que le encantaba comer bien, y desde que Theo era un crío la familia disfrutaba degustando las deliciosas variedades de gastronomía étnica que ofrecía Strattenburg. Los lunes tocaba comida italiana en Robilio's. Los martes cenaban sopa y sándwiches, no precisamente alta cocina, en un albergue para gente sin hogar. Los miércoles recuperaban fuerzas con comida para llevar de uno de sus tres restaurantes chinos favoritos. Los jueves el señor Boone traía el plato especial del día de una casa de comidas turca. Los viernes cenaban siempre pescado en Malouf's, un popular y ruidoso local libanés. Los sábados se turnaban para elegir qué y dónde cenar: cada uno elegía la comida que prefería sin aceptar injerencias de los otros dos. Y, finalmente, los domingos la señora Boone se metía en la cocina y probaba una nueva receta de pollo asado. Los resultados no siempre eran espectaculares.

A las siete en punto, la familia Boone entró en Robilio's, donde fueron conducidos hasta su mesa favorita.

Martes por la mañana. Y no un martes cualquiera, sino el primero del mes, lo que significaba que Theo y aproximadamente otros cincuenta boy scouts de la Tropa 1440, Consejo de Old Bluff, irían a la escuela luciendo las camisas del uniforme oficial de scout con sus coloridas pañoletas. La junta escolar había decidido que no estaba permitido llevar el uniforme completo dentro de las instalaciones del centro docente. Las normativas referentes al vestuario eran bastante relajadas y poco estrictas en cuanto a su cumplimiento, y, aunque siempre surgían algunos problemas, llevar el uniforme completo de scout no las habría infringido. Sin embargo, a la junta escolar le preocupaba que, si se permitía llevar en el campus la indumentaria de boy scout y girl scout un día concreto de cada mes, eso pudiera extenderse a todo tipo de uniformes: de deportes, de kárate, vestuario teatral, incluso hábitos religiosos como túnicas budistas o burkas musulmanes. Las deliberaciones al respecto habían sido muy complicadas y, cuando finalmente se alcanzó un compromiso, Theo y los demás scouts se sintieron afortunados de poder llevar su uniforme parcial aunque solo fuera un día al mes.

Se duchó a toda prisa, se cepilló los dientes —cubiertos por unos gruesos aparatos que apenas dejaban verlos— y se puso su camisa oficial caqui de manga corta, adornada con las requeridas cintas de pertenencia al consejo en el hombro, los números en blanco y azul de la tropa, el distintivo de patrulla y la insignia de etapa de progresión personal. Cuando la camisa estuvo perfecta y metida por dentro de los vaqueros, Theo se anudó cuidadosamente la pañoleta naranja en torno al cuello y la sujetó con el pasador oficial. El uniforme completo le habría permitido lucir su banda de insignias al mérito, algo de lo que estaba muy orgulloso ya que acababa de conseguir la veintidós y la veintitrés, en astronomía y golf. Si todo iba según el plan previsto, Theo alcanzaría el rango de Águila en verano, antes de empezar noveno curso. Su objetivo, aparte de convertirse en Scout Águila, era lograr al menos treinta y cinco insignias al mérito, todas coloridamente expuestas y cosidas en perfecto orden por su madre.

Judge, que dormía bajo la cama de Theo, llevaba ya media hora despierto y estaba harto de esperar. No paraba de gimotear porque quería bajar y salir fuera. Theo volvió a ajustarse la pañoleta, dio su aprobación a lo que veía en el espejo, cogió su mochila y se lanzó escaleras abajo.

Todavía no se había acordado en ningún momento de la desaparición de Pete Duffy.

Su madre, a la que le costaba un poco arrancar por las mañanas, estaba sentada a la mesa de la cocina tomando café y leyendo el periódico.

—Buenos días, Theo. Oh, qué mono estás.

—Buenos días —dijo el chico mientras le daba un beso en la frente.

Odiaba la palabra «mono» cuando su madre la usaba para referirse a él. Abrió la puerta y Judge salió disparado.

Frente a su silla tenía su desayuno habitual: una caja de cereales, un cartón de leche, un cuenco, una cuchara y un vaso de zumo de naranja.

—No hay ni rastro de Pete Duffy —dijo su madre con la nariz aún enterrada en el periódico.

—No lo encontrarán —repuso Theo, repitiendo lo que había dicho en numerosas ocasiones durante la cena de la noche anterior.

—Pues yo no estaría tan segura de ello. Hoy en día es muy difícil escapar del FBI, con toda la tecnología de que disponen.

Theo también había oído ese argumento durante la cena. Tras prepararse el cuenco de cereales, volvió a abrir la puerta para que Judge entrara. El perro no perdía el tiempo por las mañanas cuando se servía el desayuno. Theo vertió cereales y leche en el cuenco de Judge, que se abalanzó sobre él.

Sin apartar los ojos del periódico, la señora Boone dijo:

—Así que esta tarde tienes reunión de scouts, ¿eh?

«No, mamá, es Halloween.» «No, mamá, todas mis demás camisetas están sucias.» «No, mamá, solo estoy intentando confundirte para que pienses que es el primer martes del mes y te presentes en la sala del tribunal equivocada.» Ah, cuántas cosas podría decirle... Pero Theo era un buen scout que respetaba a la autoridad, y también un buen hijo que no quería enfadar a su madre con una salida de tono, así que respondió:

—Claro.

—¿Cuándo es la próxima acampada? —preguntó la mujer, pasando muy despacio la página.

—Dentro de dos viernes, en el lago Mario.

La Tropa 1440 salía de excursión al menos un fin de semana al mes, y esas acampadas eran las aventuras favoritas de Theo.

En todas las habitaciones de la casa de los Boone había como mínimo un reloj, una señal evidente de que se trataba de una familia organizada. Según el de la cocina faltaban cinco minutos para las ocho, y Theo acababa de desayunar cada día a las ocho en punto. Cuando Judge lamió el último rastro de su desayuno, Theo aclaró los dos cuencos en el fregadero, metió la leche y el zumo de naranja en la nevera y luego subió a toda prisa las escaleras hasta su habitación, donde trasteó de un lado a otro haciendo bastante ruido. Sin volver a lavarse los dientes regresó corriendo a la cocina, besó a su madre en la mejilla y dijo:

—Me voy a la escuela.

—¿Llevas el dinero del almuerzo?

—Como siempre.

—¿Has hecho los deberes?

—Todo perfecto. Nos vemos después del cole.

—Ve con cuidado, Teddy, y acuérdate de sonreír.

—Estoy sonriendo, mamá.

—Te quiero, Teddy.

—Te quiero, mamá —respondió Theo por encima del hombro.

Una vez fuera, acarició la cabeza de Judge y se despidió de él. Mientras se alejaba montado en su bici, repitió para sí la palabra «Teddy», un molesto apelativo cariñoso que no soportaba. «El mono y pequeño Teddy», murmuró entre dientes. Saludó con la mano al señor Nunnery, un vecino que se pasaba el día entero sentado en su porche.

Mientras pedaleaba a toda velocidad por Strattenburg, Theo se acordó del incidente del día anterior en el patio trasero de Buck Baloney y optó por ceñirse al trazado de las calles y obedecer las normas de circulación. Pensó también en el juicio de Duffy, en toda la emoción que se había echado a perder porque el procesado había decidido convertirse en un fugitivo. Theo pensó en un montón de cosas mientras atravesaba raudo las somnolientas calles de Strattenburg. Su taquilla: estaba ansioso por ver si habían vuelto a saquearla. La rueda pinchada: ¿podría volver a ocurrir? Omar Cheepe y Paco: ¿estarían vigilándolo todavía?

El aula de Tutoría echaba humo con los últimos rumores sobre Pete Duffy. Los dieciséis chicos compartían en voz alta las numerosas opiniones e hipótesis que habían oído debatir a sus padres durante la cena. Según uno de los rumores, un cartero rural había visto a Duffy no muy lejos; según otro, había sido asesinado por narcotraficantes; y un último rumor lo situaba totalmente sano y a salvo en Argentina. Theo escuchaba toda aquella cháchara, pero no intervino. Estaba contento por haber encontrado intacta su taquilla.

El timbre sonó. Los chicos salieron del aula y enfilaron por el pasillo. Tenían ante sí otra monótona jornada de clases.

La Tropa 1440 se reunía en el sótano de un edificio propiedad de la VFW (siglas en inglés de la asociación de Veteranos de las Guerras en el Extranjero). Los viejos soldados se juntaban todas las tardes en la planta de arriba para jugar a pinnacle y cribbage y tomar cerveza, mientras que, en la de abajo, el primer y el tercer martes de cada mes los boy scouts celebraban sus reuniones oficiales.

El jefe de tropa era un antiguo marine al que le gustaba que se dirigieran a él como comandante Ludwig o, simplemente, Comandante. (Y al que, en ocasiones, los chicos llamaban a sus espaldas «Wiggie» —«pelón»—, pero solo cuando estaban seguros de que no podía oírlos.) El comandante Ludwig tenía unos sesenta años y dirigía a la Tropa 1440 como si estuviera adiestrando a una unidad de marines para llevar a cabo una invasión. Era un gran corredor de fondo, aseguraba hacer quinientas flexiones y abdominales antes del desayuno, y presionaba constantemente a sus chicos para que nadaran más lejos, remaran más rápido, hicieran caminatas más largas y, en general, fueran mejores en todo. Controlaba sus informes de progresión personal y esperaba que todos los miembros de la tropa alcanzaran el rango de Águila. No toleraba los malos hábitos y llamaba enseguida a los padres cuando alguno de sus chicos se quedaba rezagado respecto a sus compañeros. Y, aunque era capaz de ladrar como el más estricto sargento instructor, el Comandante sabía exactamente cómo combinar disciplina y diversión. Le gustaba gritar, pero también reír. Y los chicos lo adoraban.

De tanto en tanto, cuando no estaba soñando con ser un gran abogado litigante o un sabio juez, Theo fantaseaba con llegar a ser un jefe de tropa a tiempo completo, como el Comandante. Sin embargo, ese plan de futuro planteaba algunos problemas, ya que la instrucción de boy scouts era un trabajo de voluntariado.

A las cuatro en punto, el Comandante llamó al orden a sus chicos y la gran sala quedó en silencio. La Tropa 1440 estaba dividida en cinco patrullas: Panteras, Serpientes, Rangers, Jabalíes y Halcones. En cada una había un jefe de patrulla, un ayudante del jefe y siete u ocho miembros. Theo era el jefe de patrulla de los Halcones. En solemne posición de firmes, y bajo la atenta mirada del Comandante, la tropa pronunció el juramento a la bandera, y luego el juramento y el lema de los scouts. Después de que todos hubieran tomado asiento, el Comandante procedió a hacer el repaso de una muy organizada agenda que incluía informes de cada una de las patrullas, actualización de rangos e insignias al mérito, actividades de recaudación de fondos y, lo más importante, planes para la próxima acampada en el lago Mario. Se proyectó un vídeo de quince minutos sobre primeros auxilios para heridas punzantes, al que siguió una sesión de trabajo con cuerdas y nudos. El Comandante les informó de que no estaba nada satisfecho con el nivel general de la tropa en las técnicas de amarre, lazado y anudado, y esperaba que hicieran un mejor trabajo durante la acampada. El jefe de tropa llevaba muchos años practicando y era todo un experto en el nudo de rizo y el ballestrinque, pero lo que más fascinaba a los chicos era su maestría en otros nudos más complicados, como el de vuelta de braza o el de pescador doble.

Como sucedía siempre, los noventa minutos pasaron volando, y a las cinco y media en punto se dio por finalizada la reunión. La mayoría de los muchachos acudía al centro en bicicleta, y cuando Theo salía con el resto del grupo se dio cuenta de que algo iba mal.

Su rueda trasera estaba pinchada.

Gil's Wheels, la tienda de bicicletas, estaba cerrando cuando llegó Theo, cansado y sudoroso después del suplicio de haber tenido que empujar su bicicleta al menos diez manzanas desde la VFW.

—Vaya, vaya —dijo Gil, restregándose las manos en un trapo que llevaba en un bolsillo delantero—. Mi cliente favorito.

Theo tenía ganas de llorar. No solo estaba exhausto, sino que se sentía abrumado ante la idea de tener que comprar otra rueda y, lo más importante, asustado de que alguien fuera a por él. Gil hizo girar la rueda trasera, la paró y examinó la incisión.

—Pues sí —dijo—, seguramente se trata de la misma navaja con que te pincharon ayer la rueda delantera. ¿Ha ocurrido en la escuela?

—No, en la VFW, mientras estaba en la reunión de los boy scouts.

—Así que esa persona te ha estado siguiendo, ¿eh?

—No lo sé, Gil. ¿Qué debo hacer?

—¿Se lo has contado a tus padres?

—Solo lo sabes tú.

Gil estaba usando una llave inglesa para sacar muy despacio el neumático de la llanta.

—Yo que tú empezaría por contárselo a tus padres, y luego me plantearía dar parte a la policía. Y también deberías informar a alguien en la escuela. Estoy seguro de que no eres el único chico al que le han pinchado las ruedas.

—¿Han venido otros por aquí?

—No desde hace un par de semanas, pero este no es el único taller de la ciudad. Aunque, si quieres saber mi opinión imparcial, sin duda es el mejor.

Y rompió a reír a carcajadas ante su propia gracia, aunque Theo ni siquiera pudo esbozar una sonrisa.

—¿Dieciocho dólares? —preguntó.

—Igual que ayer —repuso Gil.

—Creo que será mejor que hable con mi padre.

—Buena idea.

Woods Boone estaba en su despacho reunido con otro abogado. Marcella Boone se encontraba en

el suyo con una clienta en proceso de divorcio. Cuando Theo llegó, Elsa hablaba por teléfono, y Dorothy y Vince se hallaban fuera haciendo recados. Solo Judge esperaba a Theo, y ambos enfilaron por el pasillo hacia el pequeño despacho del chico en la parte posterior del edificio. Tras vaciar su mochila, el escritorio —una vieja mesa de jugar a las cartas— pronto quedó cubierto de libros, cuadernos y el portátil. No obstante, la cabeza de Theo no paraba de dar vueltas y el joven era incapaz de concentrarse en los deberes.

¿Por qué querría alguien pincharle las ruedas y robar en su taquilla? A esas alturas de su vida Theo no tenía enemigos conocidos, a menos que se tratara de Omar Cheepe y Paco, pero el chico estaba convencido de que esos dos tenían cosas más importantes de las que ocuparse. Eran matones a sueldo, auténticos profesionales, y no parecían de los que hacen su trabajo sucio en una escuela de enseñanza media. ¿Cómo podrían haberse movido por los pasillos del centro escolar sin llamar la atención? No tenía ningún sentido. ¿Y por qué habrían estado interesados en robarle un paquete de tres inhaladores y una gorra de los Twins? No podía imaginarlos merodeando alrededor del aparcamiento de bicis junto al mástil de la bandera, vigilando a la espera del momento oportuno para pincharle la rueda, o siguiéndolo hasta una reunión de los boy scouts en la VFW.

Theo sospechaba que el acosador era otro estudiante. Pero ¿quién? ¿Y por qué? El chico estaba sumido en esos pensamientos cuando su mundo, literalmente, estalló en pedazos.

Detrás de Theo había una puerta, con una ventanita de cuatro paneles en la parte superior, que conducía al aparcamiento trasero de Boone & Boone. De pronto un pedrusco atravesó con gran estruendo los cristales, esparciendo esquirlas y vidrios rotos por todas partes: por las estanterías, sobre su mesa, por el suelo. Judge pegó un salto y empezó a ladrar con fuerza. De forma instintiva, Theo se cubrió la cabeza con las manos por si acaso arrojaban otra piedra. Esperó unos segundos, intentando recuperar el aliento, y luego se puso en pie a toda velocidad. Abrió bruscamente la puerta pero no vio a nadie fuera. Sin parar de ladrar ni gruñir, Judge bajó corriendo los escalones y empezó a dar vueltas por el pequeño aparcamiento, pero tampoco encontró nada.

La piedra, del tamaño de una pelota de softball, había caído junto a la camita de Judge.

Elsa irrumpió en el despacho.

—¡Theo, qué demonios...! —exclamó. Entonces vio los paneles destrozados y los vidrios rotos—. ¿Estás bien?!

—Eso creo —respondió Theo, todavía en estado de shock.

—¿Qué ha pasado?

—Alguien ha tirado una piedra —dijo Theo, mientras la recogía del suelo y la examinaba.

El señor Boone apareció y preguntó:

—¿Qué está pasando aquí?

La señora Boone llegó detrás de él e hizo la misma pregunta. Durante unos minutos inspeccionaron los daños sin parar de rascarse la cabeza, perplejos. Elsa cogió un trocito de vidrio del pelo de Theo, pero no había ninguna herida.

—Voy a llamar a la policía —dijo el señor Boone.

—Será lo mejor —repuso la señora Boone.

—¿Tienes alguna idea de quién ha hecho esto? —preguntó Elsa.

—No —respondió Theo.

Estaba siendo una tarde de lo más movida, y la cosa no había hecho más que empezar. Como la señora Boone llevaba muchos casos de divorcio, defendiendo siempre a la mujer, el bufete se convertía a veces en escenario de algún dramático conflicto familiar. Cuando las cosas empezaron a calmarse en el despacho de Theo, y el señor Boone se dirigía hacia la sala de conferencias para llamar a la policía, se oyeron voces y gritos cerca de la puerta principal. Un hombre furioso y una mujer histérica estaban discutiendo, y la disputa derivó pronto en una agria trifulca. La mujer era la señora Treen, una nueva cliente del bufete que quería divorciarse, y el hombre era su marido. Tenían una casa llena de críos y un montón de problemas, y la señora Boone había intentado convencerles de que recibieran asesoramiento matrimonial en lugar de optar por la vía del divorcio. Según la señora Treen, su marido se había vuelto agresivo y violento y resultaba imposible convivir con él.

Viéndolo allí junto a la mesa de Elsa, vociferando a su esposa, parecía sin duda un tipo de lo más violento.

—¡No vas a pedir el divorcio! ¡Por encima de mi cadáver!

Era un hombre grueso y corpulento, con barba y unos ojos que refulgían al hablar.

Al llegar a la zona de recepción, la señora Boone, Elsa y Theo se detuvieron para observar la escena a una distancia prudencial. El señor Boone dio un paso adelante y dijo:

—Vamos a respirar hondo y a intentar comportarnos de forma civilizada.

La señora Treen se alejó de su marido y se acercó a la señora Boone. Elsa y Theo se quedaron en un segundo plano, con los ojos y los oídos muy abiertos.

—Ya no puedo vivir contigo —dijo la señora Treen—. Estoy harta de que me insultes y me golpees. Roger, voy a coger a los niños y a marcharme de casa, y no hay nada que puedas hacer para impedirlo.

—Yo nunca te he pegado —replicó él.

Pero nadie se creyó aquellas palabras. El señor Treen tenía pinta de camorrista, de alguien capaz de golpear a cualquiera.

—Déjate de mentiras, Roger —repuso ella.

—Tal vez deberíamos entrar en mi despacho —intervino la señora Boone con voz calmada.

—Tiene una pistola —dijo la señora Treen, y todos los presentes se pusieron rígidos—. La lleva escondida en el bolsillo.

Todas las miradas se dirigieron a los bolsillos del pantalón del señor Treen. Estaba claro que parecía ocultar algo en ellos.

—Ven conmigo y sube al coche, Karen —ordenó el señor Treen con ojos refulgentes y la mandíbula tensa.

Nadie en su sano juicio se subiría a un coche con aquel tipo.

—No —replicó ella—. No pienso aceptar órdenes tuyas nunca más.

—Le ruego que se vaya —le instó el señor Boone con firmeza.

El señor Treen sonrió y se llevó la mano al bolsillo derecho.

—A lo mejor no quiero marcharme —dijo.

—Entonces llamaré a la policía —añadió el señor Boone.

Se produjo una larga pausa. Nadie se movió. Finalmente, la señora Boone dijo:

—Tengo una idea. Pasemos a la sala de conferencias, nosotros cuatro solos, y hablemos un rato tomando un café.

La señora Boone negociaba numerosos acuerdos de divorcio y pasaba mucho tiempo en los juzgados, por lo que entendía la importancia de alcanzar un acuerdo. Su voz suave e incluso serena ayudó a mitigar un poco la tensión del ambiente.

Habían llegado a un punto muerto. El señor Treen no tenía intención de marcharse. Su esposa tampoco pensaba irse con él. Y nadie quería provocar a un hombre que llevaba una pistola encima. El señor Treen fue el primero en romper el silencio. Con sus palabras, evitó que la situación fuera a peor.

—De acuerdo —cedió—, hablemos.

—Traeré el café —se apresuró a decir Elsa.

Los Treen y los Boone entraron en la sala de conferencias y cerraron las puertas. Al principio, Theo y Elsa no tenían claro si debían llamar a la policía o esperar instrucciones del señor Boone. A Theo le preocupaba que sus padres estuvieran allí encerrados con un tipo alterado y vehemente, y que además estaba lo suficientemente perturbado como para llevar una pistola en el bolsillo. ¿Y si las cosas se ponían feas? ¿Y si de repente empezaban a oírse disparos en la sala de conferencias? Theo quería llamar inmediatamente a la policía.

Sin embargo, Elsa opinaba de forma distinta. El señor Treen había aceptado hablar de forma

pacífica sobre sus problemas. Si la policía se presentaba y lo arrestaba por un cargo de posesión de armas, el hombre podía hundirse y tocar fondo, y cometer una locura incluso mayor la próxima vez. Elsa estaba convencida de que sus jefes sabrían cómo manejar la situación y tal vez hacer avances para arreglar algunos de los conflictos de los Treen.

Elsa llamó a un cristalero que estaba de servicio las veinticuatro horas.

Pasaron los minutos sin que se oyeran ruidos de disparos procedentes de la sala de conferencias, ni tampoco gritos ni voces airadas. Theo logró tranquilizarse un poco, aunque, después de todos los acontecimientos de la jornada, seguía sintiéndose inquieto. Elsa y él decidieron tomar fotos de lo ocurrido en el despacho para poder mostrárselas más tarde a la policía. Barrieron los cristales y guardaron el pedrusco como prueba. El cristalero llegó cuando ya había oscurecido y empezó a reemplazar los paneles destrozados.

Normalmente, los martes por la noche los Boone salían del bufete y caminaban unas cuantas manzanas hasta el albergue social de Highland Street, donde servían la cena a gente desfavorecida y les prestaban ayuda de diversas formas. La señora Boone, junto con otras abogadas de Strattenburg, había abierto una pequeña clínica legal gratuita para mujeres maltratadas, algunas de las cuales no tenían hogar y residían en el albergue. El señor Boone también atendía a algunos clientes allí, por lo general padres que habían sido desahuciados de manera impropia de sus casas o apartamentos, y personas a las que se habían denegado ciertos beneficios. La labor de Theo consistía en ayudar en sus estudios a los niños sin hogar.

La reunión con los Treen tenía toda la pinta de alargarse eternamente, así que Theo decidió acudir solo al albergue. Sus padres se unirían a él más tarde, aunque solo fuera para comer algo. Después de servir la cena, los Boone tomaban de forma rápida un cuenco de sopa o un sándwich antes de dedicarse a ofrecer asesoramiento legal. Theo estaba muerto de hambre y cansado de estar en el bufete, así que se despidió de Elsa y fue en su bicicleta hasta el albergue. Ya había pasado la hora de la cena, pero todavía quedaban algunas sobras en la cocina.

Su tarea actual era enseñar matemáticas a los chicos Koback. Russ tenía ocho años y Ben siete, y llevaban unos dos meses viviendo en el albergue con su madre. La señora Boone se encargaba de los asuntos legales de la señora Koback y, aunque Theo no conocía los detalles, sabía que la pequeña familia estaba sufriendo las consecuencias de alguna tragedia. Al señor Koback lo habían asesinado en algún lugar remoto, en unas oscuras circunstancias de las que nunca se hablaba. Tras su muerte, la familia lo perdió todo y tuvo que vivir varias semanas en una vieja camioneta hasta que encontraron alojamiento en el albergue.

Para su proyecto de Scout Águila, Theo había planeado organizar un programa de voluntariado en el que adolescentes con edad suficiente para conducir adoptarían a un niño sin hogar, una especie de Hermano Mayor-Hermana Mayor. También estaba pensando en construir otro albergue, uno que albergaría a la gente obligada a vivir en tiendas improvisadas y debajo de los puentes. Sin embargo, su

padre le había advertido que un proyecto así costaría millones de dólares.

Como de costumbre, los chicos Koback se mostraron cohibidos, incluso tímidos. Sus jóvenes vidas habían estado marcadas por el caos y la miseria. La señora Boone decía que habían sufrido mucho y necesitaban ayuda profesional. Theo consiguió arrancarles algunas sonrisas mientras se aplicaban en sus libros de matemáticas. Su madre estaba sentada cerca, observando y, sospechaba Theo, intentando también aprender algo. Se había percatado de que la mujer apenas sabía leer.

Cada visita al albergue le recordaba a Theo lo afortunado que era. A poco más de medio kilómetro de su seguro y cálido hogar vivía gente como los Koback, que dormían en catres en un albergue y se alimentaban gracias a donaciones de la iglesia e instituciones benéficas. El futuro de Theo era bastante predecible. Si todo iba según sus planes, acabaría el instituto, iría a la universidad (aún no había decidido a cuál) e ingresaría en la facultad de derecho para convertirse en abogado. En cambio, los chicos Koback no tenían ni idea de dónde estarían viviendo dentro de un año. El albergue de Highland Street permitía a sus «amigos» quedarse solo doce meses, tiempo durante el cual se esperaba que encontrarán un trabajo y un sitio donde residir. Así que, al igual que el resto, los Koback estaban allí solo de paso.

A las nueve de la noche, todos los voluntarios tuvieron que dejar el centro. Theo se despidió de Ben, Russ y su madre, y abandonó el lugar. No había ni rastro de sus padres, así que decidió volver en bici al bufete para recoger su mochila y a su perro, esperando hallar aún con vida a todo el mundo. A esa hora apenas había tráfico, y Theo pedaleó a toda velocidad por las calles sin mostrar excesivo respeto por las normas de circulación. Subía los bordillos para avanzar rápidamente por las aceras y se saltaba las señales de stop, sin dejar de pensar durante todo el trayecto en lo agradable que era contar con dos ruedas perfectamente infladas.

En la esquina de Main con Farley, dos coches estaban parados en un semáforo delante de Theo, así que decidió subirse a la acera. Mientras efectuaba un derrape bastante arriesgado para girar por Main, se topó de frente con otra bicicleta, conducida por un policía uniformado: el agente Stu Peckinpaw, un oficial veterano, alto, delgado y de pelo canoso, que llevaba décadas patrullando las calles del centro de Strattenburg. Todos los chicos de la ciudad lo conocían e intentaban evitarlo.

Theo salió despedido de su bici, sin resultar lastimado, y tras ponerse en pie se sacudió el polvo de las perneras de sus pantalones.

—Lo siento —dijo, esperando en cierto modo que lo arrestaran y lo condujeran a la comisaría.

El agente Peckinpaw apoyó su bicicleta contra el poste de una señal y se quitó el casco.

—¿Cómo te llamas, chico? —exigió saber, como si Theo pudiera ser un asesino en serie.

—Theo Boone.

Los dos habían coincidido anteriormente en varias ocasiones, aunque solo fuera de pasada. Sin embargo, aquel era su primer encuentro serio con el agente Stu.

—Ese nombre me resulta familiar —dijo el policía, lo cual dio a Theo la oportunidad que siempre esperaba.

—Sí, señor. Mi padre es Woods Boone y mi madre Marcella Boone. Del bufete legal Boone & Boone.

—Ya decía yo que me sonaba. Bien, pues si tus dos padres son abogados, deberías conocer bien la ley, ¿no?

—Supongo que sí.

—La normativa municipal prohíbe que las bicicletas circulen por las aceras a cualquier hora del día o de la noche, sin excepciones. ¿Lo sabías?

—Sí, señor. Lo sé.

Peckinpaw dirigió una mirada furibunda a Theo, como si estuviera a punto de sacar sus viejas esposas para colocárselas al chico en las muñecas.

—¿Estás bien?

—Sí, señor.

—Entonces vuelve a casa, sin subirte a las aceras.

—Sí, señor. Gracias.

El agente Stu tenía fama de ser perro ladrador pero poco mordedor, y rara vez ponía multas a los chicos que iban en bici. Le gustaba gritar y amenazar, pero prefería evitarse el papeleo. Theo se alejó a toda velocidad, enormemente aliviado por haberse librado de nuevos problemas, pero también lleno de curiosidad por saber qué nuevos acontecimientos podría depararle aquella jornada tan movida. En ese momento sonó su móvil y se detuvo para responder. Era su madre, que le dijo que fuera directamente a casa. La reunión con los Treen había finalizado por fin, de forma bastante satisfactoria.

Cuando Theo entró en la cocina, encontró a sus padres cenando una pizza congelada. Estaban exhaustos. Le preguntaron cómo le había ido en el albergue, pero era evidente que se sentían demasiado cansados para hablar. Theo quiso saber cómo habían evolucionado las cosas con los Treen y qué había pasado después de que él se marchara, pero enseguida se activó el sempiterno escudo abogado-cliente y la conversación quedó zanjada. Los padres de Theo nunca hablaban de sus clientes. Jamás. Los asuntos y conversaciones entre letrados y clientes eran terreno absolutamente vedado. La señora Boone se limitó a decir que habían llegado a un acuerdo y que los Treen buscarían asesoramiento profesional.

Theo tenía muchos asuntos que tratar: dos ruedas pinchadas, su taquilla de la escuela saqueada y también una piedra arrojada a través de la ventana de su despacho que añadir. Alguien le estaba acosando y quería hablar de ello. Pero sería una charla muy larga, y todos los Boone, incluido Judge, estaban deseando irse a la cama. Su padre, un abogado que por lo general huía de los conflictos, se sentía especialmente fatigado después de tres horas de lidiar con los Treen. La señora Boone se quejaba de que le dolía la cabeza. Pese a todo, Theo estaba dispuesto a abordar su situación porque necesitaba ayuda y consejo. Sin embargo, justo en el momento en que iba a abrir la boca, sonó el teléfono. Era la señora Treen, de nuevo muy alterada.

Theo y Judge subieron las escaleras para acostarse.

Al día siguiente, miércoles, Theo pedaleó como siempre a toda prisa en dirección a la escuela, aunque evitando las calles del centro y sin subirse a las aceras. No había tenido oportunidad de hablar con sus padres durante el desayuno porque el señor Boone, como de costumbre, se había marchado pronto para departir con sus colegas mientras se tomaba su primer café, y, cuando Theo bajó, su madre salía por la puerta porque llegaba tarde a una reunión. El chico y Judge desayunaron en silencio.

Según los titulares de la prensa, seguía sin haber rastro de Pete Duffy. Unos ladrones habían entrado por la noche en una tienda de informática de Main Street. Dos estudiantes del Stratten College habían sido arrestados por ciberacoso. Ni una sola palabra de que un matón cuya identidad se desconocía había causado destrozos en el despacho de Theo Boone, ya que el incidente aún no había sido notificado a la policía.

Theo estaba agradecido por que fuera miércoles; sin duda, sería mucho mejor que el martes.

No obstante, durante la segunda clase, Geometría, de repente el miércoles de Theo se convirtió en un día mucho peor que el anterior. La voz de la secretaria de la escuela, la señorita Gloria, chirrió por la megafonía.

—Señorita Garman, ¿está Theo Boone en clase?

En ese momento, la mente de Theo se encontraba muy lejos de allí, soñando con la próxima salida de acampada al lago Mario. Al oír su nombre, el chico se enderezó y sintió como si le hubieran dado una bofetada.

—Sí que está —respondió la señorita Garman.

—Envíelo al despacho, por favor.

Theo se levantó de un salto y salió del aula.

Dos detectives de traje oscuro lo esperaban sentados en el despacho de la directora, la señora Gladwell, la cual parecía que acabara de ver a un fantasma. En cuanto el chico entró, la mujer se apresuró a decir:

—Theo, estos dos caballeros son detectives del Departamento de Policía y quieren hablar contigo.

Ninguno de los dos se puso en pie, ni tampoco sonrieron. El más bajo era un hombre mayor, un tal detective Vorman, al que Theo conocía de vista de los juzgados. De hecho, lo había visto testificar hacía un par de meses en un juicio. Al otro, al detective Hamilton, no lo había visto nunca.

—Theo —dijo este—, nos gustaría hacerte unas preguntas.

Como no había más sillas vacías, Theo se apoyó contra la pared y se preguntó por qué estaban allí esos hombres. Al principio pensó en la ventana destrozada de su despacho, pero enseguida desechó la idea. Un acto menor de vandalismo como aquel no requeriría la intervención de dos detectives.

—Vale —consiguió decir Theo.

Hamilton continuó:

—¿Por casualidad estuviste anoche en el centro de la ciudad?

Al chico no le gustó su tono, ni tampoco su ceño. Combinados, daban la impresión de que existía la fuerte sospecha de que Theo había hecho algo malo. Miró a la señora Gladwell, que tamborileaba nerviosa con los dedos sobre la mesa. Luego desvió la vista hacia el detective Vorman, que anotaba algo en un pequeño bloc de bolsillo.

—Anoche estuve en el albergue de Highland Street.

—¿Y estuviste por alguna razón en Main Street? —inquirió Hamilton.

—¿Por qué me está haciendo todas estas preguntas? —dijo Theo, lo cual irritó enormemente a ambos detectives.

—Aquí las preguntas las hago yo. Y tú respondes —espetó Hamilton en actitud despectiva, como un mal actor de televisión.

—Tú límitate a responder—añadió Vorman, en un tono realmente intimidador.

—No, no estuve en el centro —dijo Theo muy despacio—. Estuve en el albergue, y luego cogí la bicicleta y me fui a casa.

—¿No te encontraste con el agente Stu Peckinpaw? —preguntó Hamilton.

—Sí, me topé accidentalmente con él, pero no ocurrió nada.

—¿Y dónde ocurrió eso?

—En Main Street, entre Main y Farley.

—Entonces sí que estuviste anoche en el centro, ¿no es así, Theo?

—Pasé con mi bicicleta.

Los detectives intercambiaron una mirada de suficiencia. Los dedos de la señora Gladwell repiquetearon incluso más deprisa.

—Hay una tienda de informática en Main Street —prosiguió Hamilton—, a dos manzanas de Farley. Se llama Big Mac's Systems. ¿La conoces?

Theo negó con la cabeza. No. Sin embargo, recordaba el nombre de haberlo leído durante el rápido repaso que había dado esa mañana a los titulares de las noticias locales. La noche anterior habían entrado a robar en el local.

—Es una tienda donde venden ordenadores, portátiles, impresoras, software, lo habitual —explicó Vorman—, pero también las últimas tabletas, SmartPads, lectores de libros electrónicos, incluso móviles. ¿Nunca has estado en esa tienda, Theo?

—No, señor.

—¿Tienes portátil?

—Sí, señor. Un Jupiter Air de trece pulgadas. Me lo regalaron por Navidad.

—¿Dónde lo tienes ahora?

—En mi mochila, en clase.

—¿Lo guardas alguna vez en tu taquilla? —preguntó Hamilton.

—A veces. ¿Por qué?

—Theo, que aquí las preguntas las hacemos nosotros.

—Está bien, pero tengo la impresión de que ustedes piensan que he hecho algo malo. Y, si ese es el caso, solicito la presencia de un abogado.

Ambos detectives se miraron con expresión divertida. Un chico de trece años pidiendo un abogado. Todos los días trataban con matones y delincuentes, y todos y cada uno de ellos pedían siempre un abogado. Aquel chaval debía de ver mucha televisión.

—Queremos echar un vistazo a tu taquilla —dijo Hamilton.

Theo sabía que no debía dar su consentimiento a ningún tipo de registro. Ya fuera de un coche, de una casa, de un despacho, de los bolsillos, incluso de una taquilla... nunca había que acceder a someterse a un registro. Si la policía creía que existían pruebas de un delito, entonces debía acudir a un juez a fin de obtener una orden judicial —un permiso por escrito— para poder llevar a cabo el registro. No obstante, Theo sabía que no había hecho nada malo y, como cualquier persona inocente, quería demostrárselo a la policía. También era consciente de que la escuela tenía derecho a abrir su

taquilla sin su consentimiento.

—Claro —dijo al fin con cierta reticencia, y tanto los detectives como la señora Gladwell no pudieron evitar advertir que Theo vacilaba antes de dar su aprobación.

Los cuatro salieron del despacho y avanzaron por el pasillo vacío. El timbre sonaría en menos de quince minutos y los corredores se llenarían de estudiantes que verían a Theo en compañía de los dos desconocidos de traje oscuro. En cuestión de segundos toda la escuela sabría que lo estaban investigando por algo. Cuando se detuvieron frente a su taquilla, Theo echó un vistazo a su alrededor. El pasillo estaba desierto.

—¿Cuándo fue la última vez que abriste tu taquilla? —preguntó Hamilton.

—Cuando llegué a la escuela esta mañana. Sobre las ocho y media.

—Así pues, hará unas dos horas.

—Sí, señor.

—¿Y notaste algo extraño entonces?

—No, señor.

A Theo le habría gustado comentar que el lunes alguien había estado hurgando en su taquilla, pero de repente tenía mucha prisa. Le aterrorizaba la idea de que alguien pudiera verle allí con los dos policías y la directora.

—Puedes abrirla ya —ordenó Hamilton.

Theo introdujo el código —43 (Judge)— y abrió la puerta. No parecía faltar nada, pero era evidente que allí dentro había algo nuevo. En la parte izquierda, apoyados contra algunos libros de texto, había tres objetos muy finos que Theo no había visto en su vida.

—No toques nada —dijo Hamilton, inclinándose hacia delante y echando su aliento sobre el cuello de Theo.

Vorman y la señora Gladwell también acercaron sus cabezas, y durante unos segundos nadie se movió ni dijo nada.

—¿Ves algo inusual? —preguntó por fin Hamilton.

Con la boca seca, Theo logró decir:

—Sí, señor. Eso no es mío.

Los delgados objetos eran tabletas Linx 0-4, los ordenadores personales más potentes y ligeros existentes en el mercado. Con espectaculares gráficos y una memoria ilimitada, con un millón de aplicaciones y un precio de venta al público de dólares, las 0-4 eran más baratas y mucho más sofisticadas que las de la competencia. Provisto de guantes quirúrgicos y tratándolas como si fueran valiosos diamantes, el detective Vorman colocó las tabletas una junto a otra sobre el escritorio de la señora Gladwell. Habían telefoneado a Big Mac, el propietario de la tienda de informática, que estaba ya de camino para poder identificar el material robado.

—Por favor, llame a mi madre —le pidió Theo a la señora Gladwell—. O a mi padre. A cualquiera de los dos.

—No tan deprisa —dijo Hamilton—. Aún tenemos que hacerte algunas preguntas.

—No pienso responder a ninguna pregunta más —replicó Theo—. Quiero que mis padres estén presentes.

—Si Theo dice que no ha robado esas tabletas —intervino la señora Gladwell—, yo le creo.

—Muchas gracias por su observación —repuso Hamilton.

—¿Cómo sabían que las tabletas estaban ahí? —preguntó Theo.

—Vuelvo a repetirte, joven Theo —le soltó el detective—, que, si no te importa, aquí las preguntas las hacemos nosotros.

Ya de entrada, su tono y su actitud habían dejado mucho que desear; pero ahora, con las pruebas sobre la mesa y el crimen aparentemente resuelto, resultaban intolerables.

—¿Puedo llamar a sus padres? —preguntó la señora Gladwell.

—Pues claro que puede —dijo Theo—. Ellos no dirigen esta escuela. No pueden decirle lo que debe hacer.

—No te pases de listo, chaval —espetó Vorman.

—¡Oiga!—exclamó la señora Gladwell—. Disculpe, pero no voy a permitir que le hable a mi alumno de esa manera. Theo no es ningún delincuente. Yo creo en lo que dice.

El chico se acercó a la mesa donde estaba sentada la directora y sacó su móvil. Usó el sistema de marcación rápida para llamar al bufete Boone & Boone. Respondió Elsa, y Theo, mirando directamente a los iracundos ojos del detective Hamilton, dijo:

—Hola, Elsa. Soy yo, Theo. Necesito hablar con mi madre.

—¿Ocurre algo, Theo?

—No. Pásame con mi madre.

—Ha ido los juzgados, Theo. Estará ocupada toda la mañana.

—Bueno, entonces pásame con mi padre.

—Tampoco está. Ha ido a Wilkesburg para cerrar el contrato de unos terrenos. ¿Qué sucede, Theo?

El muchacho no tenía tiempo para hablar con Elsa, y de todas formas ella no podía ayudarlo. Los detectives estaban que echaban humo y Theo era consciente de que se le acababa el tiempo. Cortó la llamada y pulsó otro número en marcación rápida.

—Ike, soy yo, Theo.

—Buenos días, Theo —contestó Ike—. ¿Cómo es que me llamas a las diez y media de la mañana?

—Ike —dijo el chico—, estoy en la escuela y hay aquí dos detectives que me acusan de haber robado unas tabletas que alguien ha puesto en mi taquilla. ¿Puedes venir?

—Ya basta, chaval —gruñó Hamilton.

Ike no respondió, pero la llamada se interrumpió en el otro extremo de la línea.

Theo cerró su móvil y volvió a guardárselo en el bolsillo. Técnicamente, aquello era una infracción de las normas de la escuela. Solo los alumnos de octavo tenían permiso para llevar sus teléfonos móviles en las instalaciones escolares, y algunos de ellos así lo hacían. Pero su uso estaba muy controlado. Todos los móviles debían estar apagados durante las clases y solo podían utilizarse durante los recreos y el almuerzo. No obstante, dadas las circunstancias, Theo dudaba de que la señora Gladwell se enfadara por ello. Y no lo hizo.

—No te estamos acusando de nada —dijo Hamilton—. Tan solo estamos llevando a cabo una investigación y, cuando encontramos material robado en posesión de alguien, es lógico que le hagamos algunas preguntas. ¿No te parece?

—Theo no ha robado las tabletas, ¿de acuerdo? —dijo con firmeza la señora Gladwell.

Vorman decidió jugar al poli bueno y dirigió al chico una sonrisa estúpida y empalagosa.

—Entonces, Theo, si tú no pusiste esas tabletas en tu taquilla, está claro que lo hizo otra persona. ¿Quién más podría haber introducido el código para abrirla?

Buena pregunta.

—Nadie, que yo sepa —replicó Theo—, pero este lunes alguien estuvo hurgando en mi taquilla. Me robaron una gorra de béisbol de los Twins y algunos objetos más. No di parte de ello entonces,

pero pensaba hacerlo.

La señora Gladwell volvió la cabeza y se quedó mirando al muchacho.

—Tendrías que habernos informado, Theo.

—Lo sé, lo sé. Y lo siento. Pensaba hablarlo primero con mis padres y luego notificárselo a usted, pero no encontré el momento.

—¿Dispone la escuela de una lista con todos los códigos de acceso? —preguntó Vorman.

—Sí —repuso la señora Gladwell—, pero está guardada en un archivo protegido en nuestro ordenador central.

—¿En alguna ocasión ha intentado acceder a él algún pirata informático ?

—No, que yo sepa.

—¿Ha habido problemas en la escuela con alumnos que forzaran alguna taquilla?

—No —replicó la directora—. De vez en cuando algún estudiante se olvida de cerrarla bien y la puerta se queda entreabierta. En esos casos pueden desaparecer uno o dos objetos, pero no recuerdo ninguna situación en la que un alumno se hiciera con el código de otro para acceder a su taquilla.

—¿Y tú, Theo? —preguntó Vorman—. ¿Conoces a alguien que consiguiera el código de acceso de otro compañero para forzar su taquilla?

—No, señor.

Hamilton echó un vistazo a sus notas y luego miró a Theo.

—En el robo de anoche en Big Mac's Systems —explicó—, el ladrón o los ladrones se llevaron diez de esas tabletas, seis portátiles de quince pulgadas y una docena de móviles más o menos. ¿Tienes alguna idea de dónde puede estar todo ese material?

Theo apretó los dientes y dijo:

—No sé nada sobre el robo de anoche porque no estaba allí, y tampoco sé cómo han podido llegar esas tabletas a mi taquilla. Ya he dicho que quiero asistencia legal, y no pienso responder a más preguntas si no es en presencia de mi abogado.

—Theo, las cosas serán más sencillas si colaboras con nosotros —dijo Hamilton.

—Y estoy colaborando. Ya les he dejado que registren mi taquilla y, además, les estoy diciendo toda la verdad.

Big Mac era un hombre menudo, apenas algo más alto que Theo, y cuando entró en el despacho de la señora Gladwell fulminó con la mirada al sospechoso como si quisiera dispararle. Theo se mantuvo en su sitio detrás de la silla de la directora mientras observaba cómo los detectives le pasaban a Big Mac un par de guantes quirúrgicos.

—¿Por qué no esperan fuera? —les dijo Hamilton a Theo y a la señora Gladwell, que salieron del despacho y se quedaron en la zona de secretaría.

Después de cerrar la puerta, la directora comentó en voz baja:

—No entiendo por qué tienen que mostrarse tan groseros.

—Solo están haciendo su trabajo —repuso Theo.

—¿Quieres volver a llamar a tus padres?

—Quizá más tarde. Ahora no se encuentran en el bufete y están muy ocupados.

El timbre sonó con fuerza y Theo miró a su alrededor buscando algún lugar donde esconderse. Los alumnos saldrían para dirigirse a otras clases y no era extraño que algunos acudieran a la secretaría para solucionar algún asunto urgente. Alguien podría verlo allí sentado, retenido por alguna razón y con aspecto culpable. Conforme el ruido empezaba a extenderse por los pasillos de la escuela, Theo cogió una revista, hundió la cara tras sus páginas y se refugió cerca del dispensador de agua.

Dentro del despacho de la señora Gladwell, Big Mac extrajo una pequeña placa del dorso de cada tableta y comprobó los números de serie. Usando los guantes para no estropear posibles huellas dactilares, comparó los números con los que tenía en su lista de inventario.

—Sí, son las de mi tienda —dijo—. Parece que han cogido a su hombre.

—Eso ya lo veremos —repuso Hamilton.

—¿Qué quiere decir? Las han encontrado en la taquilla de ese mocoso, ¿no? A mí me parece que lo han pillado bien pillado, y con las manos en la masa. Quiero presentar cargos ahora mismo. Vamos a apretarle las tuercas para localizar cuanto antes el resto del material robado.

—Mac, nosotros nos encargamos aquí de la investigación.

—Creo que la semana pasada vi a ese crío en mi tienda.

Vorman miró a Hamilton.

—¿Está seguro de eso, Mac?

—No puedo demostrarlo, ¿saben? En mi tienda entran y salen muchos chicos, pero la cara de ese me suena.

—El nos ha dicho que nunca ha estado en su tienda.

—¿Y qué esperaban que les dijera? Sabemos que el chaval es un ladrón, ¿no? Si es capaz de entrar y robar en una tienda, estoy seguro de que también es capaz de mentir. Quiero que trinquen a ese crío, ¿vale? Todos los años pierdo un montón de dinero por pequeños hurtos y robos, y pienso denunciar a todos los ladrones que cojan.

—Le entiendo, Mac. Ahora vamos a proseguir con nuestra investigación aquí y cuando terminemos pasaremos por su tienda. Gracias por su colaboración.

—No hay de qué. Solo quiero que encuentren el resto de mi mercancía, ¿de acuerdo?

—Lo haremos.

Big Mac cerró de un portazo la puerta del despacho de la señora Gladwell y, cuando pasaba hecho una furia junto a la mesa de la señorita Gloria, descubrió a Theo medio escondido junto al dispensador de agua.

—¡Eh, tú, chaval! ¿Dónde está el resto del material que has robado de mi tienda? —preguntó a gritos.

En ese momento había allí cerca un profesor de sexto charlando en voz baja con la señora Gladwell, y un alumno de séptimo con fiebre tumbado en un pequeño sofá. Todo el mundo miró a Big Mac y luego a Theo, que se quedó sin palabras durante unos segundos.

—Quiero mi mercancía, ¿entendido? —gritó Big Mac aún más fuerte, y dio un paso en dirección a Theo.

—Yo no la tengo —consiguió decir el chico.

—¿Quiere hacer el favor? —le exigió la señora Gladwell al hombre.

La puerta del despacho se abrió. El detective Vorman salió y, apuntando con un dedo a Big Mac, dijo:

—Ya es suficiente. Nosotros nos encargaremos de todo. Será mejor que se vaya.

Big Mac se marchó sin añadir nada más.

El timbre sonó de nuevo para anunciar el comienzo de la tercera clase. El profesor de sexto observaba a Theo como si fuera un asesino, y Mark Nosequé, el alumno con fiebre, se incorporó y se quedó mirando fijamente al chico. La señorita Gloria enarcó las cejas y su frente se llenó de profundos surcos, una expresión que sugería la culpabilidad del muchacho. Theo quería gritarles que él no era ningún ladrón, que no había robado nada que perteneciera a Big Mac, que de hecho jamás había robado nada en su vida, pero durante unos largos segundos permaneció allí plantado, totalmente estupefacto.

Nunca antes lo habían acusado de un delito.

—¿Pueden volver a entrar, por favor? —les pidió el detective Vorman.

Theo siguió a la señora Gladwell hasta su despacho, donde la mujer se sentó en la amplia silla giratoria que había tras su escritorio. Theo se quedó de pie a su lado. Ellos dos contra los dos detectives.

—Estas tabletas han sido identificadas por su propietario —explicó Vorman—. Los números de serie coinciden sin lugar a dudas. Ahora que hemos recuperado parte del material robado, tendremos que inspeccionar a fondo la taquilla del señor Boone. Examinarla cuidadosamente en busca de huellas dactilares, hacer inventario de su contenido, ese tipo de cosas.

—Y además —añadió Hamilton—, necesitaremos hablar con los chicos cuyas taquillas estén cerca de la suya. Quizá hayan visto algo o a alguien sospechoso. Ya saben, el procedimiento de rutina. Y cuanto antes lo hagamos, mejor. A los chavales se les olvidan las cosas enseguida.

La señora Gladwell sabía que la memoria de un chico de trece años era mucho mejor que la de los adultos, pero no quería discutir.

—Muy bien —dijo—, pero estoy segura de que podrán esperar hasta las tres y media de la tarde, cuando las clases hayan acabado. No hay ningún motivo para perturbar la actividad escolar del día.

Theo estaba horrorizado ante la idea de que aquellos dos detectives interrogaran a sus amigos. Pronto se correría la voz de que estaba bajo sospecha, de que la policía iba tras él. Theo necesitaba ayuda. La señora Gladwell hacía cuanto estaba en su mano para protegerlo, pero saltaba a la vista que se requerían refuerzos.

En ese momento, la puerta se abrió e Ike irrumpió en el despacho.

—¿Qué está pasando aquí? —exigió saber—. Theo, ¿estás bien?

—No mucho —respondió el chico.

Vorman se puso en pie y dijo:

—Soy el detective Vorman, del Departamento de Policía de Strattenburg, y este es mi compañero, el detective Hamilton. ¿Puedo preguntarle quién es usted?

Las presentaciones fueron bastante tensas; ninguno de los tres hombres hizo ademán de estrechar la mano.

—Me llamo Ike Boone, antiguo socio del bufete Boone & Boone, Abogados, y Theo es mi sobrino.

—Y yo soy la señora Gladwell, la directora de la escuela. Sea bienvenido a mi despacho.

Ike asintió ligeramente con la cabeza.

—Encantado —dijo—. Creo que ya nos conocíamos. Y bien, ¿qué está ocurriendo aquí?

—¿Es usted abogado? —preguntó Vorman.

—Lo fui —replicó Ike—. Pero ahora mismo actúo en calidad de tío de Theo, consejero, asesor, tutor y lo que haga falta. Si quieren abogados, denme una hora y los tendrán haciendo cola a la puerta.

Ike llevaba su indumentaria habitual: vaqueros descoloridos, sandalias sin calcetines, una vieja camiseta de Red Stripe bajo una raída cazadora a cuadros marrones, y el largo y canoso pelo recogido en una prieta cola de caballo. Estaba muy alterado y con ánimo beligerante, y Theo comprendió que en ese momento no podía tener mejor protector.

El detective Hamilton se hizo cargo de la situación y tomó la iniciativa.

—Muy bien, señor Boone —dijo con voz tranquila—. Anoche entraron a robar en una tienda de informática de Main Street. Esta mañana hemos recibido una llamada anónima informándonos de que encontraríamos parte del botín en la taquilla de un tal Theodore Boone, aquí en la escuela. Theo ha dado su consentimiento para que efectuáramos un registro de su taquilla y hemos hallado estas tres tabletas Linx 0-4, valoradas en unos cuatrocientos dólares cada una. El propietario de la tienda ha comprobado los números de serie y ha identificado el material robado.

—¡Perfecto! —repuso Ike en voz alta—. Entonces sabemos exactamente quién asaltó la tienda: el canalla que hizo la llamada anónima. ¿Por qué no se dedican a perseguirlo en vez de hostigar a Theo?

—No lo estamos hostigando, señor Boone —dijo Hamilton—. Tan solo estamos llevando a cabo una investigación, parte de la cual consiste en rastrear la pista que nos dio quien realizó la llamada anónima. Estamos intentando cubrir todas las bases, ¿de acuerdo?

Ike respiró hondo y miró a su sobrino.

—¿Estás bien, Theo?

—Eso creo —respondió.

Pero no lo estaba. Dos ruedas de su bicicleta pinchadas, una piedra lanzada a través de la ventana de su despacho que provocó una lluvia de cristales rotos sobre él y sobre su perro, el primer robo de su taquilla en el cual le habían sustraído la gorra de béisbol... y ahora esto. Alguien le estaba acosando y atormentando, y no había duda de que estaba haciendo un gran trabajo.

—Bueno —dijo la señora Gladwell—, si quieren saber mi opinión, y como estamos en mi despacho no pienso reprimirme y voy a dársela de todas formas, la policía tiene todo el derecho a llevar a cabo su investigación siempre y cuando no perturben la actividad normal de mi escuela. Y asimismo opino que Theodore Boone no ha cometido ningún robo.

Los tres hombres asintieron. Theo se mostró completamente de acuerdo, pero no movió un solo músculo.

—¿Y cuál es el siguiente paso? —masculló Ike dirigiéndose a los detectives.

—Bueno —dijo Hamilton—, nos gustaría que Theo nos acompañara a comisaría para poder tomarle declaración formal. El procedimiento de rutina. Y luego querríamos hablar con algunos de sus compañeros.

Theo había visto suficientes películas para saber que el trayecto hasta la comisaría del centro implicaría ir esposado en el asiento trasero de un coche patrulla, y durante una breve fracción de segundo la idea le pareció divertida. Nunca le habían puesto unas esposas, y nunca había ido sentado en la parte de atrás de un coche policial. Aquella aventura sería una anécdota graciosa que contar más adelante, cuando se hubiera aclarado todo el malentendido. Pero cualquier idea de diversión se esfumó tras comprender que la noticia correría como la pólvora por la escuela y por la ciudad, y pronto todo el mundo sabría que Theo era el principal sospechoso.

—Las clases acaban a las tres y media, ¿no es así? —preguntó Ike a la señora Gladwell.

—Así es.

—Bien. Pues, si no tienen inconveniente, esta tarde a las cuatro llevaré a Theo a comisaría. Estoy seguro de que sus padres también le acompañarán.

Los detectives intercambiaron una mirada. Era evidente que ninguno de ellos quería discutir con Ike al respecto.

—¿Cuándo podremos hablar con los otros estudiantes? —preguntó Vorman.

—Bueno, supongo que a las tres y media —respondió la señora Gladwell.

—Theo, ¿de quiénes son las taquillas que están junto a la tuya? —inquirió Hamilton.

—De Woody, Chase, Joey, Ricardo... —contestó Theo—, casi todos los chicos de mi clase de Tutoría. La de Darren está justo debajo de la mía.

Vorman miró a Hamilton y le dijo:

—Tendremos que consultar con los chicos del laboratorio para ver si pueden venir a tomar huellas.

—Sí—repuso Hamilton—. Y también necesitaremos las tuyas, Theo. Podemos hacerlo esta tarde cuando vengas a comisaría.

—¿Quieren mis huellas dactilares? —preguntó Theo.

—Pues claro.

—Yo no lo tengo tan claro —intervino Ike—. Lo hablaré con sus padres.

—No me importa —dijo Theo—. Pueden tomármelas. No encontrarán ninguna huella mía en esas tabletas, porque nunca las he tocado. Y si quieren pueden someterme a la prueba del detector de mentiras. No tengo nada que ocultar.

—Eso ya lo veremos —dijo Vorman.

De repente, los detectives parecieron tener prisa por marcharse. Hamilton cerró con gesto brusco su bloc de notas y se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta.

—Gracias por su tiempo, señora Gladwell —le dijo, poniéndose en pie—. Y gracias por tu colaboración, Theo. Señor Boone, encantado de conocerle.

Después de que se fueran, Theo se dejó caer sobre la silla que había ocupado Hamilton.

—Hay algo más de lo que tenemos que hablar —anunció el chico.

Ike se sentó en la otra silla y, mientras él y la señora Gladwell escuchaban atentamente, Theo les contó lo de las dos ruedas pinchadas, una de ellas dentro de las instalaciones de la escuela. Cuando les explicó la historia de la piedra lanzada contra su despacho el día anterior, Ike dijo:

—Alguien va a por ti.

—¿No me digas? —repuso Theo.

Ni que decir tiene que, cuando la madre de Theo se enteró de todo, la situación adquirió tintes dramáticos.

Theo la había llamado durante el almuerzo y, al cabo de quince minutos, ya estaba en el despacho de la directora, exigiendo respuestas. Que la policía hubiera interrogado a Theo sin que sus padres estuvieran presentes la puso furiosa, pero la señora Gladwell la tranquilizó diciéndole que Theo se las había arreglado muy bien solo. El chico había sido muy prudente en sus respuestas, dando a los agentes el mínimo de información posible. El registro de su taquilla había resultado inevitable, ya que la dirección tenía derecho a abrirla si existía una razón de peso para ello. La política del centro exigía que la señora Gladwell y los demás responsables de la escuela cooperaran plenamente con las fuerzas del orden en cualquier situación.

En un principio, la señora Boone quiso sacar a su hijo de la escuela para llevárselo al bufete y, de allí, a la comisaría. Sin embargo, la señora Gladwell pensó que lo más sensato sería esperar a que terminara la jornada escolar. Ese miércoles ya habían hecho salir a Theo de clase una vez, y volver a hacerlo solo crearía más suspicacias. La directora le aconsejó que era muy importante dar sensación de normalidad.

A continuación, explicó a la señora Boone todo lo que le había ocurrido a su hijo en los días previos de aquella semana tan cargada de emociones. Theo no les había contado a sus padres lo de las ruedas pinchadas ni lo del primer robo en su taquilla, y su madre se quedó preocupada al enterarse de lo sucedido. Y también se enfadó porque el chico se lo hubiera callado todo.

Cuando se marchaba, la señora Boone dio instrucciones muy precisas a la directora de que, al acabar las clases, Theo fuera directamente al bufete.

A las tres y media, el detective Hamilton estaba esperando en el aula del señor Mount. Poco antes había llamado al profesor y le había pedido que «invitara» a Darren, Woody, Chase, Joey y Ricardo a quedarse después de clase para tener una pequeña charla. En presencia del señor Mount, el detective habló brevemente con cada uno de ellos por separado. Darren fue el primero y, después de que ubicara la localización exacta de su taquilla en una foto ampliada, Hamilton le preguntó:

—¿A qué hora abriste tu taquilla por primera vez esta mañana?

Darren se encogió de hombros.

—Cuando llegué a la escuela, justo antes de Tutoría.

—¿Y a qué hora empieza la clase de Tutoría?

—A las nueve menos veinte.

—¿Para qué fuiste a tu taquilla?

—Para coger algunos libros y dejar otros, lo de siempre.

—¿Viste esta mañana a Theo Boone junto a su taquilla?

Darren se quedó pensativo un momento, volvió a encogerse de hombros y dijo:

—Creo que no. Me parece que Theo ya estaba en Tutoría.

—¿A quién recuerdas haber visto esta mañana cuando estabas en tu taquilla?

Una nueva pausa mientras reflexionaba sobre la pregunta.

—A Ricardo, puede que a Woody. A algunos de los otros chicos. La verdad es que no me paré a pensar quién había por allí. Por lo general siempre vamos con prisa para llegar a Tutoría.

—¿Viste a alguien cerca de las taquillas que no debería haber estado allí? —preguntó Hamilton muy despacio.

—¿Como quién?

—Alguien que no tendría por qué estar merodeando por ahí.

—¿Es que ha ocurrido algo?

—Eso es lo que estamos tratando de averiguar, Darren. ¿Viste a alguien extraño cerca de las taquillas en algún momento antes de las diez de esta mañana?

—¿Alguien extraño? ¿Por ejemplo un adulto?

—Un adulto, otro estudiante, cualquier persona que normalmente no debería haber estado en ese extremo del pasillo.

Otra pausa más larga, hasta que al fin negó con la cabeza.

—No, señor. No vi a nadie así.

—¿Nada que te resultara sospechoso?

—No, señor.

Hamilton mantuvo conversaciones similares con el resto de los chicos. Tan solo Chase recordaba haberse encontrado con Theo esa mañana en las taquillas, y no, Chase no había visto a Theo sacar libros u otros objetos de su mochila. El detective tuvo mucho cuidado de no revelarles nada acerca de lo que encontraron en la taquilla de Theo, y también de no darles la impresión de que su amigo estaba con el agua al cuello.

Ese miércoles, a las cuatro de la tarde, Theo y sus padres, junto con Ike, entraron en la comisaría de Main Street, situada unas dos manzanas al este de los juzgados. Los recibieron los detectives Vorman y Hamilton, quienes los condujeron por un tramo de escaleras hasta un pequeño cuarto en un angosto sótano. Tras ofrecerles algo de beber, que todos declinaron, Vorman fue directo al grano. Él y la señora Boone ya habían hablado por teléfono dos veces esa misma tarde, así que no habría sorpresas ni imprevistos.

Theo prestaría declaración de forma voluntaria, bajo la supervisión de su nutrida asistencia legal, y Vorman lo grabaría todo. El chico aseguró a sus padres que no tenía nada que ocultar y que no sabía nada del robo ni del material sustraído.

Su declaración empezó con el relato de lo sucedido el lunes en su taquilla. También contó lo ocurrido con las dos ruedas pinchadas y dijo que Gil, de la tienda Gil's Wheels, podría confirmar los detalles. Una vez más explicó que no se lo había contado a sus padres porque, simplemente, no había tenido tiempo ni oportunidad. También refirió el suceso del pedrusco lanzado contra su despacho el día anterior. Mediante sencillas preguntas, Vorman le condujo finalmente al asunto de las tabletas robadas que habían encontrado en su taquilla. Theo se había detenido frente a esta unos minutos antes de entrar en clase de Tutoría, como de costumbre. El pasillo estaba atestado y con el barullo habitual, como todos los días. Introdujo el código para abrir la puerta y no vio nada fuera de lo normal. Debido a lo ocurrido el lunes, se fijó muy bien en lo que había dentro del compartimiento, y estaba seguro de que en ese momento las tabletas Linx no se hallaban en su taquilla. No vio a ninguna persona extraña merodeando por allí, ni adultos desconocidos ni estudiantes de otros grupos, clases o cursos. No tenía constancia de que nadie más estuviera al tanto de su código de acceso. Tampoco sabía si se habían producido en la escuela incidentes similares con taquillas forzadas.

Theo hablaba de forma lenta y cuidadosa, repitiendo sus afirmaciones cuando se le pedía que lo hiciera. A su izquierda estaba su madre; a su derecha, su padre. Ike se encontraba al otro extremo de la mesa, todavía indignado porque a la policía se le ocurriera siquiera sospechar de su sobrino. El detective Hamilton estaba sentado justo enfrente de Theo, guiándolo pacientemente durante la toma de declaración. Junto a Hamilton, dispuesta sobre un trípode, una videocámara grababa toda la escena.

Theo hizo un resumen preciso y detallado de su breve encuentro con el agente Stu Peckinpaw la noche del martes, y explicó las circunstancias que lo rodearon. Tenía la certeza de no haber estado

nunca en Big Mac's Systems, y sugirió que comprobaran los registros de ventas para demostrar que nunca había comprado nada allí.

Cuando Theo acabó su declaración y los detectives apagaron la cámara y la grabadora, todo el mundo pareció relajarse un poco. Hamilton les dijo que, de momento, no le tomarían las huellas dactilares al chico, ya que no habían logrado encontrar ninguna en las tabletas. No tenían nada con qué comparar las huellas de Theo.

—Parece que alguien ha sido muy cuidadoso —dijo el detective mirando a Theo—. Lo ha limpiado todo, y probablemente habrá usado guantes.

Theo no habría sabido decir si seguía sospechando de él. Como todos los buenos detectives, Hamilton revelaba muy poco y actuaba como si todo el mundo pudiera ser culpable.

—¿Qué se sabe de la persona que realizó la llamada anónima? —inquirió Ike—. ¿Ha habido suerte al rastrear su procedencia?

—Más o menos —contestó Hamilton con cierta brusquedad. Era evidente que no le hacía ninguna gracia sentirse presionado por Ike—. La llamada procedía de una cabina situada cerca del hospital, así que será muy complicado averiguar quién la hizo.

—¿A qué hora se recibió? —preguntó Woods Boone.

—A las nueve y veinte —respondió Hamilton.

—Así pues —prosiguió el señor Boone—, si las tabletas no estaban en la taquilla a las ocho y cuarenta, cuando Theo la abrió por última vez, el ladrón tuvo que dejarlas allí en algún momento durante la primera hora de clase. Después de colocar las tabletas en la taquilla, o bien salió de la escuela y se dirigió a toda prisa hasta la cabina cercana al hospital para hacer la llamada, o bien avisó a alguien de fuera para comunicarle que había cumplido con su misión y que ya podía llamar a la policía. Probablemente esto último. Así que la pequeña banda que está detrás de todo esto debe de contar con más de un miembro.

Hamilton miró fijamente a Woods Boone y este le sostuvo la mirada.

—Tal vez debería usted hacerse detective —le dijo Hamilton.

—Y tal vez debería usted ver lo evidente. Esto ha sido un montaje. Le han tendido una trampa a Theo. No sé quién ni por qué lo ha hecho, pero está muy claro que mi hijo no ha tenido nada que ver en todo esto. Ahora mismo no es un sospechoso, sino una víctima.

—Yo no he dicho en ningún momento que fuera un sospechoso, señor Boone —repuso el detective con frialdad—. Todavía no han pasado ni veinticuatro horas desde que se cometió el delito. Denos un respiro, acabamos de abrir la investigación.

—¿Y qué va a pasar ahora con Theo? —preguntó la señora Boone.

—Puede marcharse. Y no se preocupen, no vamos a presentarnos en mitad de la noche para arrestarle. Si tenemos que volver a hablar con él, ya les llamaremos. —Hamilton empezaba a sentirse un poco irritado, probablemente por tener que bregar con tanto abogado—. Nuestro trabajo es seguir todas las pistas y tratar de averiguar quién ha cometido este delito. No sabemos si Theo está diciendo la verdad. Parece sin duda muy creíble, pero soy detective y he hablado con un montón de delincuentes que afirmaban ser inocentes. Puede que Theo lo sea, puede que no. Ustedes no tienen ninguna duda al respecto, pero los detectives no trabajamos así. Tarde o temprano, esperemos que pronto, dispondremos de más información y entonces estaré encantado de poder decir: «Theo, nos estabas contando la verdad». Pero, hasta que eso ocurra, no podemos creer en la palabra de nadie.

—¿Usted no me cree? —preguntó Theo, dolido.

—Mira, Theo, no sé si estás mintiendo y tampoco sé si estás diciendo la verdad. Como detective encargado del caso, es demasiado pronto para poder tomar esa decisión. Hasta el momento no disponemos de muchas pruebas en esta investigación, pero todas las que tenemos apuntan a ti. ¿Lo entiendes?

Theo asintió levemente, pero estaba claro que aquellas palabras le causaban gran consternación.

Hamilton consultó su reloj, cerró una carpeta y dijo:

—En fin, les agradezco que hayan venido y, como ya les he dicho, estaremos en contacto.

El pequeño grupo de los Boone salió por la puerta del edificio policial. Ninguno de ellos sonreía.

Theo intentó estudiar en su despacho de Boone & Boone, pero no lograba concentrarse. Habían instalado una nueva ventana y retirado todos los desperfectos. No quedaba ni rastro del destrozo de la tarde anterior, pero Theo aún podía oír el estallido de los cristales al romperse, el golpe seco y sordo de la piedra al impactar contra la estantería, la lluvia de vidrios y el aullido de pánico de Judge, seguido por una avalancha de furiosos ladridos en los caóticos instantes posteriores al ataque. Sin embargo, Theo tenía la sensación de haber oído algo más. Como si de un sueño se tratara. Pensaba que lo había escuchado también esa mañana durante la primera hora de clase, antes de que la policía se presentara en la escuela y le arruinara el día. Pero ahora, sentado a su mesa del despacho, si cerraba los ojos y retrocedía hasta el momento antes de que cayera la piedra, y a los instantes posteriores, casi podía distinguir unos ruidos de pisadas: las de alguien que huía. Quienquiera que hubiese lanzado la piedra lo había hecho desde muy cerca y se había ido corriendo. Theo deseó poder siquiera vislumbrar a esa persona en su huida.

¿Quién era ese personaje misterioso? ¿Se trataba de un adulto? ¿De otro estudiante? ¿Hombre o mujer? ¿Actuaba en solitario o formaba parte de una banda?

Incluso Judge parecía un poco alterado. La primera vez que regresas a la escena de un crimen siempre te asaltan malos recuerdos. Theo se veía incapaz de hacer los deberes. Cerró la puerta del despacho y se asomó por la nueva ventana, pero no vio a nadie. Minutos después salió del bufete y se marchó, con Judge pegado a las ruedas de su bicicleta.

La foto se envió desde una cuenta anónima de GashMail, y en un principio iba dirigida a la bandeja de entrada de una docena o así de estudiantes de la Escuela de Enseñanza Media Strattenburg. A partir de ahí empezó a extenderse como la pólvora y, hacia las siete y media de la tarde del miércoles, cientos, tal vez miles de personas en toda la ciudad la habían visto y estaban al corriente del asunto.

La foto la tomó alguien decidido a permanecer en el anonimato y no dar la cara. Estaba claro que esa persona tenía que haber estado escondida en algún lugar al otro lado de la calle cuando Theo, sus padres e Ike salieron de la comisaría. En la imagen se veía claramente a los cuatro, con expresión ceñuda y preocupada, y justo detrás y por encima de ellos, en grandes letras sobre la fachada del edificio: comisaría de POLICÍA DE STRATTENBURG.

Un texto acompañaba a la foto: «Theo Boone, de trece años de edad y residente en el de Mallard Lane, sale junto a sus padres de la comisaría de policía de Strattenburg después de ser arrestado por el robo ocurrido el martes por la noche en una conocida tienda de informática del centro, Big Mac's Systems. Según algunas fuentes, este miércoles por la mañana la policía ha encontrado parte del material robado en la taquilla escolar de Boone. La semana que viene deberá comparecer ante el Tribunal de Menores».

Como todos los miércoles por la noche, a esa hora los Boone estaban cenando comida china, sentados en la sala de estar con bandejas plegables frente a la televisión. Judge, que se consideraba a sí mismo prácticamente humano, estaba tumbado junto a Theo, dando de vez en cuando un mordisco a su plato chino favorito, gambas agridulces. Apenas hablaron durante la cena. Theo se sentía abrumado por los recientes acontecimientos, que parecían ir en aumento como una bola de nieve cuesta abajo. Sus padres no paraban de darle vueltas a cómo podrían proteger a su hijo. La señora Boone apenas mordisqueaba su pollo chow mein. El señor Boone masticaba con furia vengativa, como si estuviera en algún tribunal enfrentándose a los malos para demostrar que su hijo era inocente.

El móvil de Theo vibró: acababa de entrar un mensaje. Le echó un vistazo. Era de April Finnemore, su mejor amiga, y decía: «TB, mira la bandeja del correo ahora. Urgente».

Dejar la cena a medias no les haría ninguna gracia a sus padres, así que, entre bocado y bocado, Theo respondió: «¿Qué pasa?».

April contestó: «Terrible. ¡Urgente! Míralo ya».

«OK», escribió Theo.

Dio algunos bocados más, masticó y tragó rápidamente.

—Estoy lleno —anunció.

Se levantó con su plato y su vaso y se encaminó en dirección a la cocina.

—Qué poco has tardado —dijo su madre.

Su padre estaba como en otro mundo.

Theo enjuagó el plato y fue enseguida a por su mochila, que estaba sobre la encimera de la cocina. Al cabo de unos segundos ya estaba conectado y abrió el correo electrónico. Pulsó en «Mensaje urgente de GashMail», y entonces vio la foto: brillante, nítida, sin dejar lugar a dudas de quiénes eran las personas que salían de comisaría. Su primera reacción al leer el texto que la acompañaba fue de incredulidad. Se le desencajó la mandíbula y se quedó con la boca abierta, y durante unos segundos contempló fijamente la imagen de sí mismo abandonando las dependencias policiales. El impacto inicial dio paso a la rabia. Rabia por las mentiras, por las falsedades. No lo habían arrestado. No tenía que comparecer ante ningún tribunal. Y pronto surgieron las preguntas: ¿quién había hecho la foto? ¿Dónde se había escondido para tomarla? ¿Por qué contaría alguien unas mentiras tan flagrantes? ¿Cuánta gente habría visto aquello?

—¡Papá! ¡Mamá! —gritó Theo.

Sus padres, pegados a su espalda, contemplaron boquiabiertos la imagen expuesta ante ellos: una foto tomada de manera furtiva por algún miserable, acompañada de un montón de mentiras y enviada por la red a todo el mundo. Como abogados, su primera reacción fue: ¿qué se puede hacer legalmente para detener aquello, para arreglar la situación, para llevar al culpable ante la justicia?

—Supongo que esto ya estará circulando por todas partes —dijo la señora Boone.

—Seguramente sí —repuso Theo.

—¿Qué es GashMail? —preguntó el señor Boone.

—Es una especie de servidor oculto que se utiliza cuando no quieres que se sepa tu identidad. Desde él se envían muchos mensajes de origen desconocido, y cuesta mucho rastrearlos.

—¿Así que no podremos rastrear el origen de este?

—Todo es posible con internet, pero sería un proceso muy complicado y costoso.

—Internet... —dijo el señor Boone con cierta aversión.

Se acercó a la ventana que había sobre el fregadero y se quedó contemplando la oscuridad que reinaba en el patio de atrás.

Theo se sentó a la mesa y se frotó las sienes.

—Creo que me han arruinado la vida —dijo, y por un momento estuvo al borde de las lágrimas.

—Todo esto puede explicarse, Theo —comentó su padre—. Solo tienes que contarles la verdad a tus amigos. Y lo que piensen los demás no importa.

—Para ti es fácil decirlo, papá. Pero tú no tienes que enfrentarte a todos esos chicos mañana en la escuela. Y no sabes lo rápido que circulan los rumores por internet. Ahora mismo media ciudad estará mirando esa foto y dando por sentado que soy culpable.

Su madre se sentó junto a él y le dio unas palmaditas en el brazo.

—Tú no eres culpable de nada, Theo, y pronto se sabrá toda la verdad.

—Yo no estaría tan seguro de eso, mamá. Ya has oído lo que ha dicho el detective Hamilton. El cree que soy culpable. ¿Y si no logran coger a los auténticos ladrones? ¿Y si, cuando concluyan su investigación, solo me tienen a mí, a mí y esas tres tabletas robadas que han encontrado en mi taquilla? En algún momento tendrán que acusar a alguien del delito, y ese podría ser fácilmente yo. Hoy he visto al propietario de la tienda, un tipo al que llaman Big Mac, y, créeme, está convencido de mi culpabilidad y pide mi cabeza. Él verá esa foto. La policía también la verá. Y les resultará más fácil creer que soy responsable del robo.

Se produjo un largo y tenso silencio mientras las palabras de Theo se asentaban con todo su peso en el entorno de la cocina. ¿Acabaría imponiéndose poco a poco aquella falsa realidad en sus vidas? ¿Cabía realmente la posibilidad de que acusaran a Theo de aquel crimen? Y, una vez que las ruedas de la justicia empezaran a moverse, ¿podrían hacer algo los Boone para evitar el terrible desenlace?

Cada tableta tenía un valor aproximado de cuatrocientos dólares, lo que hacía un total de unos mil doscientos dólares. Cuando la cuantía de los bienes robados superaba los quinientos dólares, ya no se consideraba una falta leve, sino un delito mayor, sin duda algo mucho más grave. Theo conocía las leyes; llevaba varias horas meditando sobre ello. Incluso había vuelto a repasar las normativas y los estatutos en su despacho, cuando se suponía que debería estar haciendo los deberes. Si fuera mayor de dieciocho años, Theo se enfrentaría a unos cargos por delito mayor. No obstante, como solo tenía trece, el caso se juzgaría en el Tribunal de Menores, donde regían unas normas bastante diferentes. Allí todo se hacía de forma privada: ni las actas ni el contenido de las sesiones salían a la luz pública. No había jurado; todos los asuntos los decidía el magistrado del Tribunal de Menores. En muy contadas ocasiones se dictaban condenas a prisión, y rara vez por largos períodos de tiempo.

Si todo aquel despropósito continuaba por la misma senda y Theo llegaba a ser condenado, posiblemente lo sentenciaran a cumplir varios meses en un correccional de menores.

¿Prisión? ¿Theodore Boone sentenciado a cumplir condena?

Delirante. Demencial. Una reacción exagerada. Todo eso y más, pero Theo se sentía incapaz de poner freno a su mente hiperactiva, totalmente fuera de control.

Su madre le estaba hablando.

—Theo, lo primero que debes hacer es pasar al ataque. Contraatacar. Cuando tienes la verdad de tu parte, nunca debes retroceder. Cuelga un mensaje en tu página contando toda la verdad. Manda un correo a tus amigos y diles que esa foto y ese texto son falsos y engañosos. Pide a April, Chase, Woody y aquellos en quienes más confías que inunden la red explicando cuál es la realidad. Que hagan correr la voz de que nosotros, tu familia, estamos considerando emprender acciones legales.

—¿Y es así?

—Por supuesto que lo es. Nos lo estamos planteando. Puede que no funcione, pero al menos lo estamos considerando.

—Mamá tiene razón, Theo —dijo el señor Boone—. Lo menos que puedes hacer a estas alturas es presentar batalla.

A Theo le gustó la idea. Durante los últimos diez minutos se había sentido como paralizado, pero había llegado el momento de pasar a la acción.

Una hora más tarde, los Boone seguían sentados a la mesa de la cocina, tecleando sin parar en sus portátiles para tratar de interceptar los rumores que circulaban por la red y, de ese modo, contrarrestar sus consecuencias. Pero era una batalla perdida. La foto y el texto que la acompañaba eran demasiado jugosos para ignorarlos, y Theo era sin duda un objetivo de lo más succulento: el hijo único de dos conocidos abogados, arrestado por robo con allanamiento y pillado con las manos en la masa con parte del material sustraído en su taquilla. Como todo falso rumor, aquel iba cobrando credibilidad cuanto más se repetía, y en muy poco tiempo se había convertido prácticamente en un hecho.

El señor Boone cerró su portátil y empezó a tomar notas en una de esas libretas de páginas amarillas que suelen usar los abogados. A lo largo de su joven vida, Theo no recordaba una sola ocasión en que no hubiera visto desperdigadas por su casa al menos unas cinco de aquellas libretas.

—Hagamos un poco de labor detectivesca —propuso el señor Boone.

La señora Boone se quitó las gafas de leer y cerró también el portátil. Tomó un sorbo de su té de hierbas y dijo:

—Muy bien, Sherlock Holmes, adelante.

—En primer lugar, ¿quién podría haber abierto tu taquilla sin que lo vieran? —preguntó el señor Boone—. No puedo imaginarme a un desconocido, un adulto, entrando en la escuela y abriendo tu taquilla tras conseguir de algún modo tu código de acceso.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo —dijo la señora Boone—. Theo, ¿alguna vez has visto a un profesor, entrenador, conserje o cualquier otro adulto abriendo las taquillas?

—Jamás. Nunca se acercan a esa zona del pasillo. Los maestros suelen reunirse en la sala de

profesores. Los conserjes tienen su propio cuarto en el sótano, al que los estudiantes no pueden acceder. Y los entrenadores usan las taquillas de los vestuarios del gimnasio.

—Así que un adulto llamaría la atención...

Theo se quedó pensativo un momento y luego dijo:

—Si conociéramos a ese adulto y lo viéramos abriendo alguna de nuestras taquillas, entonces claro que nos fijaríamos en ello, ya que sería algo inusual. Pero si se tratara de un desconocido, probablemente le diríamos algo. No lo sé seguro, porque nunca ha ocurrido.

—Pero eso solo sería posible entre una clase y otra, cuando hay mucho ajetreo en los pasillos, ¿verdad? —observó el señor Boone.

—Sí.

—¿Y qué pasaría si sucediera mientras estáis en las aulas y los corredores están vacíos?

Theo volvió a meditar un instante.

—Los pasillos rara vez están vacíos. Durante las horas lectivas siempre suele haber alguien rondando por ahí: un estudiante con permiso para salir de clase, un conserje, un profesor auxiliar...

—¿Qué hay de las cámaras de seguridad? —preguntó el señor Boone.

—Las quitaron hace unas semanas para instalar un nuevo sistema de vigilancia.

—A mí me parece —intervino la señora Boone— que para un adulto resultaría muy arriesgado abrir la taquilla de un alumno.

—Estoy de acuerdo —dijo Theo—, pero todo delito implica cierto riesgo, ¿no?

—Claro, pero sería mucho más arriesgado para alguien que normalmente no utiliza una taquilla.

—Cierto —contestó el señor Boone con convicción—. E incluso más arriesgado para alguien de fuera de la escuela. Así que propongo que descartemos a cualquier persona ajena al centro. ¿Estamos de acuerdo en que se trataría de un trabajo hecho desde dentro por alguien de la escuela?

Theo se encogió de hombros pero no puso ninguna objeción, ni tampoco su madre.

—Alguien que sepa cómo se abre una taquilla —prosiguió el señor Boone—. Alguien que pudiera robar el código. Y alguien con fácil acceso al aparcamiento de bicicletas, donde pudiera pinchar una rueda en cuestión de segundos. Alguien que sepa cuál es la bici de Theo y dónde la aparca. Alguien que tenga controlados su horario y sus movimientos. Alguien que conozca bien a Theo y pueda vigilarlo sin que lo descubran.

—¿Otro alumno? —aventuró Theo.

—Exacto.

La señora Boone se mostró escéptica.

—Me cuesta bastante creer que un chico de trece años pudiera entrar a robar en la tienda de informática, evitar las cámaras de seguridad y escapar sin testigos.

—Aun así, es más creíble que la hipótesis de que se trate de un conserje o un profesor auxiliar —replicó el señor Boone.

Se produjo un largo silencio mientras los tres detectives respiraban hondo y meditaban sobre aquello. Theo fue el primero en hablar.

—El ladrón tenía un socio, ¿no? Acordaos de la llamada anónima realizada desde la cabina cercana al hospital. Además, harían falta al menos dos personas para cargar con todo el material robado en la tienda de informática.

—Exacto —volvió a decir el señor Boone—. Y fijaos en el modus operandi utilizado. Alguien consiguió piratear los archivos de la escuela para obtener el código. Alguien lo suficientemente listo para tomarnos a escondidas una foto saliendo esta tarde de comisaría, y que sabe usar el GashMail para distribuirla sin que lo pillen. A mí me parece que encaja con el perfil de una persona muy joven.

—Cualquiera podría haber tirado la piedra por la ventana —observó la señora Boone.

—Sí, pero parece más un acto de gamberrismo juvenil. ¿No?

Los tres se mostraron de acuerdo.

—Y supongo —dijo Theo— que la mayoría de los estudiantes de la escuela, al menos los chicos, saben cuándo y dónde se reúnen los boy scouts. No sería difícil que alguno de ellos se hubiera pasado por la VFW mientras estábamos reunidos y hubiera localizado mi bicicleta.

Los indicios eran cada vez más contundentes.

—Theo, ¿cuántos alumnos hay en la escuela? —preguntó la señora Boone.

—Hay cinco grupos en cada curso, desde quinto hasta octavo. Así pues, hay unos ochenta alumnos por curso que, multiplicado por cuatro, hacen un total de unos trescientos veinte.

—Descartemos a las chicas —propuso el señor Boone—. No me imagino a una chica pinchando ruedas o lanzando piedras por una ventana.

—No sé, papá. En la escuela hay algunas bastante pendencieras.

—Sígueme el juego por el momento, Theo. Más adelante podemos volver al tema de las chicas.

—Muy bien —dijo Theo—, pues entonces somos unos ciento sesenta chicos. ¿Por dónde

empezamos?

De repente, el rastro pareció llegar a un punto muerto. El señor y la señora Boone sabían que Theo era un joven popular, que no era un abusón ni un camorrista, ni tampoco se metía en problemas.

—Conocemos a tus amigos, Theo —dijo el señor Boone—, pero son solo un puñado. No conocemos a la mayoría de los estudiantes de la escuela. ¿Por qué no haces una lista de posibles sospechosos? Chicos con los que hayas tenido alguna desavenencia, que puedan guardarte rencor por algo que haya sucedido recientemente, o hace un año.

—¿Qué hay del equipo de debate? —preguntó la señora Boone—. Tú nunca has perdido ningún debate. Quizá alguien del bando contrario se haya sentido agraviado.

—Puede que alguno de tus compañeros scouts te tenga envidia —añadió el señor Boone.

Theo asentía mientras su mente no paraba de dar vueltas pensando en algún posible enemigo.

—Bueno —dijo al fin—, estoy seguro de que hay chicos a los que no les caigo bien, pero ¿por qué harían una cosa así? Me parece algo bastante excesivo solo para saldar una vieja cuenta, una cuenta de la que, además, no tengo ni la más remota idea.

—Tienes mucha razón —apuntó la señora Boone.

—Bueno, piensa en ello, Theo. Haz una lista de tus principales sospechosos y la discutiremos mañana durante la cena.

—Lo intentaré —dijo Theo.

Jueves por la mañana. Theo llevaba ya un rato despierto cuando a las siete y media sonó el despertador. Sentía un nudo en el estómago y tenía la certeza de estar demasiado enfermo para ir a la escuela. Se quedó mirando al techo esperando que su malestar empeorara, que con suerte le sobreviniera un violento acceso de náuseas que le provocara arcadas y le hiciera vomitar. También le dolía la cabeza y estaba convencido de que iba a sufrir un ataque de migraña, aunque nunca había padecido una. Pasaron los minutos y, por desgracia, su estado no empeoró.

¿Cómo iba a poder entrar en la escuela y enfrentarse a todos aquellos rostros acusadores? ¿Cómo iba a sobrevivir a las bromas y los comentarios despectivos y burlones? Si había existido alguna vez un día perfecto para saltarse las clases, para hacer pellas, novillos o como quiera llamársele, ese día era hoy.

Judge fue el primero en moverse. Salió de debajo de la cama, dispuesto a ponerse en marcha cuanto antes. Theo lo envidiaba. Se pasaría todo el día en el bufete, dormitando junto al escritorio de Elsa, deambulando de una habitación a otra, merodeando por la cocina en busca de comida y echándose la siesta en el despacho de Theo a la espera de que este llegara de la escuela. Sin preocupaciones, sin estrés, sin temor a que alguien le acosara y urdiera más canalladas contra él. «Menuda vida —pensó Theo—. Una vida de perros.» No era justo.

Theo se sentó en el borde de la cama y esperó un momento con la esperanza de vomitar, pero pronto tuvo que admitir que se encontraba mejor. Judge se limitaba a mirarlo fijamente. Se oyeron pasos en el pasillo y luego unos golpecitos en la puerta.

—Theo —dijo su madre suavemente—, ¿estás despierto?

—Sí, mamá —contestó Theo con fingida voz rasposa, como si estuviera a punto de exhalar el último suspiro.

La señora Boone abrió la puerta, entró y se sentó en la cama junto a él.

—Toma, te he traído una taza de chocolate caliente.

Theo cogió la taza y la sostuvo con ambas manos. El aroma era fuerte y delicioso.

—¿Has dormido bien? —le preguntó su madre.

Todavía llevaba puesto su pesado albornoz y sus zapatillas favoritas, de color rosa y aspecto mullido.

—No mucho —respondió Theo—. He tenido una pesadilla que me ha estado atormentando toda la noche.

—Cuéntamela —dijo revolviéndole el pelo.

Theo tomó un sorbo de chocolate caliente y chasqueó los labios.

—Ha sido un sueño de lo más raro, no tenía ningún sentido y parecía no acabar nunca. Yo huía de la policía, montones de policías, con pistolas y todo eso. Iba montado en mi bicicleta y escapaba de ellos, y ya los estaba dejando atrás cuando me dispararon a las dos ruedas. Así que tiré la bici en una cuneta y eché a correr por el bosque. Cada vez se acercaban más y más, las balas impactaban contra los árboles a mí alrededor, y también tenían perros, que ya me pisaban los talones. Entonces alguien gritó: «Eh, Theo, por aquí». Corrí en dirección a la voz y vi a Pete Duffy montado en una camioneta. Subí de un salto a la parte de atrás y salimos disparados, con las balas aún silbando a nuestro alrededor. Duffy conducía como un maníaco y yo iba dando tumbos de un lado a otro en la caja de la camioneta. De pronto nos encontrábamos en Main Street y la gente gritaba: «Venga, Theo, vamos», y cosas así. Los coches patrulla nos seguían con las sirenas y las luces encendidas. Habían puesto una barrera policial y la atravesamos a toda velocidad, destrozándola; estábamos a punto de lograr escapar cuando los polis nos dispararon a las cuatro ruedas.

Theo hizo una pausa y tomó otro sorbo de chocolate. Judge seguía mirándolo con un solo pensamiento en su cabeza: «¿Qué pasa con el desayuno?».

—¿Y conseguiste escapar? —le preguntó su madre, a la que por lo visto le resultaba divertida la historia.

—No estoy seguro. Creo que no llegué a acabar el sueño. íbamos corriendo a través de callejones y cada vez que doblábamos una esquina aparecían más policías, todos disparando contra nosotros. Era como si nos persiguiera un pequeño ejército. Había un comando de los SWAT, e incluso nos sobrevolaba un helicóptero. Pete Duffy no paraba de decir: «No van a cogernos, Theo. Tú sigue corriendo». Y corrimos a través de los juzgados, que estaban llenos de gente aunque era noche cerrada, y luego hacia el río. No sé por qué decidimos cruzar el puente. A mitad de camino, vimos un comando de los SWAT que venía por el otro extremo hacia nosotros. Nos detuvimos, miramos atrás y vimos policías y perros por todas partes. Pete Duffy dijo: «Tenemos que saltar, Theo». Y yo le contesté: «No pienso saltar». Y entonces Duffy se subió a la barandilla y, cuando estaba a punto de lanzarse, empezó a recibir balazos por los cuatro costados. Gritó y se desplomó, y vi cómo caía al río. Abajo había gente en barcas, y todos vitorearon cuando el cuerpo impactó contra el agua. Luego se pusieron a gritar: «¡Salta, Theo, salta!». La policía se acercaba por ambos lados del puente. Los perros gruñían, las sirenas atronaban, se oían disparos. Alcé las manos como si fuera a rendirme, y entonces, en una fracción de segundo, me subí a la barandilla, que ahora medía como unos tres metros de alto... pero, claro, era un sueño, ¿no? Y allí estaba yo, como un saltador olímpico surcando el aire. A medida que caía daba vueltas y giros y hacía tirabuzones, no tengo ni idea de dónde podría haber aprendido todos esos movimientos. El río estaba muy abajo y yo me acercaba cada vez más.

Theo tomó otro sorbo.

—¿Y qué pasó? —preguntó su madre.

—No lo sé. El salto duró tanto tiempo que me desperté antes de zambullirme en el agua. Traté de volver a dormirme para terminar el salto, pero no funcionó.

—Es un sueño muy guay, Theo. Con mucha acción y emociones.

—No parecía tan guay en ese momento. Estaba muerto de miedo. ¿Alguna vez te ha disparado la policía?

—La verdad es que no. Pero lo que tienes que hacer ahora es pensar en posibles enemigos que puedan guardarte rencor por algún motivo.

Theo tomó otro sorbo de chocolate y meditó un instante.

—Vamos, mamá. Los chicos de mi edad no tienen enemigos, ¿no crees? Mira, siempre hay gente que no nos cae bien y gente a la que no le caemos bien. Pero no se me ocurre ni una sola persona a la que podría considerar mi enemigo.

—En eso tienes razón. Bueno, ¿cuál es el chico al que le caes peor?

—Una chica, Betty Ann Hockner.

—¿Y cuál es la historia?

—Hace unos meses celebramos un debate, chicos contra chicas. El tema era el control de armas. Las cosas se acaloraron bastante, pero fue una batalla limpia y justa. Al final ganamos nosotros y ella se enfadó mucho. Más tarde me enteré de que había dicho que yo era un «capullo» y un «artista del golpe bajo». Desde entonces la he visto prácticamente todos los días, y siempre me mira como si quisiera rebanarme el cuello.

—Deberías tratar de arreglar las cosas con ella.

—Ni hablar.

—¿Por qué no?

—Porque me da miedo que me rebane el cuello.

—¿Podría ser ella la que te pinchó las ruedas y lanzó la piedra por la ventana?

Theo sacudió la cabeza y se quedó pensativo un momento.

—No lo creo. Es una chica agradable, aunque no muy popular. En cierto modo me da un poco de lástima. No es nuestro sospechoso.

—Entonces, ¿quién es?

—No lo sé. Aún estoy dándole vueltas.

—Más vale que empieces a prepararte para ir a la escuela.

—Me encuentro fatal, mamá, tengo náuseas y dolor de cabeza. Me parece que será mejor que me quede hoy en la cama.

Ella sonrió y le revolvió el pelo de nuevo. No se tragaba una sola de sus palabras.

—Vaya sorpresa —dijo—. ¿Sabes, Theo? Si no fingieras tantas veces estar malo para no ir a la escuela, puede que te creyera de vez en cuando.

—La escuela es un aburrimiento.

—Bueno, no es opcional. Si quieres ir a la facultad de derecho, existe una ley que dice que debes terminar tus estudios al menos hasta octavo.

—Enséñame esa ley.

—Me la acabo de inventar. Mira, Theo, puede que hoy sea un día un poco duro en el colegio. Habrá muchas habladurías, y seguramente también algunas bromas. Sé que preferirías no ir a clase, pero debes hacerlo. Muérdete el labio, aprieta los dientes y mantén la cabeza bien alta, porque tú no has hecho nada malo. No tienes de qué avergonzarte.

—Lo sé.

—Y sonrío. El mundo es un lugar más alegre cuando tú sonrías.

—Creo que hoy me costará mucho sonreír.

Theo aparcó su bicicleta en un sitio distinto del habitual, junto a la cafetería, y después de ponerle la cadena no pudo evitar mirar alrededor para ver si alguien le observaba. Ese vistazo por encima del hombro se estaba convirtiendo en una costumbre, y Theo comenzaba a hartarse de ello.

Eran las ocho y veinte. Se encontró con April Finnemore en la cafetería, donde los alumnos que venían en autobús y llegaban antes podían quedarse y charlar un rato, tomarse un zumo de manzana o, en ocasiones, estudiar. April era una buena amiga, su mejor amiga, aunque no su novia. Theo confiaba más en ella que en el resto de sus amigos, y el sentimiento era mutuo. Su vida familiar era un completo desastre, con un padre con tendencia a desaparecer, una madre medio chiflada, si no más, y unos hermanos mayores que ya habían abandonado el hogar. April también deseaba marcharse de casa cuanto antes, pero era demasiado joven. Soñaba con ser artista y vivir en París.

—¿Cómo estás? —le preguntó April mientras se sentaban en el extremo de una larga mesa, tan

alejados de los demás estudiantes como les fue posible.

Theo apretó los dientes, alzó la cabeza y dijo:

—Estoy bien. No pasa nada.

—Este asunto está corriendo por todo internet. Y parece ir en aumento.

—Mira, April, no puedo hacer nada para controlarlo. Soy inocente. ¿Qué se supone que tengo que hacer? En fin, ¿quieres un zumo de manzana?

—Bueno.

Theo cruzó la cafetería hasta un mostrador donde había vasos de zumo de manzana gratis. Cogió dos y, cuando volvía a donde estaba April, un grupo de alumnos de séptimo empezó a canturrear:

—¡Culpable! ¡Culpable! ¡Culpable!

Theo se quedó mirándolos y, como si encontrara aquello gracioso, esbozó una falsa sonrisa que hizo destellar los aparatos de sus dientes. El más bocazas de aquel grupito era un chaval llamado Phil Jacoby, un tipo duro de una zona bastante deprimente de la ciudad. Theo lo conocía, pero no se relacionaba con él. Unos cuantos chicos se le unieron:

—¡Culpable! ¡Culpable! ¡Culpable!

No obstante, para cuando Theo se sentó a la mesa, los cánticos ya languidecían: la diversión había acabado.

—Idiotas —masculló April, fulminándolos con la mirada.

—Pasa de ellos —dijo Theo—. Si te pones a su altura, no harás más que empeorar las cosas.

Empezaron a llegar más estudiantes, que dejaban caer sus mochilas con fuerza sobre las mesas.

—¿Qué va a hacer ahora la policía? —preguntó April casi en un susurro.

—Concluir las investigaciones —contestó Theo también en voz baja y mirando alrededor— No había huellas dactilares en las tabletas encontradas en mi taquilla, así que creen que el ladrón debe de ser un tipo muy listo. Querían tomar huellas en mi taquilla, pero suponen que sería una pérdida de tiempo. No olvides, April, que este es un delito bastante insignificante. La policía tiene asuntos más importantes de los que ocuparse.

—Como encontrar a Pete Duffy.

—Exacto. Además, tienen casos de drogas y delitos mucho más graves que investigar. No van a perder el tiempo con este robo. No es algo tan serio.

—Salvo por el hecho que tú eres el acusado. No me digas que no te preocupa que hayan hecho todo este montaje para culparte.

—Pues claro que me preocupa, pero confío en la policía y en los tribunales. Hay que confiar en el sistema, April. La policía encontrará a los auténticos ladrones y yo quedaré libre de toda sospecha.

—¿Así de sencillo?

—Sí. Eso creo.

La pandilla de alumnos de séptimo pasó andando por detrás de él.

—Eh, chicos —dijo Phil Jacoby en voz alta—, vigilad vuestras mochilas. Theo el Ladrón anda cerca.

Sus compañeros soltaron grandes risotadas, pero siguieron caminando. Los demás estudiantes se quedaron mirando a Theo. Un par de ellos aferraron sus mochilas.

—Oh, vaya —dijo Theo con aire abatido—. Me parece que tengo un nuevo mote.

—Idiotas.

A Theo le estaba costando mucho morderse el labio, apretar los dientes y mantener la cabeza bien alta. Iba a ser un día muy largo.

La pelea estalló unos minutos más tarde, cuando Theo se disponía a cerrar su taquilla. El camorrista fue otro bocazas, un chico llamado Baxter que iba a la Tutoría de octavo de madame Monique y cuya taquilla no quedaba muy lejos de la de Theo. Baxter apareció por detrás de él y soltó en voz alta:

—Eh, ¿qué pasa, delincuente?

Aquello despertó algunas risas entre los alumnos, pero no tantas como Baxter hubiera deseado. Se paró y se quedó mirando a Theo con una sonrisa aviesa.

El error de Baxter fue abrir su gran boca cuando Woody andaba por allí cerca cerrando su taquilla. Este se dio media vuelta y espetó en tono airado:

—¡Cierra el pico!

Nadie quería vérselas con Woody. El chico tenía dos hermanos mayores que jugaban al fútbol americano y a los que les gustaba el kárate y meterse en peleas con cualquier pretexto. El hogar de

Woody era un campo de batalla constante, donde se rompían ventanas, muebles y a veces algunos huesos. Como era el menor, a Woody siempre le tocaba ser el saco de boxeo que recibía todos los golpes de sus hermanos, y por eso ahora le encantaba poder enzarzarse en una buena pelea con alguien de su tamaño. Nunca había sido un abusón, pero siempre estaba dispuesto a lanzar un puñetazo o a amenazar a algún compañero.

Sin embargo, Baxter también tenía su reputación de tipo duro, y no podía echarse atrás cuando había gente mirando.

—No me digas que me calle —replicó—. Si quiero llamar a Theo delincuente, lo hago y punto.

Woody ya avanzaba hacia Baxter, y a esas alturas parecía que ya nada podría evitar que estallara el conflicto. La emoción se apoderó del pasillo cuando los demás comprendieron que, como si se tratara de dos pistoleros, ninguno de los dos pensaba retroceder.

Theo miró a un lado y a otro del corredor con la esperanza de ver al señor Mount o a algún otro profesor, pero en ese momento crítico no había ningún adulto a la vista.

—Está bien, Woody —dijo—, déjalo ya.

Pero Woody no opinaba lo mismo.

—Retíralo —masculló, fulminando a Baxter con la mirada.

—No, gracias —replicó este en tono duro y desafiante—. Cuando cometes un robo y te arrestan, yo diría que eres un delincuente.

Mientras hablaba aún en tono fanfarrón, los ojos de Baxter se iban abriendo cada vez más. Sin embargo, alguien estaba a punto de cerrarle el izquierdo.

Woody lanzó un gancho de derecha que impactó limpiamente en el rostro de Baxter. Este no se quedó corto y consiguió conectar un potente golpe antes de que ambos se enzarzaran en un mortífero abrazo y cayeran al suelo. Las peleas eran algo bastante excepcional en la escuela y nadie quería perderse una buena reyerta. Una muchedumbre se congregó al instante. Al final del pasillo alguien gritó: «¡Pelea! ¡Pelea!». Woody y Baxter seguían rodando por el suelo, lanzando zarpazos y arañándose como dos gatos.

El compinche de Baxter era un chaval canijo llamado Griff, y tenía muy claro lo que los otros chicos también veían venir: que en cuestión de segundos Woody se colocaría sobre su oponente y empezaría a machacarle la cara. Así que, para proteger a su amigo, Griff decidió cometer la estupidez de unirse a la refriega y, soltando un improvisado grito de guerra, se lanzó sobre la espalda de Woody. Theo y el resto de espectadores se quedaron boquiabiertos, totalmente estupefactos.

Participar en una pelea implicaba la expulsión automática. Las normas de la escuela eran muy claras al respecto y todos los profesores hacían hincapié en los perjuicios de usar la violencia. El castigo lo decidía la señora Gladwell y dependía siempre de las circunstancias. Una trifulca en el

patio con insultos y empujones podía conllevar un día de expulsión y tener que quedarse en la sala de estudio tres horas después de clases. Una pelea a puñetazo limpio, con labios partidos y narices sangrantes, podía sancionarse con tres días de expulsión sin actividades extraescolares, seguidos de un mes de régimen de conducta vigilada.

Theo nunca se metía en peleas. Su última escaramuza había sido en cuarto curso, cuando Walter Norris y él protagonizaron un acalorado combate de lucha libre en la piscina municipal. Pero mientras estaba allí paralizado, contemplando la pelea que se estaba librando ante él, Theo sintió de repente la necesidad imperiosa de sumarse a la refriega. Al fin y al cabo, su amigo Woody estaba luchando a brazo partido para defender su honor. Y tal vez una expulsión no fuera el fin del mundo. Sus padres se enfadarían mucho, pero se les acabaría pasando. ¿Qué le había dicho su madre la noche anterior? «Lo primero que debes hacer es pasar al ataque. Contraatacar. Cuando tienes la verdad de tu parte, nunca debes retroceder.»

Ike se sentiría muy orgulloso.

Hay veces en que un chico tiene que presentar batalla.

Theo soltó su mochila, lanzó un grito que ni siquiera él entendió y saltó sobre los cuerpos enmarañados.

Baxter y Griff estaban sentados a un lado de la mesa, Woody y Theo al otro. Los dos bandos contendientes se hallaban ahora cara a cara, mientras la tensión desaparecía gradualmente a medida que la realidad se imponía. Baxter sujetaba una bolsa de hielo contra un lado de su cabeza, y su ojo izquierdo estaba hinchado y completamente cerrado. Woody se sentía orgulloso, pero tuvo que reprimir la sonrisa. Con una expulsión a la vista y unos padres furiosos con los que lidiar, no había muchos motivos para sonreír. La cara de Griff no mostraba daños, ni tampoco la de Woody. Theo tenía el labio inferior hinchado, con una mancha de sangre seca en la que se iba dando golpecitos con un pañuelo de papel. Sin embargo, su lesión más grave era un retumbante dolor de cabeza, cortesía de una patada de Baxter o Griff cuando estaba debajo del montón de cuerpos, aunque eso no lo mencionó.

El señor Mount, sentado a un extremo de la mesa, miraba fijamente a los chicos. El profesor los había separado sin ningún tipo de contemplaciones y luego los había conducido hasta la pequeña sala de estudio de la biblioteca, donde ahora trataban de recuperar la calma. A medida que transcurrían los segundos y los minutos, los chicos se fueron tranquilizando. Su respiración se fue sosegando. Los latidos de su corazón recuperaron poco a poco un ritmo normal. Nada como una buena pelea para hacer que la sangre bombee y el pulso se acelere.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó al fin el señor Mount.

Los cuatro bajaron la vista. Nada. Ni una palabra.

—¿No tendrá esto algo que ver con el rumor de que Theo fue arrestado ayer? —prosiguió el profesor mirando directamente a Theo, que no apartó los ojos de la superficie de la mesa.

El señor Mount sabía que Woody era un chaval impetuoso y que a Baxter le gustaba meterse en problemas. También sabía que Griff seguía a Baxter a todas partes como un perrito faldero. Sin embargo, nunca se le ocurriría pensar que Theo hubiera iniciado la pelea, incluso le costaba creer que se hubiese metido en ella. Pero el señor Mount también había tenido la edad de los chicos y comprendía la situación. Tal como él lo veía, Baxter y Griff se habrían estado metiendo con Theo, y Woody habría salido en defensa de su amigo.

Se oyeron voces fuera.

—Creo que la señora Gladwell ya ha llegado —dijo el señor Mount—. No me gustaría estar en vuestro pellejo.

Y, dicho esto, se levantó y salió de la sala.

En cuanto la puerta se cerró tras él, Woody masculló entre dientes:

—Que nadie suelte prenda, ¿entendido? Que nadie se vaya de la lengua. Ni una palabra.

No bien acabó de hablar, la puerta se abrió de par en par y la señora Gladwell irrumpió en la habitación. Con una sola mirada, los chicos sabían que estaban muertos.

Sin apartar la vista de ellos, se sentó muy despacio en el extremo de la mesa. El señor Mount volvió a entrar, cerró la puerta y se apoyó contra la pared. Estaba allí en calidad de testigo.

—¿Estás bien, Baxter? —preguntó la directora sin el menor deje de compasión en su voz.

El aludido asintió levemente.

—¿Y tú, Theo? ¿Es sangre eso que tienes en el labio?

El joven se limitó también a asentir.

La mujer enderezó la columna, frunció aún más el ceño y empezó:

—Bueno, quiero saber qué es lo que ha ocurrido.

Ninguno de los chicos movió un músculo. Los siete ojos (de momento, Baxter solo tenía uno operativo) permanecieron fijos en algo fascinante, aunque invisible, que debía de haber sobre la superficie de la mesa. Los segundos transcurrían sin que nadie abriera la boca. El rostro de la directora se puso más rojo, su ceño se hizo más profundo.

—Participar en una pelea es una infracción muy grave —les sermoneó—. En esta escuela no se toleran tales actos de violencia, y lo sabéis muy bien desde que entrasteis aquí en quinto curso. Participar en una reyerta conlleva la expulsión automática. Esta quedará reflejada en vuestro historial y pasará a formar parte para siempre de vuestro expediente académico.

«Eso no es exactamente así», se dijo Theo para sus adentros. Claro que existía un expediente académico, pero no creía que fuera más allá de la etapa de enseñanza media. Ninguna universidad, facultad de derecho o potencial empleador llegaría nunca a saber que un estudiante había sido expulsado por meterse en una pelea cuando iba a octavo.

—Theo —dijo la señora Gladwell muy seria—, quiero saber qué ha ocurrido. Theo, mírame.

El chico se giró muy despacio para enfrentarse al rostro ciertamente aterrador de la directora.

—Cuéntame qué ha pasado —exigió la mujer.

Theo, incapaz de sostenerle la mirada, concentró su atención en un punto de la pared y apretó las mandíbulas.

De los cuatro chicos, Theo era un líder, Griff un acólito, y Woody y Baxter eran de los que solían

seguir los dictados del grupo. Si Theo mantenía la boca cerrada, los otros tres también lo harían. Ese fue el primer error de la señora Gladwell.

La mejor manera de abordar un caso con varios acusados es interrogarlos por separado. Si Theo estuviera al mando de la investigación, aislaría a Griff en un cuartito con algunos adultos de expresión severa: administradores, entrenadores, gente con empaque y autoridad. Estos le explicarían a Griff que los otros tres estaban confesando y acusándolo a él. «Griff, Baxter dice que tú provocaste a Theo», o: «Griff, dicen que tú propinaste el primer puñetazo». Y así sucesivamente. Al principio Griff no se lo creería, pero, después de varios minutos machacándolo, acabaría por hablar. En cuanto hubiera dado su versión, le dirían que no encajaba con lo que habían confesado los otros tres y que, por tanto, Griff estaba mintiendo. Le explicarían que mentir no haría más que aumentar sus problemas, que eso se sumaría al castigo por participar en la pelea, lo que supondría un período de expulsión y de régimen vigilado aún mayor. Entonces a Griff le entraría la desesperación y haría cualquier cosa para demostrar que su versión era la única buena y verdadera. Una vez que se hubiera aplicado esta táctica con los cuatro, todos habrían cantado como pajarillos y saldría a la luz toda la verdad sobre la pelea.

Por descontado, esta estrategia requería que las autoridades se valieran del engaño, pero tales tácticas estaban permitidas al amparo de la ley. El procedimiento utilizado por la señora Gladwell no implicaba engaño, pero de esa manera no iba a sacarles nada a los chicos. A Theo le alegraba que la directora no supiera gran cosa sobre las técnicas básicas del interrogatorio policial.

El joven no abrió la boca y devolvió la mirada a la mesa que tenía ante él. Su negativa a hablar, a confesar, haría que los demás le siguieran el juego.

—Baxter—continuó la directora—, ¿quién te ha golpeado en el ojo?

El interpelado se apartó la bolsa de hielo de la cara y la dejó sobre la mesa. La aplicación de frío estaba funcionando y la hinchazón había bajado un poco. A punto estuvo de decir «No lo sé», pero se contuvo a tiempo. Por supuesto que lo sabía. A esas alturas no conseguiría nada mintiendo. Lo que tenía que hacer era cerrarse en banda como Theo y aguantar el chaparrón.

Se produjo un largo silencio mientras la señora Gladwell esperaba. El ambiente estaba cargado de tensión y de la amenaza de los problemas que se les venían encima. Ninguno de los chicos había sido expulsado nunca, aunque Woody y Baxter habían estado un par de veces en régimen vigilado.

A primera hora de la mañana informaron a la señora Gladwell de que internet echaba humo con los rumores de que Theo había sido arrestado y debía comparecer ante el tribunal. También le enseñaron la foto enviada desde GashMail. La directora pensaba reunirse con Theo en algún momento de la jornada para ofrecerle su apoyo. Sin embargo, ahora se enfrentaba a la desagradable tarea de tener que expulsarlo a él y a tres de sus compañeros.

—Sospecho —aventuró al fin la señora Gladwell— que Baxter o Griff habrán hecho algún comentario sobre los problemas que Theo está teniendo con la ley, diciendo que lo habían arrestado o algo por el estilo. Y como Woody y Theo son compañeros de clase y buenos amigos, Woody habrá intervenido y así ha estallado la pelea. ¿Estoy en lo cierto, Griff?

Este dio un respingo como si lo hubieran abofeteado, pero enseguida recobró la compostura y se recordó que no debía decir nada. Ni una palabra. Entornó los ojos, apretó los dientes y guardó silencio.

La señora Gladwell esperó y esperó, hasta que finalmente la expresión ceñuda desapareció de su rostro. De modo que los chicos querían jugar, ¿eh? Pues ella también sabía cómo hacerlo.

—¿Baxter?

Este tamborileó nerviosamente con los dedos sobre la mesa, pero no abrió la boca.

—Chicos —dijo la directora—, podemos permanecer aquí sentados toda la mañana.

Detrás de ella, el señor Mount hizo un gran esfuerzo por no sonreír. En el fondo admiraba a los muchachos por protegerse entre ellos y afrontar juntos el castigo.

—Señor Mount, ¿le importaría acompañar fuera a Baxter, Griff y Woody? Quiero hablar con Theo a solas.

Sin decir una palabra, los tres estudiantes siguieron al profesor fuera de la sala. Cuando la puerta se cerró, Theo se sintió totalmente aislado.

—Mírame, Theo —dijo la señora Gladwell con suavidad.

Theo se giró y la miró a los ojos.

—Sé que has tenido una semana muy mala —continuó—. Sientes que tú eres aquí la víctima. La policía va a por ti. Alguien intenta incriminarte por lo del robo. Te están acosando, te están hostigando. Tu cara circula por todo internet en esa foto en la que tú y tus padres aparecéis saliendo de comisaría. Se están contando muchas mentiras, y los rumores y habladurías se han descontrolado. Comprendo perfectamente la situación, Theo, y estoy de tu parte. Espero que eso lo tengas claro.

Theo consiguió asentir.

—Y no me cabe ninguna duda de que tú no has empezado esto. Quiero que me expliques exactamente lo que ha pasado, ¿de acuerdo?

—Me he metido en una pelea —dijo Theo.

—Pero ¿la has iniciado tú, Theo?

—Me he metido en una pelea y eso va contra las normas.

Le asaltó la imperiosa necesidad de apartar la vista, pero de algún modo consiguió sostenerle la mirada. La señora Gladwell estaba decepcionada, incluso dolida, y Theo se sintió fatal. La consideraba una amiga, una aliada, una figura de autoridad que intentaba ayudarle, y él no le estaba ofreciendo nada.

Después de una larga, tensa y crispada pausa, la directora dijo:

—Así pues, ¿no vas a contarme lo que ha ocurrido?

Theo negó con la cabeza. Al hacerlo, el dolor que sentía dentro del cráneo aumentó.

Entonces llegó: una pregunta cruel.

—¿Qué pensarán tus padres cuando los llame para decirles que has sido expulsado de la escuela por meterte en una reyerta?

—No lo sé —acertó a decir Theo, horrorizado ante la perspectiva.

Enfrentarse a sus padres sería mucho peor que recibir una patada en la cabeza. Una dolorosa punzada le atravesó el estómago al imaginar la expresión en sus ojos.

—Muy bien. Por favor, espera fuera.

Theo se levantó rápidamente de la silla y abandonó la habitación. Al salir por la puerta y ver a los otros tres, se llevó el dedo índice a la boca. «Mis labios están sellados. No me he chivado, y vosotros tampoco lo haréis.» Baxter fue el siguiente. Volvió a entrar en la sala y se sentó a la mesa como si fueran a ejecutarlo.

—¿Le dijiste algo a Theo acerca de que estaba metido en problemas? —le preguntó la señora Gladwell.

Silencio.

—¿Le provocaste o le hostigaste?

Silencio.

—¿Te golpeó Woody en la cara?

Silencio.

—¿Lo hizo Theo?

Nada.

—Por favor, sal y dile a Woody que entre.

Cuando Baxter cruzó la puerta y vio a los otros tres, se llevó el índice a los labios. «Aquí nadie se va de la lengua.» Mientras Woody era acribillado a preguntas por parte de la señora Gladwell, Theo, Griff y Baxter permanecieron sentados en un banco de madera bajo la mirada vigilante del señor Mount. El profesor sentía lástima por ellos. Eran buenos chicos y no se conseguiría nada expulsándolos. Aun así, las normas eran las normas.

De los cuatro, estaba claro que Woody sería el último en ceder a la presión. Se negó a responder a ninguna pregunta, y cuando la señora Gladwell inquirió si había golpeado a Baxter, el chico contestó, como si fuera un prisionero de guerra:

—Solo nombre, rango y número de identificación.

—Muy gracioso, Woody. ¿Crees que esto es un juego?

—No.

—¿Diste tú el primer puñetazo?

—Me niego a incriminarme a mí mismo.

—Largo de aquí.

El eslabón más débil era Griff, y cuando este también superó el breve trance de preguntas y respuestas permaneciendo en silencio, la señora Gladwell volvió a reunirlos a todos en la sala de estudio.

—Muy bien —dijo—, voy a expulsaros un día a cada uno por participar en la pelea, y otro día más por no cooperar. Hoy es jueves, así que la expulsión se hará efectiva hoy y mañana. Volveréis a clase el lunes, y a partir de ese momento estaréis en régimen de conducta vigilada durante treinta días. Si cometéis alguna infracción durante ese período, seréis expulsados una semana.

Aunque la perspectiva de perderse dos días de clase no preocupaba en exceso a Theo, el hecho de tener que enfrentarse a sus padres le resultaba muy doloroso. Pensó en llamar primero a Ike, porque este le entendería y probablemente le elogiaría por haber plantado cara. Tal vez Ike podría darles la noticia a ellos a fin de suavizar el impacto.

El chico estaba considerando esto cuando la señora Gladwell anunció:

—Voy a llamar a tus padres.

Tardaron una hora en rellenar todo el papeleo y ultimar los detalles de la expulsión. Los chicos permanecieron en la sala de estudio, sentados unos frente a otros, mientras el señor Mount ocupaba con expresión aburrida un asiento en el extremo de la mesa. Salió en una ocasión para ir a buscar café, momento que Baxter aprovechó para decir:

—Lo siento, Theo.

—No pasa nada.

Woody no se disculpó.

Tanto los padres de Baxter como los de Woody trabajaban fuera; no había nadie en su casa en todo el día. La señora Gladwell les explicó que serían sancionados con «expulsiones dentro de la escuela», lo que significaba que se quedarían confinados en salas de estudio aisladas desde las 8.40 hasta que terminaran las clases. Estarían solos, dedicados por completo a hacer deberes y trabajos escolares. Sin móviles ni portátiles, únicamente con sus libros de texto. Almorzarían en sus mesas, sin compañía. Sin duda, parecía mucho peor que las expulsiones tradicionales en las que te echaban del centro. La madre de Griff era ama de casa, así que el chico se quedaría con ella y seguramente dormiría hasta tarde, vería la televisión, jugaría con su perro y haría todo lo que se le antojara, a menos, claro está, que sus padres estuvieran tan enfadados que le impusieran algún tipo de castigo. Theo también tenía un lugar donde quedarse: el bufete Boone & Boone.

Su madre estaba en los juzgados, por lo que su padre fue a la escuela a recogerlo. Cuando se marchaban en el coche, Theo preguntó:

—¿Y mi bicicleta?

—Volveremos más tarde a por ella —replicó su padre.

Hasta el momento, se había mostrado bastante tranquilo y sereno, al menos de cara a la galería.

Al cabo de un par de manzanas, el señor Boone preguntó:

—¿Qué ha pasado?

—Esto quedará entre tú y yo, ¿no?

—¡Qué ha pasado! —espetó su padre con brusquedad.

—No se lo contarás a la señora Gladwell, ¿verdad? No quiero delatar a los otros.

—No lo haré. Solo dime qué ha ocurrido.

Theo se lo explicó todo. Los detalles de lo sucedido fluyeron como un torrente, y Theo, que hasta entonces no había podido dar su versión de la historia, se desahogó por fin. Para cuando acabó su relato, ya habían llegado al pequeño aparcamiento de la parte de atrás del bufete.

—Papá, ¿estás enfadado conmigo? —preguntó Theo.

—Conoces las normas y las has infringido —respondió su padre con aire grave.

—He infringido las normas, pero en ese momento no tuve elección.

El señor Boone apagó el motor y dijo:

—Así es como lo veo yo también.

Theo estaba sentado en su despacho, con las luces apagadas y las persianas bajadas, solos Judge y él. El chico no paraba de darle vueltas a la cabeza, rumiando en penumbra acerca de qué sería lo próximo que podría pasarle. Su madre volvería de los juzgados en un par de horas. Los padres de Theo se reunirían a puerta cerrada y mantendrían una de esas conversaciones tremendamente serias que solo unos padres muy preocupados pueden tener. Entonces le harían entrar en su despacho como si fuera un criminal convicto, para enfrentarse a las consecuencias de sus actos. Le soltarían el sermón. ¡Expulsado de la escuela! ¿Cómo podía haber hecho algo así? Etcétera, etcétera. Se sentía exhausto solo de pensar en ello.

La reacción inicial de su padre fue en cierto modo confortadora. No le había montado ninguna escena, aunque, por lo general, él no era muy dado al melodrama. Tampoco nada de gritos, aunque, claro, Woods Boone era un tipo demasiado tranquilo como para ponerse a chillar. Ni siquiera amenazas ni castigo adicional, aunque Theo sabía que sus padres siempre hablaban entre ellos antes de administrar justicia.

Hacía apenas unas horas, a Theo nunca se le habría pasado por la cabeza que alguna vez pudieran expulsarlo de la escuela. Nunca pensó que tal cosa pudiera ocurrir, así que ahora, mientras reflexionaba sobre ello, se preguntó si había merecido la pena. Él no era partidario de infringir las normas. No le hacía ninguna gracia haber decepcionado a la señora Gladwell y al señor Mount. Sospechaba que sus padres se sentirían muy avergonzados por todo aquello, y eso le preocupaba. Y, para ser sincero, no había hallado ningún placer en la violencia, en la frenética maraña de cuerpos en la que los cuatro golpeaban, pateaban, arañaban y se insultaban unos a otros, mientras que, entre la muchedumbre congregada a su alrededor, algunos estudiantes los contemplaban estupefactos y otros los animaban a seguir.

Por otra parte, sentía cierto orgullo por haber ayudado a un amigo que estaba en desventaja. Pudo ver la admiración en los ojos de los compañeros agolpados a su alrededor. Él, Theo Boone, había sido falsamente acusado y había decidido pasar al ataque para defender su buen nombre y también para proteger a su amigo.

¡Y menudo amigo! Theo no pudo evitar sonreír al recordar la contienda. Se maravilló ante la velocidad y la intrepidez con que Woody se abalanzó sobre Baxter para obligarle a cerrar su enorme boca. Y Theo tenía el presentimiento de que Woody aún no había acabado con Baxter. Muy probablemente, tarde o temprano lo pillaría fuera de la escuela para cerrarle el otro ojo. Theo confiaba en que sus días de peleas hubiesen acabado ya, pero, si por lo que fuera se veía en otra como aquella, quería tener a Woody cerca.

Se oyó un golpecito en la puerta.

—Adelante —dijo Theo.

Era Elsa. Tenía los ojos enrojecidos y las lágrimas corrían por sus mejillas. Encendió la luz, se acercó a él y se agachó para abrazarlo.

—Theo, lo siento mucho —dijo.

—Está bien, no pasa nada —repuso él. Aquello era lo último que le apetecía: efusión melodramática por parte de aquellos que le querían. Soportó como pudo el abrazo—. Estoy bien. No ha sido nada, ¿de acuerdo? —añadió, cada vez más irritado.

Elsa se incorporó y se enjugó las lágrimas con un pañuelo de papel.

—No doy crédito. Pero si eres el chico más bueno del mundo.

—No sé. Tal vez esté entre los cinco más buenos. Oye, Elsa, estoy bien.

—¿Quién te ha atacado?

—Nadie. No ha sido más que una estúpida pelea, ¿de acuerdo? Algo sin importancia.

La mujer se dio unos toquecitos con el pañuelo en las mejillas y poco a poco comprendió que su compasión no estaba siendo apreciada como debía.

—Yo sigo queriéndote, Theo —dijo, como si el joven hubiera matado a alguien.

—No pasa nada, Elsa, estoy bien.

«Y ahora, ¿quieres hacer el favor de dejarme solo?» Elsa se marchó y Theo apagó la luz. Judge y él retomaron a sus cavilaciones, lo cual le resultaba más grato que la compasión. Al cabo de cinco minutos llamaron de nuevo.

—¿Sí? —dijo el chico.

La puerta se abrió y Dorothy, la secretaria de su padre, cruzó el umbral y encendió la luz.

—¿Estás bien, Theo? —preguntó la mujer.

—Sí —le respondió, lacónico, y durante un largo segundo temió que se lanzara sobre él para darle un torpe abrazo, como si él necesitara que ella le ofreciera su apoyo de una forma física.

—No puedo creerlo. ¿Por qué te han expulsado de la escuela?

—Porque me metí en una pelea, así de simple. Y eso va contra las normas.

—Ya, Theo, pero estoy segura de que no fue culpa tuya.

Theo sacudió la cabeza y miró por la ventana. ¿Cuántas veces se vería obligado a explicar lo

ocurrido?

—No importa de quién fuera la culpa. Una pelea es una pelea.

Tras un incómodo silencio, Dorothy dijo:

—Bueno, si te hace falta una amiga, estaré al otro lado del pasillo.

—Gracias.

«Oh, sí, claro. Voy a desahogarme contándole mis problemas a una mujer hecha y derecha que podría ser mi madre.»

Dorothy se marchó y Theo volvió a apagar la luz. Su móvil sonó con el bip que indicaba la entrada de un mensaje. Era de April Finnemore.

«Acabo de enterarme. ¿Estás bien?»

«Sí. En el despacho. Sin clases. Me encanta.»

«¿Tus padres?»

«Mamá en el tribunal. Papá no muy enfadado.»

«¿A quién le pegaste?»

«No estoy seguro. Hubo mucho jaleo.»

«¿Heridas? ¿Sangre?»

De repente, Theo deseó haber tenido más secuelas de la batalla que poder mostrar. Como algo típico en un chaval de su edad, decidió exagerar un poco. Escribió:

«Labio partido. Sangre.»

«¡Alucinante! ¿Cuándo podré verlo?»

«Más tarde. Ahora tienes que estudiar.»

Una vez más, se entregó a sus cavilaciones. Al cabo de cinco minutos llamaron de nuevo a la puerta. Antes de que Theo pudiera responder, Vince entró y encendió la luz. Con esta visita, todo el personal de Boone & Boone había acudido ya a presentar sus respetos. Todos salvo, claro está, su madre, que no tardaría en llegar.

Vince llevaba muchos años trabajando como asistente legal para la señora Boone. Se encargaba de hacer el trabajo de campo en los casos de divorcio, lo cual no siempre resultaba agradable. Pasaba mucho tiempo fuera del bufete, investigando a las clientas, espiando a sus maridos y

comprobando datos. Hacía tiempo que Theo había aprendido que, en un caso de divorcio, las clientas no siempre contaban la verdad a sus abogados, y Vince era el encargado de verificar sus historias. Tenía unos treinta y cinco años y era soltero; un tipo majo con un trabajo duro.

Elsa había entrado llorando en el despacho y Dorothy parecía que fuera a sufrir una crisis nerviosa de un momento a otro. Pero no fue así en el caso de Vince, que se apoyó sonriente contra la puerta.

—Así se hace, Theo. ¿Le atizaste bien?

Por fin, Theo consiguió sonreír. Comprendió que, si iba a tener que contar su historia cientos de veces, ¿por qué no adornarla un poco?

—Sí —respondió.

—Ese es mi chico. Mira, Theo, acabas de aprender una valiosa lección. Llega un momento en que tienes que mantenerte firme y plantar cara, sin importar cuáles sean las consecuencias.

—No podía echarme atrás —dijo Theo.

—Una expulsión no tiene importancia, siempre que no se convierta en una costumbre. A mí me expulsaron una vez en sexto curso.

—¿Me tomas el pelo?

—Como lo oyes. Yo me crié en Northchester, y por aquel entonces íbamos caminando a la escuela. Había un abusón llamado Jerry Prater, un chico duro que me lo hacía pasar muy mal. Más o menos una vez por semana me pillaba en el patio antes de entrar en clase, y entonces me tiraba al suelo de un puñetazo, me daba unas cuantas patadas y me cogía la fiambarrera. Se quedaba con lo bueno, las patatas fritas, los pastelitos Twinkies, los sándwiches de jamón, y solo me dejaba las manzanas y las zanahorias. Al día siguiente agarraba a otro de mis compañeros y le hacía lo mismo. Parecía que siempre estuviera hambriento. En fin, que Jerry nos hacía la vida imposible. Yo tenía un hermano mayor que iba al instituto, y él me explicó que los abusones eran en el fondo unos cobardes y que, hasta que no les plantabas cara, las cosas solo podían empeorar. Mi hermano me dijo lo que tenía que hacer. Escondí el almuerzo en mi mochila y llené la fiambarrera de piedras. A la mañana siguiente vi a Jerry en el patio y me encaminé hacia él. Se disponía ya a atizarme cuando, de repente, lancé el brazo y le pegué con la fiambarrera en toda la cara. Fuerte. Un golpe muy feo que le hizo un corte en la mejilla. Gritó y cayó al suelo, y yo le aticé unas cuantas veces más en la cabeza. Para entonces se había agolpado un montón de gente alrededor, hasta que un profesor se acercó corriendo y se llevó a Jerry al médico para que lo curaran. Tuvieron que ponerle dieciocho puntos, diez de ellos en la mejilla. Me echaron una bronca terrible. Mi padre vino a recogerme a la escuela. Le expliqué la situación y la entendió bastante bien. Mi madre me gritó, pero eso es lo que hacen las madres. Total, que después de aquello Jerry me dejó en paz.

—Tremendo. ¿Cuánto tiempo te expulsaron?

—Una semana. Durante una breve temporada fui una especie de héroe, aunque después empecé a sentirme mal por ello. A pesar de que Jerry Prater se merecía que le pegaran, le quedó una fea cicatriz en la cara. Y aquella fue mi última pelea, Theo. Le planté cara a un abusón, pero utilicé un arma. Debería haber empleado mis puños y nada más. Aún me arrepiento.

—¿Qué pasó con Jerry?

—Dejó la escuela y al final acabó en prisión. Nunca tuvo muchas oportunidades. En cualquier caso, tú has hecho lo correcto, así que no le des demasiadas vueltas preocupándote por ello.

—No quiero que mi madre me grite.

—No lo haré. Conozco muy bien a esa mujer, Theo.

Después de que Vince se marchara, Theo se quedó dormido y Judge fue en busca de algo para comer.

A la hora del almuerzo se reunieron en la sala de conferencias. Theo se sentó a un extremo de la larga e imponente mesa, con uno de sus progenitores a cada lado. Ante él tenía un sándwich de ensalada de pollo que no le apetecía nada comer. Había perdido el apetito.

Su madre no sonreía, pero tampoco le había gritado. Era evidente que ella y el señor Boone habían mantenido una pequeña charla en privado acerca de la expulsión de su hijo, y que ella ya había superado la conmoción inicial.

—Si esto volviera a suceder, Theo, ¿qué harías de manera diferente? —preguntó la señora Boone en tono tranquilo mientras sorbía su té helado.

Theo mordisqueó un trozo de lechuga y sopesó la cuestión, que le pareció muy interesante.

—Bueno, mamá, no estoy muy seguro. No pude hacer nada para impedir la pelea porque todo empezó muy deprisa. Y tampoco pude hacer nada para separarlos porque Woody y Baxter estaban muy enzarzados. Cuando Griff saltó sobre Woody, sentí que no tenía elección. Woody estaba peleando por mí y lo menos que yo podía hacer era ayudarlo.

—Entonces, ¿no harías nada de forma diferente?

—Creo que no.

—¿Significa eso que no has aprendido nada de este pequeño incidente?

—He aprendido que no me gusta pelear. No resulta nada agradable que te golpeen en la cara y te den patadas en la cabeza. Hay chicos a los que les va eso, pero a mí no.

—Yo diría que ha aprendido una valiosa lección —observó su padre, y dio un mordisco a su sándwich.

La señora Boone parecía dispuesta a soltarle un sermón a su hijo cuando Elsa llamó a la puerta. Abrió y dijo:

—Siento molestar, pero la policía está aquí.

—¿Para qué? —preguntó el señor Boone.

Theo quiso esconderse debajo de la mesa.

—Desean hablar con Theo, y con sus padres, claro.

Allí estaban de nuevo los detectives Hamilton y Vorman. Ocuparon sendos asientos a un lado de la mesa y depositaron un gran sobre blanco ante sí. Los Boone dejaron a un lado la comida y se sentaron frente a ellos.

—Lamentamos interrumpir su almuerzo —se disculpó Hamilton—. Veníamos para hablar con ustedes dos y nos han dicho que Theo estaba aquí. ¿Lo han expulsado?

—Así es —dijo la señora Boone con sequedad, sin poder ocultar su irritación.

—¿Y por qué lo han expulsado?

—Estaré encantada de responderles si logran convencerme de que es asunto suyo.

No lo era en absoluto, y el rostro de Hamilton enrojeció mientras su compañero le dirigía una mirada llena de frustración.

«A por ellos, mamá», se dijo Theo. Se sentía bastante protegido con un abogado a cada lado. Aun así, estaba muy nervioso y había metido las manos bajo los muslos para impedir que temblaran.

—Estoy seguro de que tiene que haber una buena razón para esta visita —dijo el señor Boone.

Vorman se inclinó sobre la mesa.

—Sí, bueno, queríamos hablar con Theo acerca de la gorra de béisbol que fue sustraída el lunes de su taquilla. ¿Podrías describirla, Theo?

El chico miró a su madre, luego a su padre. Ambos asintieron. Adelante, responde a la pregunta.

—Es azul marino con visera roja, cinta ajustable y el logo de los Twins en medio de la parte frontal.

—¿Alguna idea de quién es el fabricante?

—Nike.

—¿Tiene alguna marca identificativa?

—Mis iniciales, T.B., en la parte inferior de la visera.

—¿Qué utilizaste para escribir tus iniciales?

—Un rotulador negro.

Vorman abrió muy despacio el sobre, sacó una gorra y la deslizó sobre la mesa en dirección a Theo.

—¿Es esta tu gorra?

Theo la cogió, la examinó rápidamente y contestó:

—Sí, señor.

—¿Dónde la han encontrado? —preguntó la señora Boone.

—En Big Mac's, la tienda de informática. El equipo de limpieza acude al local todos los miércoles por la noche después de cerrar. Anoche estaban fregando el suelo cuando uno de los limpiadores, barriendo debajo de un mostrador, la encontró. El ladrón entró en la tienda el martes hacia las nueve de la noche y, de algún modo, en medio del desbarajuste para robar lo que quería y salir de allí cuanto antes, perdió su gorra.

Theo se quedó mirándola y sintió ganas de llorar. Estaban utilizando su gorra favorita como prueba incriminatoria. No era justo. Las pruebas se acumulaban en su contra. Por alguna extraña razón, volvió a oír en su mente la odiosa voz de Baxter: «¡Delincuente! ¡Delincuente!».

Durante un momento, sus padres parecieron haber perdido el habla. Theo era incapaz de emitir un solo sonido. Los detectives los observaron con expresión de sombría satisfacción, como diciendo: «Te hemos pillado. A ver cómo te las apañas ahora para salir de esta».

Finalmente, la señora Boone se aclaró la garganta y dijo:

—Por lo visto, ese ladrón es muy inteligente. Lo ha planeado todo cuidadosamente con la intención de incriminar a Theo. El lunes le roba la gorra, luego la deja en la escena del crimen y el miércoles vuelve a la taquilla para esconder los objetos robados.

—Es una hipótesis —comentó Vorman—. Y tal vez sea cierta. Pero nosotros estamos trabajando con otra distinta: la de que Theo llevaba puesta la gorra el martes por la noche, quizá para ocultar el rostro cuando entró en la tienda hacia las nueve, y sabemos que estuvo por la zona hacia esa hora porque incluso él mismo lo ha admitido. Y con las prisas por coger las tabletas, los portátiles y los móviles, Theo perdió la gorra, la misma que está ahora aquí. Y, por supuesto, no hay que olvidar que el miércoles encontramos parte del material robado en su taquilla.

—Resulta difícil no considerar a Theo sospechoso —concluyó Hamilton.

—Realmente difícil —convino Vorman—. De hecho, en la mayoría de las investigaciones nunca disponemos de tantas pruebas contra un sospechoso.

Ahora fue el turno de Hamilton.

—Encontramos muy extraño que no informaras del primer robo del lunes. Los hurtos en las taquillas son muy raros en la escuela, y aun así no lo notificaste. Y tampoco nos has dado una buena razón para no haberlo hecho.

—Puede que el lunes nadie forzara tu taquilla —prosiguió Vorman—. Cuando el miércoles te pillamos en posesión de las tabletas robadas, dijiste que alguien debió de abrir tu taquilla y las dejó allí. Y, para que sonara más creíble, introdujiste un pequeño giro argumental y añadiste que hacía dos días alguien había robado en tu taquilla.

—Pero no hay ningún informe que dé constancia de ello —dijo Hamilton—. No hay ninguna prueba.

—Y nadie ha visto a ese misterioso ladrón —continuó Vorman—. Cuesta de creer, con ochenta alumnos de octavo y docenas de profesores, además de conserjes y auxiliares. Con tanto ajetreo en los pasillos y demás, cuesta de creer.

—En mi opinión —concluyó Hamilton—, parece una historia bastante increíble.

Aquel ataque simultáneo por parte de los dos detectives estaba empezando a marear a Theo. Cerró los ojos, apretó los dientes y se dijo que no debía llorar.

—¿Acaso no creen a mi hijo? —preguntó la señora Boone.

Para Theo, estaba muy claro que no.

—Dejémoslo en que todavía estamos investigando —replicó Vorman.

—¿Han examinado la gorra en busca de huellas? —inquirió el señor Boone.

—Lo hemos hecho. Pero resulta complicado obtener muestras claras en la ropa y los tejidos, así que no hemos conseguido nada. Los chicos del laboratorio están bastante seguros de que no las hay. Al parecer, el ladrón llevaba guantes y fue muy cuidadoso. No hay huellas en las tabletas, ni tampoco en la gorra ni en la escena del crimen.

—¿Van a presentar cargos contra Theo? —preguntó la señora Boone.

—Aún no lo hemos decidido —respondió Hamilton—. Pero todo apunta en esa dirección.

Ambos progenitores asimilaron esta información en silencio. El señor Boone suspiró y miró al techo. La señora Boone garabateó algo en su libreta. Theo seguía esforzándose por contener las

lágrimas. Sabía que era inocente y que decía la verdad, pero la policía no le creía. Incluso llegó a preguntarse si sus padres lo hacían.

Vorman rompió el silencio para comunicarles más malas noticias.

—Nos gustaría efectuar un registro en su casa —dijo.

El señor y la señora Boone reaccionaron con estupefacción.

—¿Para qué? —exigió saber el señor Boone.

—Para recabar pruebas —replicó Vorman—. Para buscar el resto del material robado.

—No pueden tratarnos como a vulgares delincuentes —dijo la señora Boone en tono airado—. Esto es ultrajante.

—No vamos a dar nuestro consentimiento a un registro —añadió el señor Boone.

—No necesitamos su consentimiento —dijo Vorman con una desagradable sonrisa—. Tenemos una orden de registro.

Sacó algunos papeles doblados del bolsillo de su chaqueta y los deslizó sobre la mesa. La señora Boone se ajustó las gafas de leer y echó un vistazo a las dos páginas del documento. Cuando acabó, se lo pasó a su marido. Theo se secó una lágrima con el dorso de la mano.

Dedicaron la siguiente media hora a negociar los detalles. La conversación entre los detectives y los padres de Theo fue bastante crispada y se desarrolló en un ambiente muy tenso. Finalmente se acordó que los Boone no regresarían a su casa hasta las cinco de esa tarde, momento en el que se reunirían con los detectives y los otros agentes encargados de efectuar el registro.

Las únicas palabras que Theo acertó a decir fueron:

—Es una pérdida de tiempo. No encontrarán nada en la casa.

Sus padres le instaron a guardar silencio.

Después de que Hamilton y Vorman se marcharan, Theo pudo por fin hablar. Aseguró a sus padres que no tenía nada que ver con aquel delito y que el registro sería una pérdida de tiempo. Los tres estaban anonadados por el inesperado giro que habían dado los acontecimientos. Theo nunca había visto a sus padres tan desconcertados, incluso asustados. Tras decidir que buscarían el asesoramiento de un amigo que era abogado criminalista, la señora Boone salió de la sala de conferencias para hacer una llamada.

A las dos de la tarde, el señor Boone llevó a Theo a la escuela, donde se reunieron con la señora Gladwell. El chico se disculpó por haberse peleado. El señor Boone dijo que él y su esposa comprendían la decisión de expulsar a Theo y la asumían con todas sus consecuencias. Se sentían decepcionados por el comportamiento de su hijo, claro, pero respaldaban a la directora. Después de la conversación, Theo fue a buscar su bicicleta, que tenía ambas ruedas intactas, y pedaleó de vuelta al bufete.

Sus padres tenían mucho trabajo, debían reunirse con clientes y encargarse de asuntos legales urgentes. Cerraron las puertas de sus despachos y parecieron olvidarse de Theo. Elsa, Vince y Dorothy también se hallaban muy atareados, con montones de papeleo que por lo visto resultaban más fascinantes que charlar con un chico de trece años. O tal vez fuera que Theo estaba demasiado susceptible. Finalmente, él y Judge se retiraron a su pequeño despacho, donde intentó hacer los deberes. No lo consiguió. No podía apartar de su mente a Spike Hock, un chaval que vivía a una manzana de allí y que, tras ser pillado en noveno curso vendiendo droga, pasó dieciocho meses de infierno en un correccional de menores situado a unos trescientos kilómetros. Aunque Theo no conocía personalmente a Spike y nunca había hablado con él, había oído muchas historias de su experiencia tras las vallas de tela metálica rematadas con alambre de espino: pandillas, palizas, guardias despiadados, una larga y terrorífica lista. Spike nunca se recuperó de aquello y regresó a la mala vida en las calles. Theo estaba presente en el tribunal cuando, con diecisiete años, lo condenaron como un adulto a veinte años de cárcel por numerosos delitos. Tras testificar, Spike

pidió clemencia, culpando de todos sus problemas a las terribles condiciones que tuvo que soportar en el correccional de menores.

Spike era un chico duro de las calles. Theo no. Él era un buen chico de una buena familia, un estudiante de sobresaliente, un boy scout con un montón de amigos. ¿Cómo iba a sobrevivir encerrado con pandilleros y maleantes? Separado de sus padres, de sus amigos, de Judge. Se sentía abrumado por el miedo, incapaz de pensar en nada más. Se tumbó sobre la pequeña camita de Judge y, por fortuna, al final consiguió dormirse junto a su perro.

El sonido del móvil lo despertó. Era April Finnemore.

—Theo, ¿dónde estás? —preguntó con voz nerviosa.

—En el despacho —respondió, poniéndose en pie—. ¿Qué pasa?

—Estoy en el Tribunal de Animales con mi madre y con la señorita Petunia. Necesitamos tu ayuda.

—Creo que en este momento no tengo permiso para salir.

—Vamos, Theo. Estamos muy asustadas y no te llevará mucho tiempo.

—Ya te dije que no iba a ayudar a esa mujer.

—Lo sé, Theo, lo sé. Pero está muy preocupada y necesita a alguien en quien confiar. Por favor, Theo. No puede permitirse un abogado de verdad y, bueno, no ha parado de llorar en la última hora. Por favor.

Theo se lo pensó un segundo. Nadie le había ordenado de manera específica que debía quedarse en el bufete. Todos estaban muy ocupados y probablemente nadie le echaría en falta.

—De acuerdo —dijo al fin, y cerró la solapa de su móvil—. Quédate aquí, Judge —le ordenó al perro.

Luego salió por la puerta de atrás, rodeó el edificio hasta la parte delantera y, sin hacer ruido, cogió su bici del porche. Diez minutos más tarde estaba aparcando en la zona para bicicletas que había delante de los juzgados.

La señorita Petunia cultivaba flores y hierbas en un huerto que tenía detrás de su casita, situada justo a las afueras del límite municipal de Strattenburg. Todos los sábados por la mañana, desde marzo hasta octubre, llevaba sus plantas hasta el Mercado de los Granjeros que se instalaba en el parque Levi, cerca del río. Allí se unía a otros muchos agricultores, jardineros, floristas, pescadores, granjeros y comerciantes de productos lácteos que ofrecían sus mercancías en unos tenderetes

dispuestos en pulcras hileras sobre pequeñas parcelas de terreno cuidadosamente compartimentadas y reguladas. La señorita Petunia llevaba muchos años vendiendo sus flores y hierbas, y tal vez por eso disponía de uno de los mejores puestos, situado junto a la entrada al mercado. El de al lado estaba regentado por May Finnemore, la excéntrica madre de April, que elaboraba y vendía queso de cabra. La señorita Petunia también era un personaje bastante peculiar y, como es natural, con el tiempo habían acabado convirtiéndose en grandes amigas.

El mercado era muy popular, y en cualquier soleada mañana de sábado la mayoría de los habitantes de Strattenburg paseaba entre sus tenderetes. En él podía encontrarse cualquier tipo de delicia comestible. El puesto favorito por antonomasia era el Crispino's Tortilla Hut, donde ya desde las diez de la mañana se formaban largas colas. Martha Lou, que vendía a peso sus galletas de jengibre «de fama mundial», también atraía a multitud de compradores. Muchos de los comerciantes dependían del mercado para obtener beneficios a fin de año, y por esa razón había una larga lista de espera para conseguir tan codiciados puestos.

Como la señora Boone no pasaba mucho tiempo en la cocina, la familia no solía frecuentar el mercado. Los sábados por la mañana Theo y su padre iban a jugar dieciocho hoyos a un campo de golf, desde las nueve hasta la hora del almuerzo, hacia la una del mediodía. Para el chico, aquello era mucho más importante que ir a comprar tomates y hamburguesas vegetarianas.

La señorita Petunia tenía problemas con la ley por culpa de su querida mascota, una llama que respondía al nombre de Lucy. El día anterior, durante el almuerzo, April le había hablado a Theo del caso, pero él estaba demasiado atribulado por sus propios problemas como para preocuparse de los de la señorita Petunia. Aun así, a petición de April, Theo había investigado un poco acerca de las leyes y ordenanzas municipales pertinentes. Tras pasarle la información a su amiga pensó que, por lo que a él respectaba, el asunto estaba zanjado.

Consciente de ser un hombre marcado, objeto de las habladurías que circulaban por todo Strattenburg y, en especial, en el entorno de los juzgados, Theo entró por una puerta lateral y bajó por una escalera de la parte posterior del edificio. El Tribunal de Animales se encontraba en el sótano, un lugar muy adecuado para la corte jurídica de menor rango de toda la ciudad, que la mayoría de los letrados trataban de evitar en lo posible. Cualquiera que hubiera recibido quejas o denuncias relacionadas con sus mascotas podía actuar como su propio abogado, y eso era lo que atraía a Theo de aquella corte. Cuando menos, en una jornada normal. No obstante, ese día no se sentía nada emocionado con la idea de presentarse ante el tribunal.

Por primera vez en su vida, la palabra «tribunal» hacía referencia a un lugar que debía evitar.

Abrió la puerta y avanzó por el polvoriento pasillo que atravesaba la sala, con sillas plegables a ambos lados. A la derecha, Theo vio a April, a su madre, May, y a una tercera persona que supuso que era la señorita Petunia. Tenía el pelo de color lila y unas gafas redondas con montura de un naranja chillón. April la había descrito como «más rara que mi madre».

Theo se sentó y empezó a hablar en susurros con las mujeres.

El juez Yeck no estaba aún en el estrado. Al otro lado del pasillo aguardaban varias personas.

Una de ellas era Buck Boland, más conocido como Buck Baloney, que vestía un uniforme marrón oscuro que le quedaba bastante estrecho y que pertenecía a la compañía de vigilancia ALL-PRO SECURITY. Buck siempre iba con aquel uniforme, estuviera o no de servicio. Era el mismo traje que llevaba la mañana del lunes anterior, cuando paró a Theo mientras este cruzaba por su patio trasero. Ese día había agarrado la bicicleta del chico y le había amenazado. Apenas unas horas antes también le había tirado una piedra. Ahora lo fulminaba con la mirada a través del pasillo como si quisiera estrangularlo.

La anciana secretaria del juez Yeck estaba sentada a una mesa que había en un rincón, haciendo un crucigrama para tratar de mantenerse despierta. Al cabo de unos minutos, el magistrado hizo su entrada por la puerta que había detrás del estrado.

—Permanezcan sentados —ordenó.

Sin embargo, nadie había hecho amago de incorporarse. En el Tribunal de Animales, también conocido como «El Juzgachuchos», se prescindía de todo tipo de formalidades. El juez llevaba su atuendo habitual —téjanos, botas militares y una vieja cazadora sin corbata—, y se comportaba con su habitual actitud desdeñosa hacia su labor. Años atrás trabajó para varias firmas de abogados, pero no consiguió mantener ningún empleo. Presidía aquel tribunal porque ningún otro juez quería hacerlo.

—Bueno, bueno —empezó con una sonrisa—, si tenemos aquí de nuevo al señor Boone.

Theo se levantó y dijo:

—¿Cómo está, señorita? Encantado de volver a verle.

—Lo mismo digo. ¿Quién es tu cliente?

—La señorita Petunia Plankmore, la propietaria del animal.

El juez Yeck consultó algunos papeles y luego miró en dirección a Buck Baloney.

—¿Y quién es el señor Boland?

—Soy yo —respondió Buck.

—Muy bien. Que las partes en litigio se acerquen al estrado para ver cómo solucionamos este asunto.

Theo conocía el procedimiento rutinario. Condujo a la señorita Petunia a través de la portezuela batiente hasta una mesa situada más cerca del magistrado. Buck les siguió y se sentó lo más lejos posible de ellos. Cuando todos hubieron ocupado sus asientos, el juez Yeck prosiguió:

—Señor Boland, como ha presentado usted esta queja formal contra la señorita Petunia, hablará en primer lugar. Permanezca sentado y cuéntenos lo sucedido.

Buck miró nerviosamente a su alrededor y luego inició su exposición.

—Verá, señoría. Trabajo para la compañía ALL-PRO SECURITY, contratada para encargarse de la seguridad en el Mercado de los Granjeros.

—¿Por qué lleva una pistola? —preguntó el juez.

—Soy guardia de seguridad.

—No me importa.

—Y tengo permiso para llevarla.

—No me importa. No consiento que nadie lleve armas en mi tribunal. Por favor, quítesela.

Buck se llevó la mano a la pistolera y se la desenganchó del cinturón. La depositó, junto con el arma enfundada, sobre la mesa.

—Aquí arriba —ordenó el juez Yeck, señalando un punto en la superficie del estrado.

Buck se levantó, avanzó con torpeza y dejó el arma donde le habían indicado. Se trataba de una pistola realmente grande.

—Puede proseguir —indicó el magistrado cuando Buck hubo regresado a su asiento.

—En fin, mi trabajo es garantizar la seguridad en el Mercado de los Granjeros. Somos dos guardias, Frankie y yo. Él se ocupa de vigilar la sección oeste y yo la parte de delante. La señorita Petunia, aquí presente, regenta un puesto cerca de la entrada principal, donde vende flores y hierbas. Junto al mismo, hay una pequeña parcela abierta donde tiene a su llama.

—¿Se trata de Lucy? —preguntó el juez Yeck.

—Sí, señor. Hace dos sábados yo pasaba junto a su puesto como siempre, ya sabe, haciendo mi trabajo, cuando esa llama se me acerca y se me queda mirando. Nuestros ojos estaban a la misma altura, los míos y los de la llama, y al principio pensé que tal vez fuera a besarme.

—¿La llama besa a la gente? —le interrumpió el magistrado.

—Es una llama muy cariñosa —intervino la señorita Petunia—. Le encantan las personas, o al menos la mayoría.

El juez Yeck miró a la mujer y, de forma educada pero firme, le dijo:

—Ya tendrá oportunidad de hablar en su momento. Por favor, no interrumpa.

—Disculpe, señoría.

—Continúe.

Buck inspiró para meter su generosa barriga y prosiguió:

—Sí, señor, la llama besa a la gente, sobre todo a los niños pequeños. Si quiere saber mi opinión, resulta bastante asqueroso, pero los curiosos suelen acercarse para ver mejor a la llama y, en ocasiones, el animal agacha la cabeza y besa a alguien.

—Vale, vale. Ya nos ha quedado claro que a la llama Lucy le gusta besar a la gente. Ahora continúe.

—Sí, señor. Bueno, como iba diciendo, la llama se me acercó. Nos miramos durante unos segundos y luego alzó mucho el hocico, lo que por lo visto indica que no estaba muy contenta. Entonces echó la cabeza hacia atrás y me escupió en la cara. Y no unas gotitas de saliva, no, sino un señor escupitajo. Algo repugnante, pegajoso y apestoso.

—¿La llama también escupe? —preguntó el juez Yeck, divertido.

—Oh, sí, señoría, y lo hace a una velocidad asombrosa. Ni me enteré de la que se me venía encima.

May Finnemore, la madre de April, era una mujer escandalosa y de modales bruscos de la que se podía esperar cualquier cosa inapropiada. En ese momento estalló en grandes carcajadas, sin hacer ningún esfuerzo por reprimirlas.

—Ya es suficiente —ordenó el juez Yeck muy serio, aunque él mismo parecía a punto de romper a reír.

—Entendido.

—Por favor, señor Boland, continúe.

—Había algunos chicos mirando, y creo que sabían que la llama escupía, porque en cuanto el animal me lanzó el escupitajo se echaron a reír como locos. Resultó muy bochornoso y me enfadé mucho, así que, después de secarme la cara, me acerqué hasta el puesto de la señorita Petunia y le conté lo que había ocurrido. Ella contestó: «Bueno, eso es que no le cae bien a Lucy». Y yo le repliqué: «No me importa si le caigo bien o no, la llama no puede ir por ahí escupiendo a la gente, sobre todo al personal de seguridad». Ella no se disculpó ni nada por el estilo; de hecho, estoy seguro de que se estaba divirtiendo con todo aquello.

—¿Está la llama atada con una correa, o encerrada de algún modo? —preguntó el juez Yeck.

—No, señor, no lo está. La señorita Petunia la tiene suelta y campando a sus anchas alrededor de su tenderete. Siempre hay algunos niños por allí, acariciándola y jugueteando con ella. Así que, tras discutir el asunto durante unos minutos con su propietaria, comprendí que la mujer no pensaba hacer nada al respecto. Decidí alejarme, tranquilizarme un poco y lavarme bien la cara. Pero no le quité el ojo de encima a la llama, y creo que ella a mí tampoco. Parte de mi trabajo es vigilar la entrada principal. A veces la gente intenta marcharse sin pagar los productos que coge, y tengo que obligarles

a comportarse conforme a la ley... no sé si me entiendo, señoría.

—Por supuesto.

—En fin, al cabo de una media hora estaba haciendo la ronda y volví a pasar junto al puesto de la señorita Petunia. No le dije nada, ni a ella ni a la llama. Me paré a charlar con el señor Dudley Bishop y de repente noté algo detrás de mí. Dudley dejó de hablar. Me giré muy despacio y allí estaba otra vez la llama, mirándome fijamente. Antes de que pudiera retroceder, volvió a escupirme en la cara por segunda vez. Y fue algo tan asqueroso como la vez anterior. Dudley, aquí presente, puede atestiguarlo.

Sentado en una silla plegable entre el público, el señor Dudley Bishop levantó una mano.

—¿Es eso cierto, señor Bishop? —preguntó el magistrado.

—Todas y cada una de sus palabras —contestó el testigo.

—Continúe.

—Bueno, el caso es que me puse hecho una furia. La gente no paraba de reírse de mí y demás, así que me encaminé a donde estaba la señorita Petunia. Ella había visto lo ocurrido y no pareció darle ninguna importancia. Me dijo que, si me mantenía alejado de la llama, todo iría bien. Le expliqué que yo tenía derecho a hacer mi trabajo y que el problema era suyo, no mío. Le dije que tratara de controlar a su asqueroso animal. Pero ella no hizo caso. Luego me tranquilicé e intenté guardar las distancias. Cuando me acercaba a la entrada, la llama dejaba de hacer lo que estuviera haciendo y se me quedaba mirando con malos ojos. Hablé con Frankie sobre el asunto y le propuse que intercambiáramos nuestros puestos, pero él no quería saber nada de la llama. Me sugirió que llamara a Control de Animales, y eso hice. Vino un funcionario y mantuvo una pequeña charla con la señorita Petunia. Ella le dijo que no había ninguna ordenanza municipal que obligara a las llamas a estar atadas con correas o a permanecer encerradas en un sitio, y el funcionario de Control de Animales tuvo que darle la razón. Por lo visto, las llamas tienen derecho a campar a sus anchas por la ciudad escupiendo a la gente.

—No sabía que ese fuera un problema en Strattenburg —observó el juez Yeck.

—Pues ahora lo es. Y ahí no acaba la cosa, señoría.

—Prosiga.

—Bueno, el sábado pasado sucedió algo aún peor. Yo me mantenía alejado de la llama haciendo mi trabajo lo mejor que podía, evitando al animal en lo posible e incluso procurando no mirarlo a los ojos. No le dije una palabra ni a la señorita Petunia ni a nadie que anduviera cerca. La otra dama aquí presente, la señora Finnemore, regenta el puesto contiguo al de la señorita Petunia, donde vende queso de cabra y donde tiene un mono araña que está siempre por allí, imagino que para atraer a la clientela y aumentar las ventas.

—¿Qué tiene que ver el mono con la llama?

—Se lo diré. A veces el mono se sube a lomos de la llama, como si la cabalgara, algo que se convierte siempre en una gran atracción. Los niños se arremolinan a su alrededor y les hacen fotos. Algunos padres incluso toman fotos de sus hijos posando con la llama y el mono. El caso es que una niña pequeña se asustó y rompió a llorar. Yo empecé a acercarme hacia allí, pero, en cuanto la llama me vio, salió disparada en mi dirección. No estaba ni a diez metros de ella, y aun así echó a correr hacia mí. No me hacía ninguna gracia que volviera a escupirme, así que retrocedí. Pero el animal no se detuvo, con el mono montado encima como si fuera una especie de vaquero. Cuando comprendí que la llama iba en serio, me di la vuelta y eché a correr. Cuanto más rápido corría, más lo hacía ella. Podía oír los chillidos del mono, imagino que pasándoselo en grande. Eso ocurrió hacia las ocho, así que el mercado estaba abarrotado y todo el mundo se desternillaba de risa. No sabía si aquel bicho podía morderme o hacerme cualquier cosa, así que pensé en sacar la pistola para defenderme. Pero había demasiada gente, y tampoco quería matar a la llama. Continuó persiguiéndome por todo el mercado, con la gente riendo, el mono chillando... Fue algo espantoso.

El juez Yeck cogió un papel para cubrirse parcialmente la cara y ocultar que estaba a punto de estallar en carcajadas. Theo miró alrededor de la sala y vio que los rostros de todos los presentes mostraban una expresión jocosa.

—No tiene ninguna gracia, señoría —dijo Buck.

—Continúe.

—Bueno, todo terminó cuando, al final, me caí. Tropecé delante del puesto de sandías de Butch Tucker y, antes de que pudiera levantarme, la llama se inclinó sobre mí y volvió a escupirme. No me dio en la cara, pero me dejó la camisa perdida. Butch está aquí y puede atestiguarlo.

Butch levantó una mano.

—Es todo cierto, señoría. Yo estaba allí —dijo con rostro sonriente.

—Gracias. Por favor, prosiga.

Buck respiraba con dificultad y su cara se estaba poniendo muy roja.

—Bueno —continuó—, al fin conseguí levantarme y ya me disponía a atizar a la llama, y puede que también al mono, cuando Frankie llegó corriendo con un palo y consiguió alejarla. Creo que volvió a su puesto. No lo sé, estaba demasiado furioso. Debe hacer algo al respecto, señoría. Tengo derecho a poder realizar mi trabajo sin que me ataquen.

—¿Desea añadir algo más?

—Creo que no. Eso es todo por el momento.

—¿Quiere hacer alguna pregunta a la acusación, señor Boone?

Theo decidió que lo mejor sería que su clienta ofreciera su versión de los hechos. Sabía por experiencia que al juez Yeck no le gustaban los procedimientos judiciales al uso.

—Escuchemos lo que tiene que decir la señorita Petunia —propuso.

—Buena idea. Señorita Petunia, por favor, denos su versión.

La mujer se levantó, dispuesta a defender a Lucy.

—Puede permanecer sentada —dijo el magistrado.

—Preferiría estar de pie —repuso ella.

—Entonces quédese de pie.

—Gracias, señoría. Todo lo que ha dicho el señor Boland es cierto, pero ha omitido algunas cosas. Las llamas escupen cuando se sienten acosadas o amenazadas, y lo usan como un mecanismo de defensa para protegerse. No muerden ni dan coces. Son animales muy pacíficos que llevan viviendo con nosotros desde hace miles de años. Pertenecen a la misma familia que los camellos, ¿lo sabía, señoría?

—No.

—Pues así es, y son muy trabajadoras, leales y fáciles de cuidar. Tengo a Lucy desde hace doce años, y todos los sábados, al amanecer, se encarga de tirar del carro que me lleva hasta el mercado. Mi coche es muy pequeño y no puedo usarlo para transportar mis flores y mis hierbas, así que Lucy me ayuda con eso.

El juez Yeck alzó una mano para interrumpirla y, dirigiéndose a Theo, preguntó:

—¿Es legal que un carro tirado por una llama circule por las calles de la ciudad?

—Sí, señor —respondió el chico—. No hay ninguna ordenanza que lo impida.

—¿Dónde vive la llama?

—En mi patio trasero —contestó la señorita Petunia—. Poseo un patio muy grande.

—¿Permite la normativa municipal tener una llama en una vivienda privada?

—No, señoría—repuso Theo—. Sin embargo, la señorita Petunia no reside en la ciudad. Su casa está justo a las afueras del límite municipal, en el territorio del condado, y las leyes del condado no prohíben tener una llama en un patio.

—Gracias, asesor. Por favor, señorita Petunia, prosiga.

—Hace unos meses, Lucy y yo volvíamos a casa después del mercado cuando un coche patrulla

nos detuvo. Dos policías se bajaron y empezaron a hacerme preguntas. Me acusaron de estar entorpeciendo el tráfico y demás tonterías, pero creo que solo lo hicieron porque sentían curiosidad por Lucy. Aquello la irritó mucho. Se sintió amenazada.

—¿Les escupió? —preguntó el juez Yeck.

—No, señoría.

—¿Con cuánta frecuencia suele escupir a la gente?

—Muy rara vez, señoría. Hace más o menos un año, el hombre que viene a leer los contadores eléctricos estuvo molestándola, no la dejaba en paz. Y ella le escupió. El tipo llevaba una especie de uniforme. En fin, señoría, me parece que a Lucy no le gustan los hombres grandes con uniforme. Se siente amenazada por ellos. Nunca ha escupido a una mujer o a un niño, y tampoco a un hombre que no llevara uniforme.

—Buena chica.

—Y el señor Boland tampoco se ha portado muy bien con ella. Se ha pasado varias veces por mi puesto, bamboleándose con su enorme cuerpo, para decirme que Lucy tenía que estar sujeta con una correa o encerrada en algún sitio, cosas así. Se cree que está al mando de todo lo que ocurre en el mercado. En parte, él es culpable de lo sucedido.

—Eso no es cierto, señoría —interrumpió Buck.

No obstante, cualquiera que le viera luciendo el uniforme sabría al instante que se sentía muy orgulloso de ostentar su autoridad.

—No vamos a discutir eso aquí. ¿Ha acabado, señorita Petunia?

—Creo que sí.

—Muy bien. Señor Boland, ¿qué quiere que haga yo exactamente?

—Bueno, señoría, en mi opinión debería obligar a la señorita Petunia a mantener a la llama encerrada en el patio trasero de su vivienda, donde no pueda escupir a la gente o atacarla en público.

—Pero, señoría —intervino Theo—, la señorita Petunia necesita llevar sus flores y hierbas al mercado, y no existe ninguna ley que le prohíba usar un carro tirado por una llama. Sería injusto obligar a mi clienta a mantener confinada a Lucy en el patio de su casa.

—Es posible, señor Boone, pero está claro que hay que buscar alguna solución —replicó el juez Yeck—. No podemos permitir que un animal vaya por ahí escupiendo a la gente. El señor Boland tiene derecho a realizar su trabajo sin temor a ser agredido por una llama. ¿No está de acuerdo, señor Boone?

—Sí, lo estoy, y, en nombre de mi diente, ofrezco una disculpa formal al señor Boland por los

actos cometidos por Lucy.

El hecho de pedir disculpas era muy importante para el juez Yeck, y Theo había insistido en que debían hacerlo. La señorita Petunia al principio se mostró contraria a la idea, pero al final la opinión de Theo prevaleció.

Buck inclinó la cabeza para aceptar las disculpas, pero no pareció quedar muy satisfecho solo con eso.

—¿Tiene alguna propuesta, señor Boone? —preguntó el juez Yeck.

Theo se levantó y se dirigió al magistrado.

—Podríamos probar lo siguiente. El próximo sábado por la mañana, el señor Boland intercambiará su puesto con el otro guardia, Frankie, quien recibirá instrucciones de mantenerse tan alejado de Lucy como sea posible sin que ello afecte a su trabajo. Si la llama también va a por Frankie, entonces aceptaremos que se tomen medidas más drásticas.

—¿Como por ejemplo?

—Señoría, Lucy nunca ha estado atada con una correa, pero mi clienta se avendría a intentarlo. La señorita Petunia está convencida de que puede hablar con Lucy al respecto y persuadirla de que no sea tan agresiva con los hombres grandes con uniforme.

—¿Frankie es muy corpulento? —le preguntó el juez a Buck.

—Es un canijo.

—¿La señorita Petunia habla con Lucy? —le preguntó el juez a Theo.

La mujer se levantó para intervenir.

—Oh, sí, señoría. Hablamos todo el tiempo. Lucy es muy inteligente. Creo que podré convencerla para que deje de escupir.

—Señor Boland, ¿qué opina de esta propuesta?

Buck comprendió que no iba a conseguir lo que quería, al menos por el momento, así que se encogió de hombros y dijo:

—Podría intentarse. Verá, señoría, yo no busco problemas. Pero es que esta situación resulta bastante embarazosa.

—Estoy seguro de que lo es. Pondremos en práctica este plan y, si la cosa no funciona, volveremos a vernos aquí la semana que viene. ¿Estamos todos de acuerdo?

Todo el mundo aceptó asintiendo con la cabeza.

—Se suspende la sesión en el Tribunal de Animales —concluyó el juez Yeck.

En cuanto salió de los juzgados, Theo volvió a la realidad. Durante un rato había sido capaz de olvidar sus problemas para perderse en el extravagante mundo de una llama escupidora. La señorita Petunia se mostró emocionada, May Finnemore le dio un torpe abrazo y, lo más importante de todo, April quedó muy impresionada por sus aptitudes ante el tribunal.

Pero de pronto la diversión llegó a su fin y Theo tuvo que enfrentarse a la humillante realidad. Estaba siendo falsamente acusado, lo habían acosado y hostigado, y ahora toda su familia se veía arrastrada a ello. La mera idea de que un montón de agentes de policía figasen y hurgasen en todas las habitaciones de la casa de los Boone resultaba aterradora. ¿Qué iban a pensar los vecinos?

Entonces Theo se vio asaltado por un pensamiento tan espantoso que tuvo que parar la bicicleta a fin de recuperar el aliento. Se sentó en una parada de autobús vacía y se quedó contemplando el pavimento asfaltado. Si alguien era tan mezquino y temerario como para introducir parte del material robado en su taquilla, ¿por qué no podría haber hecho lo mismo en su casa? Las puertas del garaje solían quedarse abiertas, y en la parte de atrás había un cobertizo para almacenar trastos que casi nunca se cerraba. No le habría resultado difícil a algún malhechor colarse a hurtadillas desde el exterior de la vivienda y encontrar un lugar discreto donde ocultar unas cuantas tabletas más, o unos móviles, o incluso unos portátiles.

¿Y si la policía encontraba ese material? ¡Pillado una vez más con las manos en la masa! Theo se preguntó si, llegados a ese punto, hasta sus padres sospecharían de él.

Finalmente volvió a montarse en la bici y continuó su trayecto hasta el bufete. Entró por la puerta de atrás y halló a Judge dormido bajo su mesa. Avanzó de puntillas por el pasillo, procurando no toparse con nadie. Cuando llegó a la recepción, Elsa estaba recogiendo las cosas de su escritorio y preparándose para marcharse. Se la veía muy abatida y preocupada por él, y Theo se sintió incluso peor después de charlar un rato con ella.

Las agujas del reloj se iban acercando a las cinco.

La policía esperaba justo enfrente, delante del 886 de Mallard Lane, la residencia de Woods y Marcella Boone y de su hijo Theo, quien nunca había vivido en otro lugar. Aguardaban aparcados en dos vehículos sin distintivos oficiales, lo cual agradecieron los Boone. Dos coches patrulla provistos de toda la parafernalia de luces y sirenas habrían atraído a los vecinos como un imán.

Theo fue el primero en llegar montado en su bicicleta, seguido poco después por sus padres. Los detectives Vorman y Hamilton se acercaron desde la calle y les presentaron a los agentes Mabe y Jesco, ambos de paisano. Los invitaron a entrar y se dirigieron a la cocina, donde la señora Boone preparó una cafetera y los demás se sentaron en torno a la mesa. Mientras el café subía, el señor Boone volvió a leer detenidamente la orden de registro y luego se la pasó a su esposa, que también la revisó.

—No consigo entender qué necesidad hay de registrar todas las habitaciones de la casa —comentó el señor Boone.

—No hay ninguna necesidad —añadió con sequedad la señora Boone.

Su cólera era patente, aunque controlada, al menos por el momento.

—Estoy de acuerdo —convino Hamilton—. No pensamos pasarnos aquí toda la noche. Queremos echar un vistazo al dormitorio de Theo y quizá a un par de cuartos más, y luego buscar en el garaje, el sótano y tal vez en el desván.

—No hay nada en mi habitación —dijo Theo, que estaba de pie en el umbral, observando y escuchando.

—Basta ya, Theo —le ordenó su padre.

—¿Piensan buscar en el desván? —preguntó estupefacta la señora Boone mientras servía el café.

—Sí —replicó Hamilton.

—Pues buena suerte. Puede que no salgan vivos.

—¿Hay alguna edificación auxiliar fuera? —preguntó Vorman.

—Un cobertizo de almacenaje en la parte de atrás —respondió el señor Boone.

—¿Qué guardan en él?

—No llevo una lista. Lo normal: un cortacésped, mangueras de jardín, una desbrozadora, muebles viejos...

—¿Lo mantienen cerrado?

—Nunca.

Theo saltó de nuevo.

—No hay nada en el desván ni en el cobertizo. Están perdiendo su tiempo porque tienen al sospechoso equivocado.

Los seis adultos se volvieron hacia él.

—Basta, Theo —dijo su padre—. Ya es suficiente.

—Bueno —intervino su madre—, yo estoy de acuerdo con Theo. Todo esto es una pérdida de tiempo y de esfuerzo. Cuantos más días pierdan considerando sospechoso a Theo, más tardarán en encontrar al verdadero delincuente.

—Solo estamos llevando a cabo una investigación —dijo Hamilton—. Es nuestro trabajo.

La habitación de Theo estaba sorprendentemente presentable. Sus padres le ponían falta por tener la cama sin hacer, ropa esparcida por el suelo o libros fuera de las estanterías. Las faltas se traducían en una reducción de su paga semanal, por lo que para Theo había mucho dinero en juego si no ordenaba su habitación. Se había acordado que, mientras los agentes llevaban a cabo el registro, la señora Boone estuviera presente para controlarlo. Tras inspeccionar durante diez minutos el cuarto de Theo sin hallar nada, el equipo de búsqueda registró el cuarto de invitados y sus armarios, y luego se trasladó a la sala de estar. Con la señora Boone vigilando cada uno de sus movimientos, los agentes buscaron minuciosamente en muebles y estanterías. Incluso pasaron las manos con delicadeza por las prendas que había en un ropero. Se movían casi de puntillas por la casa, como si tuvieran miedo de romper algo.

Cuando los agentes abandonaron la sala de estar, Theo y su padre encendieron la televisión para ver las noticias locales. Aunque el chico trataba de aparentar estar relajado, no podía dejar de pensar en el cobertizo y en lo fácil que resultaría esconder allí el material robado. Le dolía el estómago y tenía ganas de tumbarse un rato, pero intentaba parecer despreocupado. ¿Y si en cualquier momento se oía gritar «¡Lo hemos encontrado!» o «¡Aquí está!»? Su vida estaría acabada.

La señora Boone condujo a los agentes al sótano, donde inspeccionaron la lavandería, la sala de juegos y un trastero. Nada. Luego los llevó al desván, un espacio angosto y abarrotado de cajas llenas de los típicos cachivaches inútiles que al final siempre acababan tirándose.

—¿Sube Theo a menudo aquí arriba? —le preguntó Hamilton a la señora Boone.

—Solo cuando tiene que esconder objetos robados —replicó ella.

Hamilton se dijo muy seriamente que no volvería a hacerle más preguntas.

Les llevó casi una hora abrir todas las cajas de cartón y recipientes de almacenaje. Tampoco encontraron nada, y luego se dirigieron al garaje, donde registraron otro trastero y un cuarto que albergaba los aparatos de calefacción y aire acondicionado.

Aprovechando que los demás estaban fuera de la casa, Theo le preguntó a su padre:

—Papá, ¿puedo subir a mi habitación?

—Claro. —Cuando el chico salía ya de la sala, el señor Boone añadió—: Theo, tu madre y yo confiamos en ti plenamente, al cien por cien. ¿Lo tienes claro?

—Sí. Gracias, papá.

Una vez arriba, Theo se tumbó en la cama y dio unas palmaditas sobre la colcha a su lado. Era la señal que Judge esperaba para subirse de un salto... algo que sin duda habría merecido una expresión reprobatoria por parte de la señora Boone. Sin embargo, Theo había cerrado la puerta y se sentía a salvo del mundo, al menos de momento. Oyó un ruido procedente del patio trasero y supo que el equipo de búsqueda estaba registrando el cobertizo. Tratando de relajarse y de librarse de la sensación de que su habitación acababa de ser invadida por la policía, Theo esperó.

Los minutos pasaron sin que del exterior llegaran ruidos que delatasen agitación. Al final no encontraron nada extraño en el cobertizo y, al cabo de dos horas, el registro se dio por concluido. La policía dio las gracias al señor y la señora Boone por su colaboración —como si hubieran tenido otra elección— y finalmente se marcharon de Mallard Lane.

La señora Boone llamó a la puerta de Theo y abrió.

—Ya se han ido —dijo, y lo abrazó—. ¿Estás bien?

—No, no mucho.

—Yo tampoco. Escúchame con atención, Theo. Yo soy una abogada muy buena, y tu padre también. Los dos vamos a luchar con todas nuestras fuerzas para protegerte y asegurarnos de que nada malo te ocurra, ¿de acuerdo? Los detectives son buena gente y solo están haciendo su trabajo. Al final acabarán descubriendo la verdad y esta pesadilla habrá terminado. Te prometo que todo esto tendrá un final feliz.

—Si tú lo dices, mamá.

—A tu padre se le ha ocurrido una gran idea. Como mañana no tienes escuela, iremos a comer una pizza a Santo's.

Theo consiguió esbozar una sonrisa.

Cuando ya estaban montados en el coche, Theo preguntó desde el asiento trasero:

—Eh, ¿habéis oído hablar de una llama escupidora?

—No —contestaron sus padres al unísono.

—Pues tengo una historia para vosotros.

Avanzada ya la mañana del viernes, cuando debería estar en la tercera hora de clase, en Gobierno, Theo tuvo que admitir finalmente que se aburría y que echaba de menos la escuela. Su madre había ido a los juzgados y su padre estaba sepultado bajo un montón de papeles detrás de su escritorio. Nadie en el bufete tenía tiempo para él, así que le comunicó a Elsa que iba a hacerle una visita a Ike. Ella lo abrazó y le miró como si fuera a echarse a llorar de un momento a otro. El chico estaba ya más que harto de toda aquella compasión.

Con Judge pegado a su rueda, Theo pedaleó por la ciudad procurando evitar las calles más concurridas, ya que lo último que quería era que un policía o un agente encargado de controlar el absentismo escolar lo detuviese. Con frecuencia pillaban infraganti a chavales que se habían saltado las clases, y a los reincidentes más graves los enviaban entonces al Tribunal de Menores. Theo albergaba el mal presentimiento de que tendría que vérselas con ese tribunal más de lo que se habría imaginado en la vida. Y con la suerte que llevaba esa semana, estaba casi seguro de que acabaría parándolo algún policía.

No obstante, consiguió llegar a salvo al edificio de Ike. Subió a toda prisa las escaleras y entró en el despacho de aspecto magníficamente desordenado donde su viejo y malhumorado tío apenas ganaba el dinero suficiente para sobrevivir. A pesar del montón de papeles que abarrotaban su mesa y de la diligente actitud laboral propia de los Boone, Ike no se esforzaba demasiado en su trabajo. Vivía solo en un pequeño apartamento. Conducía un destartado Spitfire con un millón de kilómetros a sus espaldas. No necesitaba mucho para vivir, así que trabajaba poco. Sobre todo los viernes. Theo sabía por experiencia propia que las energías de la mayoría de los abogados se agotaban hacia el mediodía del viernes. Los juzgados estaban mucho más tranquilos y ya a primera hora de la tarde resultaba difícil encontrar a algún juez. Los secretarios y auxiliares prolongaban sus almuerzos y empezaban a escabullirse en cuanto podían.

Aunque ya no ejercía como letrado, era evidente que Ike seguía cultivando esa tradición de los viernes. Dormía hasta tarde —algo que sucedía prácticamente a diario—, y luego se dedicaba a matar el tiempo en el despacho hasta que, a mediodía, bajaba a almorzar al restaurante griego. Y, para empezar bien el fin de semana, Ike solía acompañar la comida con dos buenos vasos de vino.

Theo y Judge llegaron hacia las diez y media, y, después de tomarse tres tazas de café, Ike se mostró de lo más hiperactivo y locuaz.

—Tengo un sospechoso, Theo. No una persona concreta, no un nombre, todavía no, pero se me ha ocurrido una idea en la que deberíamos profundizar. ¿Estás conmigo?

—Claro, Ike.

—Pero, antes que nada, quiero oírlo todo sobre esa pelea. Cada detalle: patadas, puñetazos, narices sangrando... Cuéntame si le atizaste en la cara a algún abusón.

Ike tenía los pies apoyados sobre la mesa, calzados con unas sucias sandalias y sin calcetines. Así que Theo, reclinándose en su silla, levantó las piernas y adoptó la misma postura.

—Bueno —empezó—, todo sucedió muy deprisa.

Y acto seguido procedió a narrar una larga y bastante precisa descripción de lo ocurrido. Ike mostraba una amplia sonrisa, la de un tío orgulloso de su sobrino. Theo no adornó demasiado su relato y resistió la tentación de fingir que tenía grandes aptitudes para la pelea. Acabó explicándole la reunión con la señora Gladwell y el asunto de la expulsión, y entonces Ike dijo:

—Bien hecho, Theo. Hay veces en que no te queda otra elección. Lleva tu expulsión con orgullo, como una insignia al honor.

—¿Te has enterado de lo de la orden de registro? —le preguntó Theo, ansioso por compartir todas las aventuras de la semana.

—¿Qué orden de registro? —replicó su tío.

Y el chico le contó toda la historia, que Ike escuchó sin dejar en ningún momento de negar con la cabeza. Para aligerar un poco el ambiente, Theo cambió de tema:

—¿Has oído hablar alguna vez de una llama escupidora?

Ike dijo que no, y Theo le describió con gran detalle su última aventura en el Tribunal de Animales.

Cuando terminó de contar su historia, Ike se puso en pie e hizo crujir los nudillos.

—Muy bien, Theo. Nuestra misión es encontrar a la persona que ha hecho este montaje para incriminarte, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—No he dejado de pensar en ello durante las últimas cuarenta y ocho horas. Cuéntame lo que sabes hasta ahora.

—No mucho. Mi padre está convencido de que es alguien de dentro de la escuela, muy probablemente otro estudiante, porque a un adulto le costaría mucho acceder a mi taquilla sin despertar sospechas. Y también piensa que no ha sido un chico solo.

—Estoy totalmente de acuerdo. ¿Quién es tu sospechoso número uno?

—No tengo ninguno, Ike. Mis padres me han pedido que haga una lista de todos los chicos que puedan tener algo contra mí. No digo que yo sea el chico más popular de la escuela, pero de verdad

que no se me ocurre nadie que:

1. forzara y se llevara algunas cosas de mi taquilla el lunes,
2. entrara a robar en la tienda de informática el martes por la noche, dejando allí mi gorra, y
3. volviera a forzar la taquilla el miércoles para colocar dentro las tabletas robadas, todo ello con el único propósito de hacer que me metan entre rejas. Alguien ahí fuera debe de odiarme mucho, pero mucho, y no tengo ni idea de quién puede ser.

—Eso es porque no lo conoces. Seguramente nunca has hablado con él. Tal vez lo hayas visto por ahí, pero no lo conoces.

Ike caminaba de un lado a otro detrás de su escritorio, rascándose la barba canosa y con un profundo ceño que indicaba que su mente funcionaba a toda máquina.

—Muy bien —repuso Theo—. ¿Quién es?

Con un movimiento súbito, Ike se sentó y se inclinó sobre la mesa, mirando a Theo con ojos refulgentes.

—Tus padres son abogados, y muy buenos. En los casos que manejan suelen estar implicadas personas enojadas, furiosas, dolidas, con problemas, personas lo suficientemente alteradas como para gastar su dinero en presentar una demanda. Veamos, tu padre es abogado especialista en derecho inmobiliario, lo cual, en mi opinión, es una forma bastante insulsa de ganarse la vida. Su trabajo conlleva mucho papeleo. Tiene que lidiar con gente que compra o vende casas, edificios, terrenos, sabes de lo que te hablo, ¿no?

—Sí —replicó Theo—, y de mayor no pienso ser abogado inmobiliario.

—Ese es mi chico. Lo que quiero decir es que tu padre no trata con clientes metidos en graves conflictos. ¿Cierto?

—Cierto.

—En cambio, tu madre tiene que lidiar siempre con conflictos, y del peor tipo: divorcios. Matrimonios que acaban mal. Maridos y mujeres que se pelean para obtener la custodia de los hijos, para quedarse con la casa, los coches, los muebles, el dinero. Acusaciones de adulterio, maltrato, abandono. Se trata en ocasiones de casos terribles, Theo. Yo nunca tuve estómago suficiente para llevar asuntos de divorcios. Sin embargo, tu madre es una de las mejores abogadas divorcistas. Siempre lo ha sido.

Theo asentía y escuchaba, a la espera. Sabía muy bien de lo que estaba hablando su tío.

Ike juntó las manos y empezó a dar golpecitos nerviosos con las yemas de los dedos.

—Theo —prosiguió—, un divorcio es una experiencia terrible para un niño. De repente, las dos personas que más quiere ya no pueden vivir juntas, ya no se aman la una a la otra; de hecho, a menudo se odian y, en el proceso de separación, utilizan al hijo como un trofeo por el que luchar. Para el niño resulta algo traumático, desconcertante y muy doloroso. No está seguro de qué progenitor obtendrá la custodia, así que él o ella no sabe dónde acabará viviendo. Con frecuencia, los padres se ven forzados a vender el hogar familiar. A veces el niño prefiere a uno de los progenitores y se ve obligado a elegir. Imagínate, Theo, verte obligado a elegir si quieres vivir con tu padre o con tu madre. Un divorcio es un trauma emocional para un menor, y los daños perduran durante mucho tiempo. —Hizo una pausa mientras se rascaba la barba. Luego continuó—: Creo que tus problemas están relacionados con uno de los casos de divorcio de tu madre. Creo que el hijo de una de sus clientas va a tu escuela, y que ese chico te odia en secreto porque está muy descontento por cómo se está desarrollando el proceso de divorcio. Tu madre siempre representa a la mujer, y esta casi siempre obtiene la custodia de los hijos, así que es probable que a ese chico no le guste su madre y quiera vivir con su padre, quien, por razones obvias, detesta a Marcella Boone. Este profundo odio hacia el abogado o abogada, en este caso tu madre, es bastante habitual en los casos de divorcio, y probablemente sea compartido por los hijos que se ven atrapados en medio del fuego cruzado.

Theo se sintió de pronto mucho más ligero: como si dos ladrillos, uno sobre cada uno de sus hombros, hubieran desaparecido de repente. ¡Qué idea tan brillante! A Theo nunca se le habría ocurrido. Pero Ike, su viejo y sabio tío, había logrado dar con ella.

—Quizá te preguntes —prosiguió Ike— por qué Marcella nunca ha mencionado nada de esto. Lo más seguro es que haya pensado en ello alguna vez, pero tu madre es una abogada tan celosa de la intimidad de sus clientas que con frecuencia los árboles no le dejan ver el bosque. Y es tan profesional que jamás se plantearía revelar los secretos de sus defendidas.

—¿Ni siquiera para proteger a su propio hijo?

—Theo, si tu madre llegara a pensar que podrías sufrir algún daño por parte de alguien implicado en uno de sus casos, no me cabe la menor duda de que haría todo lo posible para protegerte. Pero los abogados como Marcella pueden mostrar tal determinación a la hora de defender a sus clientes que en ocasiones desarrollan puntos ciegos. No ven lo que otros sí pueden ver. Y por otra parte, Theo, debes reconocer que la reacción de nuestro misterioso sospechoso ha sido bastante desproporcionada. No es precisamente el tipo de comportamiento que tu madre, o cualquier otra persona en su caso, podría haber previsto. Ella lleva tantos años trabajando en asuntos de divorcio que es muy probable que ni siquiera se le haya pasado por la cabeza que el hijo de alguna de sus clientas pueda perpetrar una venganza así.

—¿Debería hablar de esto con mi madre?

—Para preguntarle qué. ¿Cuál de sus clientas que esté pasando por un divorcio traumático lleva a sus hijos a tu escuela? Supongamos que ella te informara de un par de casos y que de ese modo pudieras reducir la lista de sospechosos. Y que, de alguna manera, no sé exactamente cómo, fueras capaz de demostrar que ese chico misterioso es el auténtico culpable. Entonces lo arrestan por robar en la tienda de informática, lo echan de la escuela y recibe todo lo que se merece. Tú quedas libre de

toda sospecha y él se ve metido en serios problemas, ¿no es así?

—Así es.

—Además, cabría la posibilidad de que tu madre también tuviera problemas. Su clienta no estaría nada contenta con ella porque, en parte, sería responsable de que su hijo se viera metido en un grave embrollo. Ese chico tendría que cumplir condena en un centro de detención de menores y, si eso sucediera, el dedo acusador podría apuntar a tu madre. A pesar de que el chico es culpable y merece ser castigado, la supuesta clienta podría tener la sensación de que su abogada ha violado el compromiso de confidencialidad. Eso pondría a tu madre en una situación muy delicada.

—¿Tienes algún plan?

—Yo siempre. ¿Has traído el portátil?

—Aquí lo tengo —respondió Theo, dando unas palmadas en su mochila.

—Perfecto. Vamos a conectarnos y a repasar las demandas de divorcio presentadas ante el Tribunal de Familia. Haremos una lista de todos los casos en los que Marcella ejerce actualmente como abogada. Revisaremos los procesos en curso más activos y anotaremos aquellos en los que haya niños de por medio, niños que vayan a tu escuela. En ese punto, la lista debería ser muy reducida.

Theo ya estaba sacando su portátil.

—Es una idea brillante, Ike.

—Ya veremos.

Las actas del secretario del Tribunal de Familia presentaban los divorcios divididos en varias categorías: Contencioso-De mutuo acuerdo; Activo-Inactivo; Con hijos-Sin hijos; En proceso de descubrimiento-En espera de juicio. Al cabo de media hora, con Theo tecleando suavemente en su portátil e Ike con fuerza en su voluminoso ordenador de sobremesa, tenían una lista de veintinueve casos activos de divorcio en los que Marcella Boone representaba a la mujer. De estos, tres estaban dentro de la categoría «Sin hijos», por lo que fueron descartados. Otros cinco estaban catalogados como «De mutuo acuerdo», e Ike pensaba que estos también debían ser eliminados. Los divorcios de mutuo acuerdo se resuelven de manera mucho más rápida y sencilla y no suelen suscitar los sentimientos exacerbados que podrían llevar a alguien a pinchar ruedas o a tirar piedras por una ventana.

—¿Qué significa «reservadas»? —preguntó Theo mientras revisaba los registros.

—Significa que tenemos problemas —replicó Ike—. Me había olvidado de las actas reservadas. En algunos procesos de divorcio, las alegaciones por mal comportamiento son especialmente desagradables, y cualquiera de las partes puede pedir al juez que restrinja el acceso a las actas judiciales y estén solo disponibles para los abogados implicados en el litigio. Nada puede salir a la luz pública. Esto podría conducirnos a un callejón sin salida, a menos, claro está, que entráramos en

los archivos de tu madre. De todos modos, sigamos investigando.

Ike hizo un inventario de los apellidos de los clientes implicados en los trece casos anotados, y Theo descargó el directorio de alumnos de la Escuela de Enseñanza Media Strattenburg. Al cotejarlos, la lista se redujo aproximadamente a la mitad y quedaron siete casos con chicos que podrían ir a la escuela de Theo. Sin embargo, algunos apellidos eran tan comunes que, de entrada, no podían ser ni incluidos ni excluidos. Había un Smith, un Johnson, un Miller y un Green. Al revisar los nombres, Theo se sintió un tanto aliviado: no conocía a ninguno de los jóvenes con los apellidos que aparecían allí.

Dos años atrás, cuando Theo iba a sexto curso, una niña llamada Nancy Griffin le contó que la señora Boone había sido la abogada de su madre en su reciente divorcio. El proceso había concluido felizmente y la señora Griffin estaba muy satisfecha con la labor realizada por la señora Boone. Aquella fue la primera vez que Theo comprendió que el trabajo de su madre podía afectar a sus amigos y compañeros. Más tarde le preguntó a su madre y quiso saber por qué no le había contado nada al respecto. Con mucho tacto y en tono muy serio, la señora Boone le explicó que, en su profesión, debían observar ciertas reglas éticas, y una de las más importantes era garantizar la estricta confidencialidad de los asuntos relacionados con sus clientas.

Ike garabateó algo en una libreta.

—Así pues —dijo—, tenemos siete posibles nombres, o siete casos de divorcio llevados por tu madre en los que están implicados alumnos de tu escuela. ¿Reconoces a alguno de ellos?

—La verdad es que no. Hay un chico llamado Tony Green que va a séptimo, pero no sabemos si corresponde a la familia Green que aparece en la lista. Aparte de él, ninguno me resulta familiar.

—Volvamos a las actas reservadas —propuso Ike, y Theo consiguió llegar a ellas unos diez segundos antes que su tío.

Había ocho procesos de acceso restringido con clave, identificados solo con el apellido del cónyuge que había presentado la demanda. Los nombres de los abogados no figuraban.

—Cabe suponer —dijo Ike— que el divorcio que buscamos está siendo un proceso muy desagradable y complicado. Los progenitores están batallando por la custodia, pero nuestro chico misterioso prefiere vivir con su padre. De otro modo, no atacaría al hijo de la abogada de su madre. ¿Tiene sentido?

—Supongo.

—Para que un padre obtenga la custodia, debe demostrar que la madre no es apta para criar a los hijos. La ley suele decantarse siempre por la mujer y es muy raro que el hombre consiga la custodia.

—Lo sé —convino Theo.

—Para demostrar que la madre no es apta, el padre debe alegar todo tipo de comportamientos

inapropiados por parte de la mujer. Y, por razones evidentes, las diligencias de esos procesos acaban siendo protegidas y de acceso restringido.

—Nuestro gozo en un pozo.

—Sí, a menos que miremos en los archivos de tu madre.

—¿Estás loco o qué?

—Sí, Theo, estoy loco, y además desde hace bastante tiempo. Y haré cualquier locura para descubrir quién te está acosando, hostigando e intentando hacer que te condenen por un grave delito. Llámame loco, pero tal vez sea el momento de romper algunas reglas. Ayer te metiste en una pelea e infringiste una regla. Pero el caso es que no tuviste otra elección, ¿verdad?

—Sí, supongo.

—No estoy hablando de infringir la ley, Theo. Echar un vistazo a los archivos de Marcella no sería ilegal. Tal vez no sería muy ético, pero no vamos a revelar ninguna información delicada. Y puede que sea la única manera de resolver este pequeño misterio.

—No sé, Ike...

—¿Qué sistema de almacenaje digital se emplea en el bufete?

—Se llama InfoBrief y es bastante básico, solo sirve para almacenar, catalogar y reducir el uso de papel.

—¿Quién tiene acceso a él?

—Yo no. Mis padres, Dorothy y Vince, y Elsa. Pero mi padre y Dorothy rara vez lo usan. Mi madre y Vince lo utilizan para guardarlo todo ordenado y encontrar lo que necesitan sin tener que rebuscar entre un montón de papeles. Además, conservan almacenada toda la información de las investigaciones judiciales.

—¿Puedes hacerte con la contraseña?

Theo se lo pensó durante un buen rato. Si conseguía la contraseña y se la pasaba a Ike, se convertiría en cómplice. Quizá no de un delito, pero sin duda sí de algo que preferiría evitar. Ya estaba con el agua al cuello. Y lo último que quería era que su madre se enfadara con él por invadir la privacidad de sus clientas.

—Mira, Ike, creo que voy a hablar con mi madre y a contarle lo que pienso de todo esto. Le expondré nuestra hipótesis y le pediré ayuda. Es mi madre, ¿lo entiendes?

—Es una idea magnífica, Theo, y tiene mucho sentido. Pero no lo hagas de momento. Veamos si podemos resolver este caso sin necesidad de involucrarla a ella. No me gustaría nada tener que pedirle a Marcella Boone que me pasara información delicada de alguna de sus clientas.

—¿No estaremos dando palos de ciego, Ike?

—Tal vez, pero por ahora es la mejor hipótesis de que disponemos. La policía no está buscando a nadie más porque están convencidos de que tú eres el ladrón. En cualquier instante podrían presentarse con una orden judicial para llevarte ante el Tribunal de Menores. Theo, si no encontramos pronto al verdadero ladrón, esta situación solo puede ir a peor. ¿Lo entiendes?

—Sí, créeme, lo entiendo.

—Escúchame bien, Theo. Hace ya un tiempo, yo era un abogado de éxito en Strattenburg, tenía un despacho cerca del de tu madre, al otro lado del pasillo, y contaba con muchos clientes. Llevaba una buena vida. Entonces un día se presentó la policía. Empezaron a hacerme preguntas y yo no tenía todas las respuestas. Más tarde volvieron con más preguntas, y luego con más. Yo no daba crédito a lo que me estaba ocurriendo, y poco a poco comprendí que se me venían encima problemas muy serios, pero que no podía parar aquello. Una vez que la maquinaria del sistema penal comienza a moverse en tu contra, es muy difícil detenerla. Hazme caso, Theo, yo he pasado por esto. Y es una sensación horrible. El cielo se desploma sobre ti y no tienes donde esconderte.

Era la primera vez en su vida que Ike le hablaba de sus problemas en el pasado, y Theo estaba alucinado. Decidió formular la pregunta que siempre había querido hacerle.

—¿Eras culpable, Ike?

Ike se quedó pensativo y al fin dijo:

—Hice algunas cosas malas, cosas de las que siempre me arrepentiré. En cambio tú, Theo, no has hecho nada malo, y por eso no me importa infringir algunas reglas para protegerte. Vayamos al fondo de esta cuestión, cuanto antes, y podremos deshacernos de la policía.

—Vale, vale.

—¿Puedes conseguirme la contraseña?

—Creo que sí.

Theo y Judge regresaron al bufete Boone & Boone procurando evitar de nuevo las calles más concurridas. El joven estaba tan sumido en sus pensamientos, y tan profundamente desconcertado, que se saltó una señal de stop y tuvo que esquivar a un cartero que pasaba. «¡Más cuidado, chico!», gritó el hombre, y Theo contestó «¡Perdón!» por encima del hombro. Judge iba corriendo delante, como si no quisiera que lo relacionaran con su amo.

Era la hora del almuerzo. Elsa y Dorothy se encontraban en la cocina, dando cuenta de sus ensaladas y hablando ambas al unísono. Theo pasó a hurtadillas sin que le vieran. El despacho de su madre estaba vacío. «Debe de estar muy liada en los juzgados», murmuró para sí. La puerta de Vince se hallaba abierta, pero no había nadie dentro. Por lo general, salía a comer. Su ordenador estaba encendido, como siempre, con el salvapantallas activado.

La manera más sencilla de tomar «prestada» una contraseña era obtenerla de uno de los cinco ordenadores que había en el bufete. Sus padres tenían uno cada uno, al igual que Vince, Dorothy y Elsa. Si Theo en realidad creyera que podía llegar tan lejos como para tomar «prestada» una contraseña, aquella era la oportunidad idónea. Sin embargo, le costaba lo suyo convencerse de que aquello era lo que había que hacer. Ike lo tenía claro, pero él no era su tío. Theo sabía que aquello no estaba bien; tal vez no fuera ilegal, pero no estaba bien.

Para Theo, la línea entre lo correcto y lo incorrecto, entre lo bueno y lo malo, siempre había sido muy nítida; sin embargo, ahora ya nada lo era. Todo lo malo se acumulaba a su alrededor. Estaba mal que alguien hubiera forzado su taquilla y colocara dentro material robado con el objetivo evidente de meterlo en serios problemas. Estaba mal que alguien lo acosara, le pinchara las ruedas y arrojara una piedra por su ventana. Theo no había hecho nada malo, y aun así lo trataban como a un delincuente. La policía se había equivocado de hombre; hacía mal al sospechar de él y no creer en su palabra, y si al final acababan acusándolo formalmente, ocurriría algo aún peor. Estaba mal que Theo se hubiera metido en una pelea, aunque su padre, Ike y Vince parecían creer que no había sido algo tan horrible. ¿Estaría mal que Theo infringiera una regla del bufete y robara una contraseña, todo ello con el propósito de impedir que las cosas se agravaran? ¿Acaso hacer algo malo podía ser el camino para conseguir el resultado correcto?

Todo le parecía demasiado confuso, pero Theo confiaba en Ike, y su tío estaba convencido de que robar la contraseña era lo que había que hacer.

Theo condujo a Judge hasta su despacho y le ordenó que se quedara allí durmiendo un rato. Cuando el perro estuvo tumbado en su camita, el chico volvió a desandar el pasillo, atento a las voces. Dorothy y Elsa hablaban de recetas. Del piso de arriba no llegaba ningún sonido: de todos era sabido que Woods Boone siempre se echaba una cabezadita a la hora del almuerzo. Theo se deslizó

furtivamente en el despacho de Vince, cerró la puerta y echó el pestillo. Se sentó en la silla del asistente legal y, con cuidado de no tocar nada del escritorio, inspeccionó el ordenador. La imagen del salvapantallas era una foto de muestra de una puesta de sol sobre el océano. Theo clicó en «Menú principal» y luego en «InfoBrief». Le pidieron la contraseña, así que salió y fue a «Mi PC». Clicó en «Escritorio», después en «Panel de control», luego en «Sistema y seguridad» y por último en «Contraseñas». Vince tenía un montón de ellas, y Theo se sintió fatal al mirarlas: contraseñas para cuentas de compras por internet, para móviles, dos sitios de citas, uno de viajes, juegos de fútbol americano virtual y al menos otra docena de páginas. Al final de la lista estaba InfoBrief, y Theo clicó: apareció la contraseña «Avalanche88TeeBone33». La apuntó rápidamente y fue a «Menú principal». Volvió a InfoBrief, introdujo la contraseña y la pantalla se quedó en blanco durante cinco segundos hasta que por fin surgieron las palabras «InfoBrief-Boone & Boone-Código de cuenta: 647R». Theo anotó el código y luego pulsó intro. Una larga lista de casos apareció en el monitor, nombres como «Denise Sneiter contra William B. Sneiter», y Theo supo que había encontrado los casos de divorcio de su madre. Salió rápidamente, activó el salvapantallas y se levantó de la silla procurando no tocar nada más. Respiró hondo, se acercó a la puerta y giró el pomo, convencido de que alguien esperaba al otro lado para abalanzarse sobre él. Pero el pasillo estaba despejado y el chico regresó a toda prisa a su despacho, donde su perro seguía durmiendo y él se sintió por fin a salvo.

Theo era consciente de que la cuenta de InfoBrief registraría una entrada a las 12.14 del viernes desde el ordenador de Vince, pero dudaba mucho que se descubriera pronto. Y si alguien le preguntaba, se limitaría a negarlo todo. Al fin y al cabo ya era viernes por la tarde y no era probable que ni Vince, ni su madre, ni nadie más accediera a InfoBrief hasta el lunes por la mañana. Y, lo más importante, el registro de entrada al sistema no era algo que se consultara o revisara regularmente.

Aunque hasta el momento todo había ido bien, Theo se sentía fatal por su pequeña fechoría. Seguía debatiéndose sobre si debería pasarle o no la contraseña y el código de cuenta a Ike, y conforme transcurrían los minutos se mostraba cada vez más contrario a la idea. Una cosa era colarse en el despacho de Vince y extraer las claves de acceso de su poco seguro ordenador, y otra mucho más grave dárselas a Ike para que abriera los archivos y fisgara en busca de información de carácter muy delicado.

Su madre llegó poco antes de la una. Había traído el almuerzo y comieron en la sala de conferencias junto con el señor Boone. Los ánimos estaban muy bajos, y hablaron de cualquier cosa menos de los problemas de Theo. Mientras este mordisqueaba su sándwich, estuvo tentado de sacar a colación la idea de que la conspiración contra él podría estar relacionada con alguno de los complicados casos de divorcio en los que trabajaba su madre, pero Ike le había dicho que esperara.

Así que esperó.

Theo estaba en su despacho, intentando hacer los deberes y mirando cómo las agujas del reloj avanzaban lentamente, cuando Elsa lo avisó a través del intercomunicador telefónico.

—Theo —dijo—, aquí hay alguien que quiere verte.

—¿Quién es? —preguntó, primero sobresaltado y luego temeroso de que la policía hubiera vuelto.

—Un amigo.

Se dirigió a toda prisa a la entrada del bufete. Junto al escritorio de Elsa, plantado con aire desmañado, estaba Griff. La última vez que lo había visto fue la mañana del día anterior, cuando, al igual que Theo, lo expulsaron de la escuela. Lo condujo hasta la sala de conferencias y cerró la puerta. Se sentaron en las macizas sillas tapizadas en piel y Griff miró a su alrededor.

—Qué sala más chula —exclamó—. ¿Es tuya?

—La uso a veces —dijo Theo—. Tengo un pequeño despacho en la parte de atrás.

Tras una incómoda pausa, Griff preguntó:

—¿Se han enfadado mucho tus padres?

—No ha sido para tanto. ¿Y los tuyos?

—No les ha hecho ninguna gracia. Castigado sin salir un mes, tareas extra en casa y dos semanas sin paga. Pero supongo que podría haber sido peor.

—Han sido bastante duros.

—Mira, Theo, la razón por la que estoy aquí es porque mis padres quieren que me disculpe por lo de la pelea. Así que te pido disculpas.

—No pasa nada —dijo Theo—. Yo también te pido disculpas. La verdad es que fue una estupidez, ¿sabes?

—Sí, una estupidez. Baxter es un bocazas y eso le trae muchos problemas.

—Baxter también se ha disculpado. Vamos a olvidarlo.

—Hecho. —Se produjo otra pausa. Estaba claro que Griff tenía algo más en mente—. Mira, Theo, corre el rumor de que la poli piensa que robaste un montón de material en Big Mac's y que encontraron una parte en tu taquilla. ¿Es eso cierto?

Theo asintió.

—Bueno, me resulta muy difícil de creer, porque no te veo entrando de noche en una tienda y robando material, ¿sabes? No es propio de ti.

—Díselo a la policía.

—Si quieres que lo haga, lo haré.

—Gracias.

—En fin, el caso es que Big Mac ha estado contando en la tienda que la policía ya ha cogido al ladrón, Theodore Boone, y que hallaron tres tabletas Linx 0-4 en tu taquilla. Parece que ese tipo también es un bocazas.

Los hombros de Theo parecieron hundirse un poco mientras miraba por la ventana.

—Eso parece.

—¿Quieres que te cuente algo de lo más extraño? Mi hermana Amy va a décimo curso y conoce a un chico llamado Benny. No es su novio ni nada de eso, solo un amigo. Ese tal Benny conoce a un chico llamado Gordy, y este le ha explicado que hace unos días, en el aparcamiento del instituto, un chaval le ofreció venderle una tableta 0-4. Nuevecita, todavía en la caja. Esos aparatos cuestan cuatrocientos dólares y ese chaval intentaba venderle uno por cincuenta. No cuesta mucho imaginar que era robado, ¿verdad?

—Verdad —replicó Theo, girándose de repente para mirar fijamente a Griff—. ¿Cómo se llama ese tipo?

—No lo sé, pero supongo que podría averiguarlo. ¿Cuántas 0-4 fueron robadas?

—No estoy seguro, pero supongo que más de tres, además de algunos móviles y portátiles.

—¿Por qué metería alguien la mercancía en tu taquilla y luego llamaría a la policía?

—Esa es la cuestión clave en todo esto, Griff, la pregunta a la que estamos intentando dar respuesta. Verás, no creo que en este momento haya por ahí muchas 0-4 robadas para venderlas de forma ilegal. Tenemos que averiguar el nombre del chico que está trapicheando con ellas. Y cuanto antes mejor. ¿Podrías hablar con tu hermana?

—Pues claro.

—Por favor, hazlo. Y de prisa.

Griff se marchó apresuradamente y Theo regresó a su despacho. La expulsión ya había llegado a su fin.

A las 15.45, su madre le dio permiso para abandonar el bufete por motivos personales. Theo se despidió de Judge y salió disparado en su bicicleta. Las clases ya habían acabado por ese día, y también por esa semana, y en las calles de Strattenburg se veía a muchos chicos dispuestos a jugar y

disfrutar de dos días de relax. A Theo le alegraba que la semana tocara a su fin. Había empezado el lunes con el pinchazo de su rueda delantera, y a partir de ahí todo fue cuesta abajo. Además, se sentía muy agobiado, y con razón. Si no averiguaba quién iba a por él, y pronto, la próxima semana podría ser aún peor.

El comandante Ludwig aguardaba en el sótano del edificio de la VFW, la sede de la Tropa 1440 de los boy scouts. La reunión estaba programada para que diera comienzo a las cuatro en punto, pero el Comandante esperaba siempre que sus chicos llegaran al menos cinco minutos antes. No soportaba la impuntualidad y gritaba y rezongaba cuando alguien se presentaba tarde por alguna razón. Theo llegó cuando faltaban tres minutos para las cuatro. Brian y Edward, dos amigos de la clase de Tutoría del señor Mount, ya estaban allí, junto con Sam, Isaac y Bart, tres alumnos de séptimo. Los seis aspiraban a conseguir la insignia al mérito de aviación y el comandante Ludwig iba a ser su asesor. El hombre había pilotado cazas de combate en los marines y en la actualidad trabajaba como instructor de vuelo a tiempo parcial en el aeropuerto de la ciudad.

Al principio, Theo estuvo un poco cohibido ante Brian y Edward, sus compañeros de clase. No estaba seguro de si debería sentirse avergonzado u orgulloso. ¿Cuántos rumores y habladurías habrían circulado por la escuela en su ausencia? Montones, se imaginó. El Comandante percibió la incomodidad en el ambiente y, sin más dilación, procedió a explicarles sus planes.

—Esto va a ser de lo más emocionante —dijo—. Llevo volando durante casi cuarenta años y puedo deciros que he disfrutado al máximo de todos y cada uno de esos minutos de vuelo. En estas sesiones vamos a estudiar los distintos tipos de aviones: impulsados por motores de pistón, por turbopropulsores y a reacción. También construiremos una maqueta que funcionará con pilas y que será capaz de alcanzar una altitud de sesenta metros. Eso os ayudará a entender los principios del vuelo (velocidad del viento, sustentación, resistencia, aerodinámica), así como las superficies de control (alergones, elevadores y timón de dirección). Aprenderéis a leer una carta aeronáutica y a trazar un trayecto para un vuelo real, que luego podréis poner en práctica utilizando un sofisticado software de simulación de vuelo. Visitaremos el aeropuerto de Strattenburg, examinaremos varios modelos de aviones y luego subiremos a la torre de control para observar cómo el controlador dirige el tráfico aéreo. Aquí no hay mucho tráfico, pero aun así resultará interesante que veáis cómo realiza su trabajo un controlador aéreo. Por último, aunque no menos importante, una vez que hayáis aprendido los principios básicos de la aviación tomaréis parte en un vuelo real. Con el permiso de vuestros padres, os llevaré de dos en dos en mi pequeño Cessna. Subiremos a unos mil quinientos metros de altitud y luego os dejaré que pilotéis el avión. Es decir, yo mantendré mis manos sobre los mandos en todo momento, pero experimentaréis una sensación muy real de estar controlando el vuelo. Haremos giros, ascensos y descensos. Escogeremos un día despejado para que podáis disfrutar de una perfecta panorámica a vista de pájaro del lugar donde vivís y del territorio circundante. ¿Qué os parece, muchachos? ¿Suena divertido?

Los chicos estaban extasiados, totalmente absortos en la perspectiva de semejante aventura. Los seis asintieron con avidez, y Theo logró olvidarse por el momento de sus problemas. El Comandante les pasó unos folletos explicativos referentes a las insignias al mérito de aviación y les explicó las tareas que debían realizar para la reunión del próximo viernes. Luego cogió una maqueta a gran escala de un avión, la misma que utilizaba en sus clases de instrucción de vuelo, y procedió a

describir sus distintas partes.

Theo, soñador empedernido, se puso a pensar en lo maravilloso que sería pilotar aviones, tanto cazas de combate como 747. Menuda vida... primero, participar en trepidantes combates aéreos sobre el campo de batalla; luego, viajar por todo el mundo como piloto de un lujoso avión comercial. Él siempre había querido ser abogado, pero en ese momento el mundo de las leyes había perdido gran parte de su atractivo. Ser piloto parecía mucho más emocionante.

A las cinco en punto el Comandante dio por finalizada la reunión, no sin antes recordarles que, para la próxima sesión, esperaba que todos hubieran cumplido debidamente con sus tareas. Los chicos comenzaron a desfilarse hacia la puerta despidiéndose de su instructor, y este aguardó a que la mayoría hubiera salido antes de decir:

—Espera, Theo, ¿puedo hablar contigo?

—Claro, Comandante —dijo Theo.

Los demás scouts se montaron en sus bicis y se marcharon. Theo y el Comandante se quedaron junto a la puerta.

—No es que sea asunto mío —dijo el Comandante—, pero he oído que las cosas no van demasiado bien, que estás teniendo problemas con la policía en relación con un robo. No quiero meterme donde no me llaman, Theo. Tan solo estoy preocupado.

El chico asintió y, por un instante, pensó que lo más sensato sería no comentar nada sobre el asunto. No obstante, con su cara circulando por todo internet, su nombre relacionado con el delito y declarado prácticamente culpable, le pareció una estupidez actuar como si aquello fuera algo de lo que no se pudiese hablar.

—Sí, señor —dijo—Por lo visto, soy el sospechoso número uno.

—¿Ha ido a verte ya la policía?

—Varias veces. —De hecho, Theo ya no recordaba cuántas—. No me creen, y parecen muy decididos a acusarme del delito.

—Eso es absurdo, Theo.

—Yo también lo pienso.

—Mira, Theo, trabajo como voluntario en el Tribunal de Menores. Si un chico con problemas necesita ayuda, alguien que le escuche y le aconseje, el tribunal me asigna como voluntario para echarle una mano. El chico tiene un abogado, claro, pero ya sabes lo ocupados que suelen estar. Yo trabajo en colaboración con el abogado para hacer lo que sea mejor para el chico. El caso es que conozco muy bien a los dos jueces del Tribunal de Menores. Si tú quieres, estaría encantado de hacer lo que fuera por ti; no como voluntario, ya que no lo necesitas, sino como alguien que podría hablar con los jueces de manera extraoficial. La idea de que te acusen de robo es totalmente ridícula.

Theo sintió un nudo en la garganta, pero consiguió decir:

—Gracias, Comandante.

—Sé que eres inocente, Theo, y haré lo que sea para ayudarte.

—Gracias —dijo el joven, intentando ocultar su emoción.

El Comandante estrechó la mano de Theo, le dio una palmadita en la espalda y cerró la puerta tras de sí. El chico se dirigió hacia el aparcamiento, se montó en la bicicleta y, al empujarla, notó algo extraño: la rueda delantera estaba desinflada.

Theo sintió una dolorosa punzada en el estómago. No estaba seguro de si era de rabia, de miedo, o de ambas cosas. Miró alrededor para ver si alguien lo vigilaba, luego bajó la vista hacia la rueda y pensó en qué debería hacer a continuación. No se le ocurrió nada. Estaba tan furioso y confundido que su cerebro era un caos total. Se bajó muy despacio de la bicicleta y examinó la rueda delantera: el pequeño corte le resultaba familiar.

Decidió no molestar al Comandante, así que empezó a empujar la bicicleta por el aparcamiento de la VFW hasta la acera. A medida que caminaba, podía pensar con más claridad. ¿Cuánta gente sabía que acudiría a una reunión de insignias al mérito el viernes a las cuatro de la tarde? De pronto tuvo cinco sospechosos, sus compañeros scouts: Brian y Edward, de su clase de Tutoría, y Bart, Isaac y Sam, de séptimo curso. Habían aparcado sus bicis en la misma hilera de soportes que Theo y, cuando el Comandante lo llamó y demoró su partida, proporcionó a alguno de ellos el tiempo necesario para clavar la navaja en su rueda delantera.

El bufete se encontraba a unas diez manzanas de distancia. Theo se sentía ya muy cansado, así que llamó al móvil de su padre. Para su sorpresa, respondió. Woods Boone tenía aversión al móvil y casi nunca lo cogía.

—Papá, soy yo.

—Ya, Theo, sé leer las palabras que aparecen en la pantallita. ¿Qué ocurre?

—Han vuelto a pincharme la rueda delantera. Completamente desinflada. Ha sucedido a la entrada de la VFW, mientras charlaba con el Comandante.

—¿Dónde estás ahora?

—En Bennington Street, cerca de la Catorce.

—Quédate ahí. Llegaré en diez minutos.

Theo se sentó en el banco de una parada de autobús, con su inutilizada bicicleta cerca, y pensó en Brian y Edward. Ambos eran chicos de buena familia. Sus taquillas estaban muy próximas a la de Theo. Pero ninguno de ellos tenía razones para pincharle las ruedas, lanzar piedras por su ventana,

entrar a robar en una tienda de informática y esconder parte del material en su taquilla. Theo los consideraba sus amigos. No conocía tan bien a los otros scouts de séptimo, aunque todos los compañeros de la tropa se llevaban bastante bien. El Comandante insistía en ello. El padre de Sam era médico y su madre, dentista. Theo no se lo imaginaba comportándose como un vándalo. Bart era un estudiante de sobresaliente y, probablemente, el chico más encantador del mundo. De los cinco, el único que podría ser sospechoso era Isaac Scheer, un chico callado al que se veía a menudo de mal humor o preocupado, que llevaba el pelo un poco largo y escuchaba heavy metal. La familia Scheer era un tanto problemática. Una de sus hermanas había sido arrestada por un asunto de drogas. El padre casi siempre estaba en paro y se rumoreaba que le gustaba vivir de los ingresos de su mujer.

Y, lo más importante, Isaac tenía un hermano mayor que iba al instituto. El equipo de detectives de los Boone creía que los ataques a Theo habían sido obra de al menos dos personas, así que Isaac y su hermano encajaban a la perfección. Aunque, como siempre, a la hora de buscar sospechosos, a Theo le descolocaba totalmente el asunto del móvil. ¿Por qué Isaac y su hermano, o para el caso cualquiera, se tomarían tantas molestias para arruinarle la vida? No tenía ningún sentido.

El señor Boone llegó en su monovolumen. Abrió la puerta de atrás, cogió la bici de Theo y la metió en el maletero, encima de sus palos de golf. Judge, que había venido de copiloto, fue relegado al asiento trasero. Theo se sentó delante, con los brazos cruzados y los ojos clavados al frente. Nadie dijo nada hasta que el chico se dio cuenta de que no se dirigían a casa.

—¿Adónde vamos, papá? —preguntó.

—A la comisaría.

—Vale. ¿Por qué?

—Porque quiero que los detectives vean de primera mano lo que les hemos estado contando. Alguien te está acosando y tratando de incriminarte en un delito que no has cometido.

A Theo le gustó la idea. Aparcaron cerca de la comisaría. «Espera aquí», le dijo su padre antes de cerrar la puerta y encaminarse hacia el edificio policial. Pasaron los minutos mientras Theo se dedicaba a hablar con Judge, explicándole lo que estaba ocurriendo aunque el perro lo miraba un tanto confuso. El señor Boone regresó con el detective Vorman, abrió la puerta del maletero y levantó un poco la bici hasta dejarla apoyada sobre el parachoques trasero. Theo se apeó del monovolumen y se acercó para unirse a la conversación.

—Mire esto —dijo el señor Boone con firmeza, alzando la parte delantera de la bicicleta y señalando el agujero en el lateral de la rueda.

Vorman la examinó de cerca y tocó el neumático.

—Se trata sin duda de un pinchazo intencionado —confirmó.

—Y tanto que lo es —replicó el señor Boone.

—¿Y dónde ha ocurrido? —preguntó Vorman.

—En el aparcamiento de la VFW, en el mismo lugar donde el martes pasado le pincharon la rueda trasera.

—¿Y qué se supone que debo hacer con esto? —planteó Vorman.

El señor Boone empujó la bicicleta al fondo del maletero y cerró la puerta bruscamente.

—Se supone que debe comprender que quien sea que va por ahí pinchando ruedas y lanzando piedras contra las ventanas de nuestro bufete es la misma persona que está intentando incriminar a mi hijo en el robo. Eso es lo que se supone que debe hacer con esto. Debe entender que están perdiendo el tiempo investigando a Theo y acusándolo del delito.

«Machácalo, papá», estuvo a punto de decir Theo.

—¿Cómo está tan seguro de que esos delitos están relacionados? —preguntó Vorman con su habitual aire displicente.

—Le aseguro que están relacionados, y hasta que no comprendan que es así no van a averiguar quién entró a robar en la tienda de informática. Pero, mientras siguen malgastando su tiempo, dejen en paz a mi hijo. El no es culpable.

—Por supuesto que no lo es, pero, claro, usted es su padre, ¿no? —repuso Vorman, alzando la voz con irritación manifiesta—. Ojalá me dieran un dólar por cada padre y cada madre que juran y perjuran que sus adoradas criaturas son inocentes. Nosotros llevamos esta investigación, señor Boone, y no necesitamos su ayuda. Y de momento, y hasta que no descubramos algo que indique lo contrario, su hijo sigue siendo nuestro principal sospechoso. Todos los indicios apuntan a él.

Vorman señaló a Theo con un dedo acusador, luego se dio media vuelta y se marchó.

Theo se sintió mucho peor mientras se alejaban en el coche, y supuso que su padre también. Gil's Wheels estaba cerrada, así que se dirigieron a casa.

—¿Vendrás mañana a jugar al golf? —preguntó el señor Boone.

—Claro —respondió Theo sin ningún entusiasmo.

—Han anunciado lluvia.

—Entonces seguro que llueve.

¿Por qué no acabar una semana tan terrible con un chaparrón torrencial y un recorrido en el campo de golf pasado por agua?

Los viernes solían ir a cenar a Malouf's, un restaurante libanés con un pescado excelente, pero ni Theo ni sus padres estaban de humor. Se sentían exhaustos después de aquella semana tan larga y extraña. La angustia constante había pasado factura a su estado de ánimo. Durante los tres últimos días, Theo apenas había pensado en otra cosa que en ser falsamente acusado, arrestado y enviado a un centro de detención de menores. Y también era consciente de que sus padres estaban mucho más preocupados de lo que trataban de aparentar. La última rueda pinchada había alterado sus nervios aún más.

Después de cenar un sándwich y un plato de sopa, Theo se excusó y se fue a su habitación. A lo largo de la tarde Ike le había enviado tres mensajes, preguntándole si había conseguido la contraseña del sistema de almacenaje digital del despacho de abogados. Theo aún no le había respondido porque no quería verse forzado a infringir una regla no escrita del bufete. Robar la contraseña del ordenador de Vince había sido un acto deshonesto, que pesaba con fuerza sobre su conciencia. Dársela a Ike no haría más que aumentar su sentimiento de culpa. Sin embargo, por otra parte, estaba harto de no poder hacer nada y de ser el blanco de una conspiración cuidadosamente planificada. Había llegado el momento de pasar al ataque. La policía parecía decidida a cargarle el muerto. El reloj seguía avanzando, el tiempo corría en su contra y la situación podría empeorar en cualquier momento.

Llamó a Ike, que seguía aún en el despacho.

—Ya era hora —dijo su tío, irritado—. ¿Has conseguido la contraseña?

—Sí, la tengo, Ike, pero antes tendrás que convencerme de que estamos haciendo lo correcto.

—Ya te lo he dicho, Theo. No vamos a infringir ninguna ley. Tan solo estamos husmeando un poco, eso es todo. Míralo desde otro ángulo, Theo. Cuando vas de aquí para allá por las oficinas de Boone & Boone, ves documentos por todas partes, ¿verdad?

—Así es.

—Es un despacho de abogados. Hay carpetas sobre los escritorios, apiladas pulcramente en los ficheros, olvidadas sobre la mesa de la sala de conferencias, asomando de un maletín abierto, montones de documentos a la espera de ser archivados. Papeles y más papeles por todas partes. Ahora dime, Theo: ¿no has cogido alguna vez una de esas carpetas y la has hojeado?

Tras una leve vacilación, Theo respondió:

—Sí.

—Por supuesto que lo has hecho, y no has infringido ninguna ley. Y tampoco has quebrantado ninguna norma ética porque aún no eres abogado. Tan solo has estado curioseando, eso es todo. Husmeando un poco. Eso es todo lo que estamos haciendo, Theo: husmear. La mayoría de los documentos del bufete están ahora almacenados en una cámara acorazada digital, disponibles para

que el personal de la firma tenga un mejor acceso a ellos. Y son los mismos documentos en papel que circulan por todo el despacho, los mismos a los que en alguna ocasión has echado un vistazo.

—Comprendo, Ike, pero sigue sin parecerme bien.

Ike respiró pesadamente al otro lado de la línea y Theo se preparó para recibir una dura réplica. No obstante, su tío dijo en tono calmado:

—Theo, solo trato de ayudarte. Míralo de esta manera. La información que encontremos quedará entre tú y yo. No vamos a compartir los secretos de los clientes con nadie. Su privacidad no se verá comprometida en ningún sentido. Tan solo intentamos resolver un misterio y, si somos capaces de hacerlo, nadie sabrá nunca que hemos estado husmeando en los archivos.

—Pero, si accedes a la cámara digital, tu entrada quedará registrada.

—No te preocupes por eso, Theo. Usaré un código encriptado que nadie podrá rastrear. En esto voy siempre un paso por delante de ti, muchacho. No soy uno de esos típicos friquis informáticos de penúltima tecnología.

—No he dicho que lo fueras.

—Y apostarí a que el registro de entradas se comprueba aproximadamente una vez al año, ¿no es así?

—Seguramente.

—Dame la contraseña, Theo.

—Avalanche88TeeBone33.

—Deletréala.

El chico la repitió muy despacio y luego le dio el código de cuenta.

—Bien hecho, Theo. Me pondré manos a la obra.

Theo se tumbó en la cama y se quedó mirando al techo. Ike era un hombre inteligente y había sido un brillante abogado. Sin embargo, a menudo tenía ideas un tanto extrañas. Su teoría de que los problemas de Theo podrían estar relacionados con alguno de los complicados casos de divorcio de su madre estaba bastante pillada por los pelos. Pero, al menos, tenía una teoría. Theo seguía dándole vueltas al tema de Isaac Scheer, pero cuanto más pensaba en ello menos convencido estaba de que el chico pudiera ser sospechoso.

Le envió un mensaje a Griff: «¿Ha habido suerte con el nombre del chaval que vende las 0-4?».

Esperó unos diez minutos. Luego apagó el móvil.

El sábado por la mañana Theo se despertó con el ruido de una fuerte tormenta y de las gotas que repiqueteaban contra la ventana. Salió lentamente de la cama y apartó las cortinas para echar un vistazo. El agua se acumulaba formando charcos en el patio trasero. No habría golf ese día. Judge siguió a Theo escaleras abajo hasta la cocina, donde el señor y la señora Boone estaban ocupados preparando tortitas y salchichas y, por supuesto, hablando del tiempo. Theo no entendía esa obsesión de los adultos con el tema del tiempo: por mucho que hablaran de él, no iban a cambiarlo.

La ciudad echaba humo con la noticia de que Pete Duffy había sido visto en el aeropuerto internacional O'Hare de Chicago. Al parecer intentaba comprar, pagando en efectivo, un billete solo de ida a Ciudad de México, pero le hicieron esperar cuando el encargado de ventanilla percibió algo extraño en su pasaporte falsificado. Este avisó a su supervisor, y entonces Duffy huyó del mostrador de ventas y se perdió entre la multitud. El FBI lo identificó por una huella en su pasaporte y tras analizar las imágenes de las cámaras de seguridad. En primera página del periódico de Strattenburg aparecía una foto del nuevo aspecto de Duffy, y, en opinión de Theo, apenas se le reconocía. Llevaba una especie de boina y unas gafas de montura gruesa, se había dejado crecer la barba y tenía el pelo rubio, casi blanco.

—El FBI dispone de una tecnología que permite aumentar la foto de una cara para detectar detalles que no son visibles a simple vista —estaba explicando el señor Boone, como si fuera un gran experto en las técnicas de identificación empleadas por el FBI.

Theo estaba sentado a la mesa, desayunando tortitas y dándole trocitos a Judge sin apartar la vista de la fotografía de Duffy. Daba las gracias por que el hombre ocupara de nuevo las primeras páginas de los periódicos. Quizá aquello reavivara el interés de la ciudad por Pete Duffy y se olvidara durante unos días de su otro delincuente: Theo Boone.

—Me pregunto dónde se habrá metido toda esta semana —dijo la señora Boone mientras sorbía su café y leía las esquelas.

—Supongo que preparándose su nueva identidad —repuso el señor Boone—. Arreglándose el pelo, dejándose crecer la barba. ¿Una boina? Por favor... Un tipo que se pasee por el aeropuerto O'Hare con una boina llamaría la atención de cualquiera.

—Pues no se parece en nada a Pete Duffy —dijo Theo.

—Es él —aseguró el señor Boone con absoluta certeza—. Se ha cambiado de imagen, ha reunido dinero en efectivo y ha conseguido papeles nuevos, aunque por lo visto no muy buenos, y a punto ha estado de lograr escaparse.

—A mí también me gustaría escaparme —comentó el chico.

—Theo... —dijo la señora Boone.

—Es cierto, mamá. Me gustaría marcharme de aquí y esconderme en cualquier parte.

—Todo se arreglará, Theo —dijo el señor Boone.

—¿Ah, sí? ¿Y tú cómo lo sabes? Tengo a la policía encima, dispuesta a llevarme ante el Tribunal de Menores. Y hay un acosador loco que va persiguiéndome por toda la ciudad con una navaja para volver a pincharme las ruedas de la bici. Claro, papá, todo se va a arreglar de maravilla.

—Tranquilo, Theo. Eres inocente y lo demostraremos.

—Muy bien, papá, esa es la cuestión. ¿Piensas que la persona que robó en Big Mac's es la misma que me ha pinchado las ruedas, que tiró la piedra por la ventana y que ha difundido toda esa basura por internet?

El señor Boone masticó un trozo de salchicha durante unos segundos y luego respondió:

—Sí.

—¿Y tú, mamá?

—Yo también opino lo mismo.

—Pues ya somos tres. Para mí está muy claro. Entonces, ¿por qué no conseguimos convencer de ello a la policía?

—Estoy seguro de que lo lograremos, Theo —dijo el señor Boone—. Todavía están investigando cómo entraron a robar en la tienda. Confío en la policía y sé que acabarán cogiendo a los delincuentes.

—Bueno, pues yo creo que ya han decidido que lo hice yo. Ese tal Vorman piensa que estoy mintiendo. No me gusta ese hombre. Me da escalofríos.

—Todo se solucionará, Theo —dijo la señora Boone, dándole unos golpecitos en el brazo.

El chico percibió cómo ella dirigía la vista hacia su marido. Sus padres se sostuvieron la mirada durante poco más de un segundo, pero sus ojos no traslucían ninguna confianza. Estaban tan preocupados como Theo, si no más.

Después del desayuno, Theo y su padre fueron en coche a Gil's Wheels para que le cambiaran una vez más la rueda de la bici. A petición del señor Boone, Gil desapareció en la trastienda para buscar los dos primeros neumáticos pinchados. El señor Boone tenía ahora en sus manos las tres ruedas dañadas. Pagó las dos últimas, y luego le dio a Gil los ocho dólares que Theo debía aún de la primera. El propietario de la tienda les aseguró que no había ninguna epidemia de ruedas pinchadas

en la ciudad; de hecho, solo había visto tres en toda la semana, y todas pertenecían a Theo.

Cuando salieron había dejado de llover, pero el ciclo seguía encapotado y con aspecto amenazador. Theo y su padre hablaron un momento de acercarse al campo de golf y esperar a ver si mejoraba el tiempo. Sin embargo, el suelo estaría empapado y, si el club abría avanzada ya la mañana, estaría lleno de gente. Theo sabía que era preferible no jugar a tener que hacerlo en un campo abarrotado. Finalmente decidieron que no era una buena idea.

Ike le había enviado dos mensajes esa mañana diciéndole que quería verle. Cuando regresaron a casa, Theo estuvo dando vueltas de un lado a otro sin saber qué hacer y mirando por la ventana para ver si escampaba. Al cabo de una hora, anunció que estaba aburrido y les dijo a sus padres que Ike le había invitado a almorzar. Estos le dieron permiso y Theo se marchó en su bici.

Ike tenía peor aspecto del habitual. Sus ojos se veían hinchados y enrojecidos, con unas ojeras profundas y oscuras.

—He estado despierto toda la noche —dijo mientras Theo tomaba asiento—. Me he pasado la noche entera leyendo expedientes de divorcios. ¿Y quieres saber una cosa, Theo? Hay un montón de gente desdichada por ahí que necesita divorciarse cuanto antes. Nunca me había deprimido tanto. No entiendo cómo tu madre puede hacer ese tipo de trabajo un día tras otro. Las mujeres acusan a los maridos de todo tipo de conductas terribles. Los maridos acusan a las esposas de cosas aún peores. Se sacan los ojos para ver quién se queda con la casa, los coches, las cuentas bancarias, los muebles... Pero, créeme, cuando se trata de determinar quién se queda con los hijos, la guerra es a muerte. Algo horrible.

El chico permaneció sentado, escuchando. Ike se mostraba hiperactivo, seguramente acelerado a base de cafés y de alguno de sus potentes y vigorizantes zumos que proporcionaban energía al instante. Volvió al ataque:

—Así que sigo apostando por mi hipótesis. ¿Y tú?

—Claro, Ike. Es la mejor que tenemos hasta ahora.

—Gracias.

—Ayer volvieron a pincharme una rueda, en la VFW.

Ike hizo una pausa mientras sopesaba la nueva información y luego tomó otro trago de café.

—Hay que cogerlos, Theo.

—La policía no me cree, Ike.

—Tenemos que actuar deprisa. —Ike cogió su libreta y pasó unas cuantas páginas—. He encontrado un par de casos sobre los que deberíamos indagar. Los dos son divorcios traumáticos incluidos en las actas reservadas, lo que significa, claro, que el acceso a la documentación está restringido y solo está disponible para los abogados implicados. El primer caso es el del señor y la señora Rockworth. No voy a aburrirte con los detalles, pero resulta lógico pensar que al señor Rockworth no le caiga muy bien tu madre. Dos niños de por medio y una batalla encarnizada para ver quién se queda con la custodia, con ambos progenitores sacando toda la artillería para demostrar que el otro no es apto para criar a los hijos. Después de un juicio muy tenso, la mujer obtuvo la custodia y al marido se le concedió un régimen de visitas abierto para ver a los niños, que ahora están en tratamiento. El juez ordenó al señor Rockworth pagar dieciocho mil dólares al bufete Boone & Boone por las costas judiciales. ¿Conoces a alguien llamado Rockworth?

—No. ¿Qué edad tienen los hijos?

—El chico tiene doce años y va a séptimo en tu escuela. La hermana mayor tiene quince. Ambos dejaron claro que querían vivir con el padre. La familia se instaló aquí hace un par de años, lo cual explicaría que no hayas oído hablar de ellos.

—¿Son tus principales sospechosos?

—Oh, no, tan solo una posibilidad. Tengo unos candidatos mucho mejores: ¡los belicosos Finn! El proceso de divorcio está lejos de acabar y hay un juicio previsto para el mes que viene. Esa gente se ha gastado hasta el último centavo en intentar demostrar cuál de los dos es más miserable. La señora Finn está bastante loca y ha estado ingresada en un psiquiátrico. Al señor Finn le cuesta mantenerse sobrio y le gusta demasiado el juego. Todo tipo de malos hábitos por ambas partes. Tres hijos, aunque la mayor, de dieciocho años, ya se ha marchado de casa. Los otros dos tienen doce y catorce años, ambos chicos, y no les gusta nada vivir con la señora Finn, a la que, naturalmente, representa tu madre. Todos se hacen muy mala sangre, Theo, y no cuesta nada suponer que tanto el señor Finn como los dos chicos sienten un profundo odio hacia tu madre y hacia cualquiera que se apellide Boone. El proceso de divorcio se ha prolongado durante más de un año y va para largo. Esa gente ha quedado bastante desquiciada.

—¿Cómo se llaman los chicos?

—Jonah Finn, doce años, séptimo curso. Jessie Finn, catorce años, noveno curso.

Theo cerró los ojos e intentó asociar los nombres a alguna cara, pero no lo consiguió.

—No me suenan.

—Pensaba que eras un chico muy popular en la escuela, Theo. ¿No conoces a todo el mundo?

—Estoy en octavo, Ike. No nos relacionamos con los de séptimo, y los de séptimo tampoco se relacionan con los de sexto, y así sucesivamente. Vamos a clases diferentes, tenemos horarios distintos. ¿Qué sabes de esos chicos?

—Lo básico o poco más, al menos por lo que respecta al pequeño, Jonah. El tribunal les ha asignado un tutor para velar por sus intereses, y ambos han expresado firmemente que desean vivir con su padre. La madre, a través de su experta abogada, afirma que los chicos prefieren vivir con el padre porque este les deja hacer lo que quieren, incluido fumar y beber cerveza. ¿Te imaginas a un chaval de séptimo bebiendo cerveza por la casa con su propio padre?

—No, no me lo imagino. Deben de ser unos chicos bastante difíciles, ¿no?

—Han llevado una vida muy dura, cambiando constantemente de casa y de escuela. No han tenido mucha estabilidad. Sí, diría que esos chicos han estado bastante desatendidos y no les ha quedado otra que apañárselas por sí solos. El año pasado pillaron a Jessie con marihuana y tuvo que comparecer ante el Tribunal de Menores. Le concedieron la libertad vigilada. Hace unos tres meses los chicos fueron enviados a un hogar de acogida, una especie de piso franco donde alojarse hasta que se hubiera resuelto el tema del divorcio, pero no paraban de escaparse. En este momento viven con su madre, que trabaja en el turno de noche en el hospital. Dudo que les preste demasiada atención. Su vida es un desastre, Theo, y me atrevería a asegurar que esos dos chicos son nuestros sospechosos principales. Todo encaja: un equipo de dos; un fuerte odio hacia tu madre; el móvil para cobrarse la venganza en tu persona; aptitudes y oportunidad para cometer actos vandálicos e incluso robar en una tienda de informática. Necesitamos recabar más información sobre esos chicos.

—¿No estará mi madre implicada por casualidad en el divorcio de unos tal Scheer?

—No —dijo Ike tras consultar sus notas—. ¿Por qué?

—Solo era un presentimiento. Un chico que conozco de los scouts y que se comporta de manera un tanto diferente del resto, eso es todo.

—No aparecen en los archivos.

Se produjo un largo silencio mientras ambos reflexionaban acerca de la situación. Ike dio un buen trago a su café mientras Theo miraba fijamente al suelo.

—Tengo que hablarte de mi amigo Griff —dijo Theo al fin.

Le contó la historia de la hermana de Griff, Amy, y del amigo de esta, Benny, y del amigo de este, Gordy, y de cómo en el aparcamiento del instituto un chaval desconocido le había ofrecido al tal Gordy una tableta nueva Linx 0-4 por cincuenta dólares. Los enrojecidos ojos de Ike se iluminaron al oír la historia.

—Eso puede ser importante, Theo.

—¿Y si Jessie Finn es el chaval que está intentando vender la tableta? —preguntó el chico.

—Tienes que averiguarlo, Theo.

—Pero ¿cómo?

—Si conseguimos hacernos con una de las tabletas robadas, la llevaremos directamente a comisaría para que comprueben el número de registro. Si la tableta ha salido de Big Mac's, entonces la policía dejará de molestarte y se dedicará a perseguir a esos pequeños matones de los Finn.

Ike se sacó la cartera de un bolsillo de atrás, la abrió y empezó a contar dinero. Le tendió a Theo dos billetes de veinte y uno de diez.

—Toma, cincuenta dólares. Guárdalos bien. Ve a buscar a Griff y dile que hable con su hermana. Tienes que conseguir que colaboren, Theo.

El chico cogió el dinero, se levantó y se lo guardó en el fondo del bolsillo. Tras volver a sentarse, dijo:

—Pero ¿y si la cosa no funciona? ¿Y si ese tal Gordy no quiere tener nada que ver con una tableta robada, o si el chaval ya se la ha vendido a alguien?

—Si no lo intentamos nunca lo sabremos. Hazlo, Theo. Tienes que hacerlo. Y, mientras tanto, averigua todo lo que puedas sobre Jonah y Jessie Finn.

—Gracias, Ike.

—Y no te preocupes por el hecho de que haya estado husmeando en los archivos de tu madre. Si los Finn son los culpables y resolvemos este misterio, hablaré con Marcella y con Woods y cargaré con toda la culpa. Créeme, he tenido que soportar cosas mucho peores.

—Gracias, Ike.

—Eso ya lo has dicho. Y ahora largo de aquí.

—¿Qué hay del almuerzo?

—No tengo hambre. Tengo sueño. Nos vemos luego.

Los chubascos habían cesado, pero el cielo seguía mostrando un aspecto amenazador. Theo se dirigió a toda velocidad hacia el parque Levi, emplazado en un risco sobre el río Yancey, en el extremo oriental de Strattenburg. Mientras pedaleaba furiosamente, confiaba en que la lluvia no hubiera obligado a cerrar el Mercado de los Granjeros, ya que sentía mucha curiosidad por ver cómo le estaba yendo a la llama Lucy. ¿Habría vuelto a atacar a Buck Baloney? ¿O la habría emprendido con su compañero Frankie? ¿Se vería Theo obligado a comparecer de nuevo ante el Tribunal de Animales para intentar salvar una vez más a la querida mascota de la señorita Petunia?

El mercado aún estaba abierto. La mayoría de los vendedores se refugiaban bajo la cubierta de sus tenderetes, mientras los clientes deambulaban de aquí para allá cargados con bolsas de la compra y paraguas. El suelo estaba anegado y fangoso, y todos los zapatos y botas llevaban pegada una capa de al menos dos centímetros de barro en la suela. Lucy se hallaba junto al puesto de la señorita Petunia, totalmente empapada pero sin que ello pareciera afectarla en absoluto. Cuando dos niños se pararon a contemplarla boquiabiertos, el aspecto del animal era de lo más inofensivo. Más allá, al otro lado de la entrada principal, un hombrecillo de uniforme marrón comía palomitas y hablaba con una señora que vendía perritos de maíz empanados. Theo supuso que sería Frankie. A Buck no se le veía por ninguna parte.

Saludó a la señorita Petunia, que se puso muy contenta al ver a su abogado. Lo abrazó y volvió a darle las gracias por su increíble hazaña ante el tribunal. La mujer le informó alegremente de que, en lo que iba de mañana, Lucy se había comportado muy bien, al igual que los dos guardias. No había habido escupitajos, ni persecuciones, ni nada fuera de lo normal. No se había producido ninguna queja.

Junto al puesto de la señorita Petunia se hallaba el de May Finnemore, donde esta vendía el queso de cabra que elaboraba artesanalmente. La mujer estaba sentada en una silla plegable haciendo punto, mientras que su mono araña, Frog, colgaba de uno de los postes que soportaban la cubierta del tenderete. Nadie había sabido darle una explicación lógica de por qué un mono araña se llamaba Frog, «rana». Se lo había preguntado a April, y en más de una ocasión, pero su respuesta siempre había sido: «Cosas de mi madre, Theo». Nadie entendía muy bien nada de lo que hacía May Finnemore. El chico intentaba evitarla en lo posible, pero ese día no lo hizo. La mujer se puso en pie y le dio un torpe abrazo.

—April está aquí —dijo.

—¿Dónde? —preguntó Theo, encantado de poder ver a su amiga.

A April no le gustaba nada ir al Mercado de los Granjeros y rara vez acompañaba a su madre a

vender su espantoso queso. Theo lo había probado en un par de ocasiones y le entraban ganas de vomitar solo con verlo u olerlo.

—Se ha ido por allí —contestó la señora Finnemore, y señaló una hilera de puestos.

—Gracias —dijo Theo, y se marchó tan rápido como pudo.

Muy atento para ver si divisaba a Buck Baloney, pasó de largo junto a docenas de vendedores, la mayoría de ellos a punto de recoger sus mercancías y cerrar ya sus puestos. April se encontraba cerca de un tenderete donde un anciano barbudo esbozaba a lápiz el rostro de una adolescente sentada en un pequeño cajón frente a él. Por solo diez dólares, «el señor Picasso» te hacía un retrato en menos de diez minutos. Tenía expuestos varios dibujos de muestra: retratos de Elvis, John Wayne y otros.

Theo se paró junto a April.

—Hola —saludó.

—Hola, Theo —respondió ella sonriente, y luego se giró para examinar más de cerca el rostro de su amigo—. Creía que te habían partido el labio.

—Y así fue. Pero la hinchazón ya ha bajado.

April pareció decepcionada con la herida.

—¿Qué tal la expulsión?

—Muy sobrevalorada. De hecho me he aburrido bastante. La verdad es que he echado de menos la escuela. —Comenzaron a andar despacio—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Mi madre me ha suplicado que viniera. Me ha dicho que, si Lucy empezaba a escupir a la gente, harían falta cuantos más testigos mejor. Hasta el momento, no ha sentido ninguna necesidad de hacerlo. Y a ti ¿qué te trae por aquí?

—He venido a echarle un vistazo a Lucy, para ver si necesitaríais otra vez mis servicios ante el Tribunal de Animales. ¿Podemos hablar? Es un asunto secreto.

—Claro.

April era una chica reservada que entendía muy bien la importancia de guardar los secretos. Su vida familiar era un desastre y a menudo le explicaba confidencias a Theo, que siempre la escuchaba con atención y diligencia. Ahora le tocaba a April escucharle a él. Se sentaron a una mesita cerca de un puesto de helados y, cuando Theo estuvo seguro de que nadie podía oírles, se lo contó todo a su amiga.

El encargado del puesto de helados iba a cerrar y tenía que llevarse la mesa. Theo y April echaron a andar de nuevo, deambulando tranquilamente hacia la entrada del mercado.

—Eso es terrible, Theo —dijo April—. No puedo creer que la policía te esté acusando.

—Yo tampoco, pero supongo que parezco bastante culpable.

—¿Qué piensan tus padres?

—Están preocupados, y tengo la impresión de que hablan mucho de ello cuando yo no estoy cerca. Ya sabes cómo son los padres.

—La verdad es que no. Tú tienes unos padres normales, Theo. Yo no.

Theo no supo bien cómo responder a eso.

—¿Y Ike opina que todo esto podría estar relacionado con un divorcio traumático?

—Sí, esa es su hipótesis, y es bastante buena. Es lo único que tiene algún sentido.

—Yo conozco a Jonah Finn.

—¿En serio?

—No muy bien, solo un poco.

—¿Cuál sería el informe de scout?

Se quedó pensativa mientras caminaba y al fin dijo:

—Problemático, solitario, inadaptado, un chico muy inteligente que saca malas notas. Creo que su familia está tan pirada como la mía.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Un chico de su clase, Rodney Tapscott, vive en mi calle, en la casa de enfrente de la mía. El y Jonah quedan de vez en cuando. ¿Conoces a Rodney?

—Sé quién es, pero en realidad no lo conozco. ¿No toca la batería?

—Lo intenta. Podemos oírlo desde el otro lado de la calle.

—¿Por qué no hablas con él?

—¿De qué?

—De Jonah Finn. Tengo que averiguar todo lo posible acerca de ese chico. Ahora mismo es mi único sospechoso y necesito cualquier información.

—Veré lo que puedo hacer.

—Y, April, esto es totalmente secreto. No deben pillarme husmeando por ahí, y tampoco podemos acusar a nadie de nada. Estamos dando palos de ciego.

—Entendido, Theo.

Aparte de April, Woody Lambert y Chase Whipple eran los dos amigos en quienes más confiaba Theo. Alegando que los tres necesitaban reunirse esa lluviosa tarde de sábado para preparar el próximo proyecto para la clase de Química, Theo convenció a sus dos amigos para quedar y hacer planes.

La verdad era que Chase era la última persona en el mundo con la que Theo se hubiera juntado para trabajar en un proyecto de Química. Era un chico brillante, un científico loco con un largo historial de experimentos con final catastrófico. Había provocado fuegos y explosiones, y ningún laboratorio estaba seguro cuando Chase se ponía manos a la obra. Tenía prohibida la entrada a cualquier laboratorio de la escuela a menos que hubiera cerca un profesor para vigilarlo estrechamente. Por su parte, a Woody no le interesaban las clases de Matemáticas ni de Ciencias, pero sacaba buenas notas en Historia y Gobierno.

Se reunieron en la sala de juegos del sótano de los Whipple y, después de jugar una media hora al ping-pong, fueron directos al grano. Aunque lo primero, cómo no, fue recordar la pelea. Chase, que nunca se había pegado con nadie en un arranque de ira, había presenciado toda la trifulca embargado por una gran excitación. Woody les contó que su madre le había gritado y luego se había echado a llorar. Su padre se limitó a encogerse de hombros y comentó: «Cosas de chicos».

Theo les hizo jurar que guardarían el secreto. Incluso los obligó a alzar la mano derecha y prometer que no revelarían nada, y cuando quedó plenamente convencido de que podía confiar en ellos les explicó toda la historia. Todo: las ruedas pinchadas, la ventana rota, la taquilla forzada, el material robado encontrado en su interior, las visitas de los detectives... todo. Luego les habló de las indagaciones que había estado haciendo Ike, aunque Theo no les confesó que fue él quien consiguió la contraseña del ordenador de Vince. Les explicó que su tío, tras revisar los archivos de los casos de divorcio llevados por el bufete, había identificado a un posible sospechoso, o sospechosos.

—Eso es genial —exclamó Woody.

—Y tiene sentido —añadió Chase—. La persona que está detrás de todo esto es alguien que te odia sin que tú ni siquiera seas consciente de ello.

Theo asintió, y luego les habló de los chicos Finn y del conflictivo divorcio de sus padres.

—Mi hermano va a décimo curso —comentó Woody—. Me pregunto si conocerá a Jessie Finn.

—Tenemos que averiguarlo —dijo Theo—. Esa es nuestra misión en este momento: descubrir todo lo que podamos acerca de esos dos chicos.

Chase fue arriba a buscar el portátil. Woody sacó su móvil para llamar a su hermano Tony, pero le salió el buzón de voz. Theo telefoneó a Griff, quien le informó de que aún no había conseguido el nombre del estudiante de noveno curso que ofrecía tabletas 0-4 robadas por cincuenta dólares. Griff le prometió que seguiría intentándolo.

La señora Whipple, que también era abogada y muy amiga de la señora Boone, les bajó una bandeja de galletas y un cartón de leche. Les preguntó cómo iba el proyecto de Química y los tres le aseguraron que estaban entusiasmados con los progresos que estaba consiguiendo. Cuando la mujer se marchó, Chase entró en la página oficial del Instituto Strattenburg y, después de explorarla durante unos minutos, anunció:

—Hay trescientos veinte alumnos de noveno en el instituto. ¿Y a que no adivináis cuántos se llaman Jessie?

—Cuatro —aventuró Woody.

—Tres —dijo Theo.

—Dos —respondió Chase—. Jessie Finn y Jessie Neumeyer. Tenemos que conseguir que Griff nos dé el nombre.

—Estoy en ello —repuso Theo.

—Griff... —masculló Woody—. La próxima vez que lo pille fuera de la escuela pienso atizarle de lo lindo. No puedo creer que me saltara encima de esa manera. Menuda sabandija.

—Déjalo ya —replicó Theo—. Ahora Griff está de nuestra parte. Y además se ha disculpado. Y Baxter también.

—Baxter no me ha pedido disculpas. Me gustaría ver cómo tiene el ojo ahora. Seguramente entre azul y morado.

Chase entró en Google Earth e introdujo la dirección de los Finn en Edgecomb Street, cerca de la universidad. Le dio al zoom y dijo: «Esta es su casa». Theo y Woody se inclinaron por encima del hombro de Chase y los tres observaron la imagen. La vivienda de los Finn era una estructura blanca de dos pisos, situada en una calle donde se alineaban otras casas prácticamente idénticas. No se apreciaba en ella nada diferente o destacable. En el patio de atrás había una pequeña piscina elevada y, junto a la valla, un cobertizo de almacenaje. Estaba bien disponer de aquella información, aunque en realidad no servía de mucho.

El móvil de Theo vibró en su bolsillo. Lo sacó, abrió la solapa y miró la pantalla.

—Es Griff—dijo.

Griff le contó que su hermana había podido contactar por fin con Benny, que a su vez llamó a Gordy. Este, de forma bastante reacia, le dijo que el chaval que vendía las tabletas 0-4 se llamaba Jessie algo, que no conocía su apellido y que tampoco sabía gran cosa de él. Griff le aseguró a Theo que su hermana no reveló en ningún momento el motivo de su interés, y el chico volvió a hacer hincapié en la necesidad de mantener una absoluta discreción.

—Por fin estamos consiguiendo algo —dijo Woody.

—¿Por qué no acudimos a la policía? —preguntó Chase—. Ellos pueden hablar con los dos Jessies de noveno curso y averiguar cuál de ellos está intentando vender el material robado.

—Es demasiado pronto —dijo Theo—. Supongamos que se trata de Jessie Finn. Cuando la policía lo aborde, ¿qué creéis que hará él? ¿Reconocer que tiene un alijo de ordenadores y móviles robados? ¿Caer de rodillas y confesarlo todo? Para nada. Se limitará a negarlo todo y, a menos que la policía encuentre en su mochila parte del material robado, no podrá hacer nada. El chico se asustará y ya nunca localizarán el botín.

—Theo tiene razón —intervino Woody—. Debemos comprarle la tableta y luego entregársela a la policía para que comprueben el número de registro.

—¿Y cómo se la vamos a comprar? —preguntó Chase.

—Ese es el quid de la cuestión —dijo Theo—. Lo primero que hay que hacer es ponerse en contacto con Gordy. Si él accede a ayudarnos, podrá quedar con Jessie Finn y realizar la operación.

—No conozco a ese tal Gordy —observó Woody—, pero dudo que sea tan estúpido. ¿Por qué querría verse involucrado en este embrollo? No podemos esperar de él que se haga con una tableta que sabe que es robada, y que luego nos la entregue para que se la llevemos directamente a la policía.

—No se meterá en problemas por ello —dijo Theo—. No si está ayudando a esclarecer un delito.

—Yo no lo tengo tan claro —objetó Woody.

—Estoy de acuerdo con Woody —convino Chase.

—¿Y qué hay de tu hermano Tony? —preguntó Theo.

—¿Estás seguro de que eso no le causará problemas?

—Completamente seguro. Si ayuda a la policía a recuperar material robado, le darán las gracias y unas palmaditas en la espalda. Resulta que sé un poco de leyes, ¿lo recordáis?

—¿Cómo íbamos a olvidarlo? —replicó Chase.

—Bueno —dijo Woody—, ya sabéis que Tony haría cualquier cosa. Es tan idiota que le encanta meterse en los jaleos de los demás. Me parece una gran idea, Theo. Pero ¿de dónde sacamos los cincuenta dólares?

—Ya los tengo —dijo Theo.

Woody miró a Chase, que comentó:

—No sé por qué no me sorprende.

—Vuelve a llamar a tu hermano —propuso Theo.

Woody sacó el móvil y sonrió mientras sonaban los tonos de llamada. Al fin dijo: «Eh, Tony, soy yo». Hablaron durante unos minutos, pero Woody no le mencionó nada de involucrarse en la compra de material robado. Le explicó que necesitaban que obtuviese de incógnito información acerca de un estudiante de noveno curso llamado Jessie Finn. Tony no lo conocía, pero dijo que empezaría a indagar.

Durante media hora, la camarilla de tres estuvo aportando ideas de cómo podían atrapar a los hermanos Finn, a los que para entonces consideraban ya culpables más allá de toda duda. Chase encontró sus fotos en un directorio de estudiantes e imprimió copias ampliadas de sus caras. Theo las escruto detenidamente, y se convenció de que nunca había visto antes a aquellos chicos. Jessie Finn tenía una página de Facebook (Jonah, no), y Chase la examinó a fondo, pero no encontró nada de interés que pudiera ayudarlos en su búsqueda de pistas. Woody, que estaba tirado en el sofá jugando a lanzar y recoger una pelota de ping-pong, se acordó de una historia.

—¿Sabéis?, todo esto tiene mucho sentido. Tengo dos primos que viven cerca de Baltimore, y el año pasado sus padres pasaron por un proceso de divorcio muy complicado. Fue algo espantoso. Recuerdo que mis dos primos decían cosas horribles del abogado de su padre. Lo odiaban realmente, aunque supongo que aquel hombre solo estaba haciendo su trabajo. ¿No le preocupan esas cosas a tu madre, Theo?

—Estoy seguro de que sí, pero nunca habla de ello.

—Es su trabajo —observó Chase, hijo también de abogada.

El domingo por la mañana, Theo estaba sentado entre sus padres en un banco de la iglesia. Trataba de prestar atención al sermón que pronunciaba el reverendo Judd Koker, pero le estaba resultando muy difícil. Por una cruel coincidencia del destino, sus palabras versaban sobre las maldades del robo y el latrocinio, y Theo sintió como si él fuera el blanco de su mensaje. Antes de que empezara el servicio había captado algunas miradas significativas, y casi se levanta y sale corriendo del templo cuando la señora Phyllis Thornberry, una anciana feligresa de la parroquia muy entrometida, pasó junto a su banco y dejó caer que estaban «rezando por Theo». De algún modo, los padres del chico lograron contenerse para no decirle que su hijo se encontraba muy bien y que se guardara sus oraciones para quienes realmente las necesitaban.

A Theo le gustaba el reverendo Koker porque era joven y enérgico, y sus sermones, piadosamente cortos, estaban salpicados de humor. Su viejo predecesor, al que conocían en la parroquia como el pastor Pat, había dirigido la iglesia durante treinta años y, en opinión de Theo, era un predicador pésimo. Sus sermones eran largos y aburridos y podían hacer que hasta el creyente más devoto entrara en un trance comatoso en cuestión de minutos. Sin embargo, Koker dominaba el arte de la prédica breve y en su corto ministerio al frente de la parroquia había sido muy bien recibido por los feligreses.

El mensaje de su sermón se centraba en que existen diversas maneras de cometer robo, y todas ellas son malas a ojos de Dios. El octavo mandamiento anunciado por Moisés proclamaba «No robarás», lo que significa, literalmente, que no debemos tomar algo que pertenece a otra persona. Pero Koker amplió este concepto para incluir otras formas de robo: robarle tiempo a Dios, a la familia, a los amigos; robar el don de la buena salud incurriendo en malos hábitos; robarle al futuro echando a perder oportunidades en el presente; etcétera, etcétera. Resultaba todo un tanto confuso. La mente de Theo desconectó enseguida y se puso a pensar en los hermanos Finn y, más concretamente, en cómo él y su pequeña camarilla podrían hacerse con alguno de los productos robados que trataban presuntamente de vender.

No obstante, Theo sabía muy bien que lo primero que le preguntaría su padre en cuanto estuvieran montados en el coche sería: «¿Qué te ha parecido el sermón, Theo?». Por esa razón, y no por otra, el chico intentó desesperadamente prestar atención.

Theo miró alrededor y se percató de que no era el único que tenía la cabeza en otra parte. No estaba siendo un buen sermón. Su mente empezó a divagar de nuevo. Se preguntó cómo reaccionaría toda esa buena gente sentada a su alrededor si «el mono y pequeño Teddy Boone» era arrestado y enviado ante un tribunal. ¿Y qué pensarían si ya no pudiera acudir a la iglesia porque estaba encerrado en un centro de detención de menores?

Eran unos pensamientos demasiado horribles. Theo trató de concentrarse de nuevo en el sermón, pero no podía controlar su mente. Empezó a removerse nervioso en el asiento y su madre le apretó suavemente la rodilla. Theo consultó su reloj, pero el tiempo parecía haberse parado en seco.

Era el segundo domingo del mes, lo cual había provocado cierto malestar en el seno de la familia Boone. El segundo domingo del mes implicaba que, después de salir de la iglesia, Theo y sus padres no irían directamente a casa, donde podrían almorzar sándwiches, leer los periódicos dominicales, ver un partido en la televisión, dormir la siesta y, en general, aprovechar el día para descansar. No, señor. Para esos días en concreto se había impuesto un ritual tan espantoso que Theo y sus padres discutían a menudo por ello. Los Boone y otras tres familias establecieron la tradición rotatoria de ir a almorzar a una de sus casas cada segundo domingo del mes, lo que significaba que el chico se vería obligado a sufrir una interminable comida sentado a una larga mesa con una panda de adultos que hablaban de cosas que le interesaban muy poco. Theo era un hijo tardío y, de lejos, el asistente más joven a esos almuerzos dominicales.

El más anciano era un juez retirado llamado Kermit Lusk, uno de los miembros más antiguos de la parroquia y un hombre de gran sabiduría y sentido del humor. Era ya octogenario, al igual que su esposa, y sus hijos hacía mucho que se habían marchado de casa. Según el sistema rotatorio de almuerzos, ese domingo tocaba comer en el hogar de los Lusk, una vieja casa angosta y abarrotada que necesitaba una buena limpieza con chorro de arena, al menos en opinión de Theo. Sin embargo, sus opiniones no eran algo que tuviera mucho valor durante esos insufribles almuerzos.

En el coche, el señor Boone le hizo la misma pregunta de todos los domingos:

—Y bien, Theo, ¿qué te ha parecido el sermón?

—Ha sido aburrido, y lo sabes —replicó Theo, mostrando ya su enojo—. Me he dormido un par de veces.

—No ha sido una de sus mejores intervenciones —convino la señora Boone.

Condujeron en silencio y la tensión fue en aumento conforme se acercaban a casa de los Lusk. Cuando aparcaron junto a la acera, Theo dijo:

—Yo me quedo en el coche. No tengo hambre.

—Vamos, Theo —ordenó el señor Boone muy serio.

El chico bajó, cerró de un portazo y siguió a sus padres al interior de la vivienda. Odiaba aquellos almuerzos y ellos lo sabían. Por fortuna, Theo pudo percibir en su madre una leve señal de indulgencia, tal vez un atisbo de compasión. La mujer era consciente de lo desdichado que se sentía su hijo y entendía el porqué.

Una vez dentro, Theo consiguió esbozar una falsa sonrisa que reveló el metal de sus aparatos dentales al saludar al señor y la señora Garbowski, una agradable pareja de la misma edad que los padres de Theo, cuyo hijo de dieciséis años, Phil, los amenazó con escaparse de casa si lo obligaban a asistir a los almuerzos del segundo domingo del mes. Los Garbowski terminaron cediendo y Phil vivía aún bajo su techo. Theo lo admiraba enormemente y se estaba planteando utilizar su misma estrategia. Luego saludó al señor y la señora Salmon. Él era propietario de una compañía maderera y ella daba clases en la universidad. Tenían tres hijos, todos mayores que Theo y ninguno presente en la reunión.

«Genial —murmuró Theo para sí—. Ocho adultos y yo.»

Nada despierta más el apetito que estar sentado en la iglesia esperando a que llegue la hora del almuerzo, así que el grupo tomó enseguida asiento en torno a la mesa del comedor. El juez pronunció una breve oración para bendecir los alimentos y una asistenta les sirvió el primer plato, una ensalada. Una ensalada a palo seco, observó Theo. No habría costado mucho aliñarla, ¿no? ¿Dónde estaba el aliño? Aun así, el chico estaba hambriento y comió con ganas.

—¿Qué os ha parecido el sermón? —preguntó el juez Lusk.

Como las cuatro familias acudían a la misma iglesia, lo primero que solían hacer era analizar el sermón. «Estupendo —pensó Theo—. No ha habido suficiente con sufrirlo en vivo y en directo, sino que ahora volverán a torturarme.» No importaba lo malo que hubiera sido; en aquellos almuerzos todo el mundo afirmaba que había sido poco menos que brillante. Incluso el pastor Pat rara vez recibió alguna crítica, aunque en ocasiones hubo comentarios como: «Tal vez podría haberlo acertado unos quince minutos».

El segundo plato era pollo al horno con salsa y estaba delicioso. Sin olvidarse de emplear unos impecables modales a la mesa porque su madre estaba siempre vigilando, Theo empezó a comer con el ansia de un refugiado. Debido a su avanzada edad, la señora Lusk ya no cocinaba, lo cual fue muy bien recibido por todos, ya que su asistenta era una cocinera excelente. Los Garbowski serían los anfitriones del próximo almuerzo dominical y luego les tocaría el turno a los Boone. La madre de Theo no tenía pretensiones de gran cocinera y siempre encargaba la comida a una mujer turca que preparaba unos platos fabulosos.

Para alivio y deleite de Theo, la conversación derivó pronto hacia Pete Duffy y sus aventuras de la semana que acababa. Aquello desencadenó multitud de animados comentarios en torno a la mesa, ya que todo el mundo quería intervenir para dar su opinión y difundir los últimos rumores. El veredicto fue unánime: todos estaban convencidos de que Duffy había asesinado a su esposa, y su huida de la justicia era una prueba más de su culpabilidad. El señor Salmon afirmó conocer bien a Pete y, en su opinión, tendría escondida una gran cantidad de dinero en efectivo y probablemente nunca lo atraparían. El juez Lusk se mostró en desacuerdo y argumentó que el hecho de que hubieran estado a punto de capturarlo en el aeropuerto de Chicago demostraba que, tarde o temprano, cometería otro error.

Theo comió en silencio mientras escuchaba con gran atención. Por lo general las conversaciones solían tratar de política y de lo que se estaba cocinando en Washington, pero aquello era mucho más

interesante. Entonces le asaltó un terrible pensamiento: ¿estaría pronto aquella gente hablando de él? ¿Alguno de ellos habría sido acusado alguna vez de un delito? Theo lo dudaba mucho. ¿Serían ya los Boone y su hijo el tema de conversaciones susurradas a sus espaldas?

Acabó su plato y esperó el postre. Aunque lo que en realidad esperaba era que llegaran las dos, la hora mágica de marcharse.

A última hora de la tarde del domingo, Theo pedaleó en su bici por las calles de la ciudad para reunirse con April en una heladería cerca del Stratten College. April pidió yogur helado y Theo su helado favorito, el de chocolate cubierto con trocitos de Oreo, y encontraron un reservado lejos de los otros clientes.

—He hablado con Rodney Tapscott —dijo ella en voz baja—. Anoche fui a su casa para ver la televisión.

Theo dio un gran bocado a su helado.

—Muy bien, te escucho.

—Bueno, al final conseguí sacar el tema de Jonah Finn sin despertar sospechas. Rodney sabe que tú y yo somos buenos amigos, así que tuve mucho cuidado en no parecer que estaba husmeando. Rodney me contó que Jonah era un chico muy raro y que se comportaba de forma aún más extraña desde que sus padres se estaban divorciando, que siempre se le veía de mal humor, incluso furioso. Jonah no tiene muchos amigos. A menudo les pide prestado dinero a Rodney y otros compañeros para comprarse el almuerzo. Sus notas son cada vez peores; el chico es un desastre. Me contó que un día estaban hablando y Jonah le dijo algo de lo mucho que detestaba a tu madre. Le pregunté a Rodney por qué. Me explicó que era porque el padre de Jonah culpaba a tu madre de la mayoría de los problemas de su familia. Decía que ella intentaba conseguir que Jonah y su hermano vivieran con su madre, pero que ellos no querían.

—Ya me lo figuraba —comentó Theo, mirando a su alrededor.

—Me contó que el padre de Jonah siempre está echando pestes de tu madre. El hombre dice que todo el dinero se le va en pagar las costas judiciales, y que encima tu madre está intentando hacer que pague mucho más por la pensión alimenticia y de manutención. Rodney me preguntó si eras un buen chico y, por supuesto, le respondí que sí.

—Gracias.

—No hay de qué. Y aquí viene la parte interesante. Rodney nunca había visto a Jonah con un móvil. En cualquier caso, los alumnos de séptimo no pueden llevarlos a la escuela. Pero esta semana, Rodney cree que fue el jueves, durante la pausa del almuerzo, Jonah le enseñó un Excell SmartPhone

nuevo. Dijo que se lo había comprado su padre. A Rodney aquello le pareció muy extraño, ya que el chico nunca tenía un céntimo.

—Entraron a robar en la tienda el martes por la noche, ¿no? —dijo Theo, olvidándose por completo de su helado.

—Así es. ¿Sabes qué se llevaron?

—Solo lo que ponía en los periódicos: portátiles, tabletas, móviles y algunos artículos más.

—¿Excell SmartPhones?

—No tengo ni idea. La policía no hace pública esa clase de información.

—Pues la cosa se pone aún mejor. El viernes se encontraban en la biblioteca. Jonah estaba estudiando en un cubículo, uno de esos que hay en el primer piso junto a la sala de informática. Se hallaba sentado a su mesa muy encorvado, como si tratara de ocultar lo que hacía. Rodney sintió curiosidad. Consiguió situarse detrás de él y vio a Jonah jugando a un videojuego en una tableta con una pantalla de ocho pulgadas.

—Las pantallas de las 0-4 son de ocho pulgadas.

—Exacto. Y es imposible que Jonah pueda permitirse una.

Theo dio un mordisquito a su helado, sin saborearlo.

—Tenemos que conseguir esa tableta. Como sea.

—¿Alguna idea?

—No, de momento no. ¿Crees que Rodney nos ayudaría?

—Lo dudo. No es la clase de chico que delataría a un amigo. Jonah le cae bien. Dice que es raro y todo eso, pero también siente lástima por él. No mostré excesivo interés en lo que me estaba contando porque no quería mostrarme demasiado ansiosa.

—Esto es una bomba, April.

—¿No podemos ir a la policía y explicárselo todo?

—Quizá, no lo sé. Déjame pensar en ello.

Estuvieron discutiendo varios planes, ninguno de los cuales parecía efectivo. Cuando se marchaban, Theo volvió a darle las gracias. April le dijo que haría cualquier cosa para ayudarle, fuera legal o no.

Theo se dirigió a su casa, pero de repente cambió de opinión y fue a ver a Ike.

Cumpliendo las indicaciones de la señora Gladwell, el lunes por la mañana Theo se presentó en su despacho a las ocho y cuarto en punto. Se sentó frente a su escritorio mientras ella pasaba las hojas de una carpeta. La directora no había sonreído, como si continuara enfadada por la pelea.

—¿Qué tal el fin de semana? —preguntó, sin mostrar el menor atisbo de interés real.

—Bien, supongo —respondió el chico.

Theo no creía que estuvieran allí solo para hablar de su fin de semana; tenían otros asuntos más importantes que tratar. Su fin de semana había sido horrible, y ahora se daba cuenta de que su vida no volvería a la normalidad hasta que su buen nombre quedara libre de toda sospecha. Theo seguía siendo el acusado, con una oscura nube cerniéndose sobre su cabeza.

—Vamos a cambiar el código de acceso de tu taquilla —dijo la directora. Así que esa era la razón de que lo hubiera citado antes de que empezaran las clases—. ¿Tienes un nuevo código?

—Sí, señora. Es el .

La clave numérica de lawyer, «abogado».

Ella la anotó y luego la comparó con los demás códigos.

—Creo que servirá.

Theo carraspeó y dijo:

—Señora Gladwell, me gustaría decirle de nuevo cuánto lamento lo ocurrido el jueves pasado, ya sabe, lo de la pelea y todo eso. Infringí las normas y le pido disculpas.

—Espero un mejor comportamiento de ti, Theo. Estoy muy decepcionada y confío en que evites meterte en más problemas.

—Lo haré.

La directora cerró la carpeta y consiguió esbozar una leve sonrisa.

—¿Ha hablado la policía contigo durante el fin de semana? —preguntó.

—No, señora.

—¿Han concluido la investigación?

—No lo creo. Que yo sepa, aún no han cogido a los auténticos culpables.

—¿Sospechan todavía de ti, Theo?

—Por lo menos el viernes seguía siendo su principal sospechoso.

Ella sacudió la cabeza con incredulidad.

Theo pensó en lo que Ike le había aconsejado que hiciera. Se arrellanó en el asiento, se aclaró la garganta y emitió un «Eh...» para dar la impresión de que lo que iba a decir no resultaba fácil.

—Señora Gladwell, si supiera que un estudiante de séptimo lleva un móvil aquí en la escuela, ¿qué haría?

La directora se reclinó en la silla y mordisqueó la punta de su bolígrafo.

—Bueno, primero lo consultaría con su profesor de Tutoría, le pediría que hablara con el alumno y, si se le encontrara un teléfono móvil, se le confiscaría. El castigo habitual sería medio día de expulsión, que debería cumplir dentro de la escuela. ¿Por qué lo preguntas, Theo?

—Simple curiosidad.

—No, Theo, esto no es simple curiosidad. Tú conoces a un alumno de séptimo que lleva un móvil en la escuela, ¿no es cierto?

—Tal vez.

Ella se quedó mirándolo un largo rato y luego empezó a comprender.

—¿Puede que ese móvil sea robado? —preguntó.

Theo asintió.

—Es posible —dijo—. No estoy seguro, pero es posible.

—Entiendo. Y ese móvil... ¿podría estar relacionado con el robo en Big Mac's de la semana pasada?

Theo volvió a asentir levemente.

—Quizá —dijo—. No lo sé con seguridad, y no estoy acusando a nadie del robo.

—El robo es una cosa, Theo, y en realidad no es asunto mío. La policía se encarga de ello. Pero la posesión de un móvil por parte de un alumno de séptimo es una violación de las normas de la escuela, y este sí es mi territorio. Vamos a abordar primero este asunto.

Theo la miró fijamente, pero no dijo nada.

Se produjo un largo silencio. La señora Gladwell esperó y esperó. Al cabo consultó su reloj y dijo:

—Muy bien, si quieres que te ayude, dame el nombre. Si no, es lunes por la mañana y tengo miles de cosas que hacer.

—Me siento como un soplón —dijo Theo.

—En primer lugar, Theo, él nunca sabrá que me lo has contado. Y en segundo, y lo que es más importante, eres el principal sospechoso de un delito que no has cometido. Si yo estuviera en tu lugar, haría cualquier cosa para encontrar al auténtico delincuente. Y ahora, dame el nombre o vete a Tutoría.

Tratando de parecer reticente, Theo dijo:

—Jonah Finn.

Ike le había dicho que no tenía otra elección que entregar al delincuente.

A las nueve menos diez sonó el timbre para la primera clase, y el señor Krauthammer dio por finalizada su Tutoría de séptimo. Mientras los chicos abandonaban el aula, dio unos pasos hacia los pupitres y plantó una mano sobre el hombro de Jonah Finn.

—¿Podemos hablar un momento?

Cuando la clase se vació, el señor Krauthammer cerró la puerta y preguntó:

—¿Puede ser que te haya visto con un móvil en el pasillo hará unos diez minutos?

En realidad no lo había visto, pero era parte de la estrategia.

—No —espetó Jonah, y dio un paso atrás con una clara expresión de culpabilidad.

—¿Qué llevas en los bolsillos? —preguntó el señor Krauthammer avanzando hacia él.

A regañadientes, Jonah sacó el móvil y se lo entregó. No se iba a preocupar por una expulsión de medio día. Había sufrido castigos peores. El profesor examinó el móvil, un Excell 7 SmartPhone.

—Muy bonito —dijo—. Ven conmigo.

Tras una breve reunión con la señora Gladwell, Jonah fue conducido a una pequeña sala de

estudio en la biblioteca, donde permanecería confinado durante las próximas cuatro horas bajo la atenta mirada de la señora Dunleavy, la bibliotecaria. Colocaron sus libros en una mesa, dándole a entender que debía hacer tareas adicionales como parte del castigo. En lugar de eso, Jonah apoyó la cabeza sobre el tablero y pronto se quedó dormido.

La señora Gladwell llamó al detective Vorman y le dio el número de serie del móvil.

La segunda clase en el Instituto Strattenburg acababa a las diez y media, y después había un descanso de veinte minutos. Tony Lambert, el hermano de Woody, siguió a Jessie Finn a una prudente distancia. Vio cómo abandonaba el edificio y se dirigía al amplio patio exterior donde muchos estudiantes mataban el tiempo durante los descansos y la hora del almuerzo. Jessie se sentó a una mesa de picnic y se disponía a consultar su móvil cuando Tony apareció a su lado como salido de la nada.

—Eh, tío, he oído que tienes algunas tabletas 0-4 a buen precio —le dijo, mirando a un lado y a otro como si se tratara de un asunto de tráfico de drogas.

Jessie lo miró con suspicacia.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Tony Lambert, de décimo —respondió, tendiéndole la mano.

Jessie se la estrechó de mala gana y dijo:

—Ah, ya. ¿Y dónde has oído eso?

—Por ahí. ¿Cuánto pides por una?

—¿Por una qué?

—Por una 0-4. Tengo cincuenta dólares.

—¿Quién te ha dicho que vendo algo?

—Vamos, Jessie, se ha corrido la voz. Quiero esa tableta.

—No me queda ninguna, tío. Las he vendido todas.

—¿Y no puedes conseguirme una?

—Tal vez, pero el precio ha subido. Setenta y cinco dólares.

—Puedo reunidos. ¿Cuándo podré tener la tableta?

—Mañana, aquí. En el mismo lugar y a la misma hora.

Volvieron a estrecharse las manos y Tony se marchó. Cuando entró en el edificio principal, le envió un mensaje a Woody: «Negocio fallido. Quizá mañana».

Para Theo, la mañana del lunes transcurrió de forma bastante tranquila. En Tutoría, el señor Mount armó cierto revuelo para dar la bienvenida de nuevo a Theo y Woody a la escuela, y se oyeron algunos comentarios jocosos por parte de sus compañeros. Sin embargo, la mayoría parecían sentirse orgullosos de sus dos colegas por no haber tenido miedo de plantar cara y defenderse. A primera hora, en clase de Español, madame Monique se mostró un tanto preocupada por él y le preguntó cómo se encontraba. Restando importancia a la situación, Theo le dijo que estaba bien. En la segunda clase, la de Geometría, la señora Garman se comportó como si no hubiera pasado nada, lo cual, a Theo, le pareció estupendo. Durante el descanso de media mañana, April le informó de que tras hablar con Rodney este le había dicho que Jonah Finn había estado en Tutoría, pero que luego había desaparecido. Rodney no sabía dónde estaba.

Mientras Jonah dormitaba en la sala de estudio de la biblioteca, el detective Vorman llegó a la escuela y se reunió con la señora Gladwell. Los dos se dirigieron de forma discreta hasta una hilera de taquillas pertenecientes a alumnos de séptimo, no muy lejos de la de Theo, y la mujer introdujo en una de ellas el código de Jonah. Dentro encontraron el surtido habitual de libros, cuadernos, material escolar y objetos varios. Escondidas en el interior de una carpeta de tres anillas, había dos flamantes tabletas Linx 0-4. Las llevaron al despacho de la directora, donde el detective Vorman, usando guantes de goma, retiró las plaquitas de atrás y anotó los números de serie. Luego devolvieron las tabletas a la taquilla de Jonah, colocándolas de nuevo cuidadosamente dentro de la carpeta de tres anillas.

El detective Vorman dio las gracias a la señora Gladwell y se marchó. Una vez de vuelta en la comisaría, sentado a su mesa, cotejó los números de serie con los que aparecían en el inventario de Big Mac's Systems. Ni que decir tiene que los dígitos coincidieron. Informó de sus hallazgos al detective Hamilton y decidieron solicitar una orden de registro para la casa de los Finn. Vorman rellenó los espacios en blanco de un informe estándar —una declaración jurada por escrito— e hizo una descripción detallada de lo que había encontrado. También incluyó el dato de que la semana anterior el hermano del sujeto, Jessie Finn, había intentado «presuntamente» vender una tableta Linx 0-4 a un compañero. Una vez completado y firmado el informe, preparó una orden de registro de dos hojas en la que describía las zonas donde querían llevar a cabo la búsqueda: la vivienda de los Finn y las construcciones anexas. Después de terminar con todo el papeleo, recorrió las cuatro manzanas de Main Street hasta llegar a los juzgados, donde entregó los documentos al secretario del juez Daniel Showalter, de la División 1 del Tribunal de Menores. El secretario le informó de que el magistrado se hallaba en medio de una vista y que tardaría unas dos horas en poder revisar el informe y la orden de registro.

El detective Vorman regresó caminando a su despacho, convencido de que había conseguido resolver otro delito, aunque fuera uno menor. Habría preferido invertir su tiempo en perseguir a traficantes de drogas y criminales peligrosos.

A las tres y cuarto de la tarde del lunes, el detective Vorman llegó a la escuela y se presentó en el despacho de la señora Gladwell. Esperó allí mientras la directora se dirigía a una sala del primer piso y hacía salir a Jonah Finn hacia el final de la última hora de clase. Jonah, que ya había cumplido su media jornada de expulsión dentro de la escuela, murmuró:

—¿Y ahora qué pasa?

—Acompáñame —replicó ella, y los dos caminaron sin decir palabra hacia su despacho.

Aguardaron en la zona de recepción junto al escritorio de la señorita Gloria mientras sonaba el timbre que anunciaba el final de la jornada escolar y los alumnos abandonaban a toda prisa el centro. Durante la caótica salida de los estudiantes, Jonah y la señora Gladwell entraron en el despacho y esta cerró la puerta. Vorman se levantó y le enseñó su placa.

—¿Eres Jonah Finn? —preguntó.

—Sí —respondió el chico, mirando a la señora Gladwell en busca de ayuda.

—Toma asiento —le ordenó Vorman—. Me gustaría hacerte algunas preguntas.

—¿Ocurre algo?

—Puede.

Jonah se sentó y se colocó la mochila en el regazo. Se le veía muy asustado, sin saber bien qué hacer o decir.

Vorman se sentó en el borde de la mesa y, desde su posición elevada, miró a Jonah. No era una batalla justa: un poli duro con traje oscuro y ceño intimidante clavando la mirada a un chiquillo enclenque y asustado con mechones de pelo cayéndole sobre los ojos. Vorman sabía exactamente cuál sería el rumbo de la conversación; Jonah no estaba tan seguro.

El detective tomó la palabra.

—Estamos investigando un robo ocurrido la semana pasada en una tienda de informática del centro, Big Mac's Systems, y me gustaría hacerte unas preguntas de rutina. Eso es todo.

Jonah inspiró hondo, casi jadeó, y dejó caer la cabeza. Se quedó mirando al suelo con la boca abierta por el shock. Vorman nunca había visto una expresión más culpable.

—Ese móvil con el que te han pillado esta mañana... ¿de dónde lo has sacado?

—Eeh... lo compré.

Vorman abrió su bloc, chupó la punta de su bolígrafo y preguntó:

—Muy bien. ¿Y dónde lo compraste?

—Eeh... a un chaval llamado Randy.

Vorman garabateó algo en el bloc.

—¿Cuánto pagaste por él? —inquirió.

—Eeh... cincuenta dólares.

—El móvil fue robado de Big Mac's. ¿Sabías que era robado cuando lo compraste?

—No, señor, lo juro.

—¿Cuál es el apellido de Randy?

—Eeh... no estoy seguro.

—¿Sabes dónde vive? ¿Dónde puedo encontrarlo para hablar con él?

—No, señor.

—Muy bien. ¿Así que ese misterioso Randy aparece de la nada y te ofrece un SmartPhone nuevecito por cincuenta dólares, un móvil cuyo valor en el mercado es de trescientos dólares, y no piensas que pueda ser robado?

—No, señor.

—Eso no fue muy inteligente por tu parte que digamos, ¿no crees?

—Supongo que no.

—¿Me estás mintiendo?

—No, señor.

—Si me mientes, Jonah, tu situación solo hará que empeorar.

—No estoy mintiendo.

—Yo diría que sí.

Jonah negó con la cabeza, los mechones del flequillo ondeando ante sus ojos.

Vorman llevaba años interrogando a delincuentes peligrosos, hombres capaces de mentir con expresión inocente y sincera. Sin embargo aquel crío no resultaba creíble ni por asomo.

—El ladrón o ladrones que entraron a robar en Big Mac's también se llevaron algunos portátiles y tabletas. ¿Te ofreció Randy venderte algún portátil o tableta nuevos?

—No, señor.

—¿Has visto alguna vez una tableta Linx 0-4?

Jonah volvió a negar con la cabeza, la vista clavada en el suelo.

—Sabes que la escuela tiene derecho a registrar tu mochila y tu taquilla —dijo Vorman, preparándose para dar la estocada final—. ¿Eres consciente de ello?

—Supongo.

—Bien. Vamos a echar un vistazo a tu mochila.

—¿Qué está buscando? —preguntó Jonah.

—Más artículos robados.

Vorman fue a coger la mochila. Jonah la agarró con más fuerza un momento, y luego la soltó. El detective la dejó sobre el escritorio de la señora Gladwell y abrió la cremallera muy despacio. Sacó algunos libros de texto, cuadernos, una revista de videojuegos y, por último, una tableta: una Linx 0-4. La sostuvo en alto, la examinó y dijo:

—Jonah, me has mentido. ¿De dónde has sacado esto?

El chico se inclinó hacia delante, con la cabeza muy gacha, y apoyó los codos en las rodillas.

Vorman siguió presionándolo.

—Jonah, ¿de dónde has sacado esto? ¿Te lo ha dado tu hermano?

Silencio.

—Muy bien. Vamos a echar un vistazo a tu taquilla.

Más o menos a la misma hora, en el instituto, a un kilómetro y medio de allí, el detective Hamilton se presentaba a Jessie Finn. Se encontraban en el despacho del director, unos minutos

después de que hubiera sonado el timbre que anunciaba el final de las clases. La mochila de Jessie estaba sobre la mesa, sin abrir.

—Me gustaría hacerte algunas preguntas —comenzó Hamilton con una sonrisa amistosa.

El director, el señor Trussel, estaba sentado a su escritorio, observando.

—¿Acerca de qué? —preguntó Jessie en tono despectivo.

Ya se había enfrentado antes al sistema judicial del Tribunal de Menores y no le caían bien los polis ni los jueces, y aún menos los abogados.

—¿Tienes un hermano llamado Jonah?

—Esa pregunta es muy fácil.

—Entonces respóndela.

—Sí.

—Eso pensaba. En este momento tenemos a Jonah bajo custodia policial. Lo hemos pillado con material robado, un Excell 7 SmartPhone y tres tabletas Linx 0-4, una en su mochila y las otras dos, todavía dentro de sus cajas, en su taquilla. ¿Tienes alguna idea de dónde ha sacado todo eso?

Aunque trató de permanecer inmutable, Jessie dio un respingo. Su rostro había perdido todo el color y se le veía muy pálido. Negó con la cabeza.

—No te creo —dijo Hamilton—. Hemos comprobado los números de serie y sabemos de dónde han salido. ¿Lo sabes tú, Jessie?

—No.

—Bueno, Jessie, ahora mismo tu hermanito es un crío muy asustado. Está hablando, cantando como un pajarillo. Dice que la idea de entrar a robar en Big Mac's fue solo tuya, que él no quería hacerlo, pero que tú lo obligaste porque necesitaba ayuda para cargar con todos los portátiles, móviles y tabletas. ¿Qué me dices a eso, Jessie? No parece un chico muy duro, ¿eh? Quiero decir que, a pesar de que es tu hermano, ha empezado a cantar y a delatarte antes siquiera de que pudiéramos ponerle las esposas.

—¿Esposas? —repuso con voz seca y ronca, y una expresión confusa y asustada en el rostro.

—Sí, y también tengo un par para ti. Pero antes escucha. Tu hermanito dice que la noche del martes pasado entrasteis en la tienda por una ventana trasera y os llevasteis una docena de móviles, seis portátiles de quince pulgadas y diez tabletas Linx 0-4. Dice que estuvisteis menos de cinco minutos en la tienda porque teníais controlado el local y sabíais dónde estaba todo, además de cómo evitar las cámaras de seguridad. ¿Te suena algo de esto, Jessie?

—No sé de qué me está hablando.

—Oh, yo creo que sí. ¿Puedo ver lo que llevas en la mochila?

—Adelante —dijo Jessie, empujándola hacia el detective.

Hamilton abrió la cremallera y lentamente fue sacando libros, cuadernos, una botella de agua, un par de revistas, nada que pareciera haber sido robado. El detective se encogió de hombros y volvió a meterlo todo en su sitio.

—Echemos un vistazo a tu taquilla.

—No puede hacer eso —replicó Jessie.

—¿Ah, no? ¿Y por qué?

—Porque es una violación de mi intimidad.

—No tan deprisa, Jessie —intervino el señor Trussel, alzando una hoja de papel—. Esto es un contrato de alquiler de taquilla que firmaste para este año académico. No exigimos a nuestros estudiantes que utilicen una taquilla, pero cuando eligen hacerlo deben firmar este acuerdo. Y aquí se especifica claramente que das tu consentimiento para que se registre tu taquilla cuando la escuela o la policía así lo requiera.

—Vamos allá —dijo el detective Hamilton.

Mientras tanto, en la escuela de enseñanza media, el detective Vorman y la señora Gladwell habían regresado a su despacho con Jonah, que parecía a punto de romper a llorar. Sobre el escritorio de la directora estaban las dos tabletas que ella y Vorman habían encontrado en la taquilla de Jonah a primera hora de la mañana.

—Tenemos a tu hermano bajo custodia en el instituto —comenzó el detective—, y dice que fue idea tuya colocar las tres tabletas robadas en la taquilla de Theodore Boone. También asegura que entraste en los archivos de la escuela, conseguiste el código de acceso y, el miércoles por la mañana, pusiste las tabletas en su taquilla con el objeto de culpar a Theo del delito. ¿Es eso cierto o no?

—¿Jessie ha dicho eso?

—Oh, sí, y mucho más. En este momento está sentado en un pequeño cuarto en el instituto, esposado y confesándolo todo. Si quieres saber mi opinión, me parece algo muy triste delatar a tu propio hermanito de ese modo, pero eso es lo que pasa cuando cometes estupideces con un cómplice.

—No me lo creo.

—No me importa lo que tú creas, hijo. Estás metido en más problemas de los que podrías imaginar. Te enfrentas a cargos de robo con allanamiento, acoso, conspiración y vandalismo. Tu hermano también dice que fuiste tú el que pinchó las ruedas de la bicicleta de Theo y tiró la piedra por la ventana de su despacho.

—¡No! ¡Lo hizo él! —saltó Jonah, y al instante se refrenó.

Contuvo el aliento mientras miraba fijamente al detective, que se limitó a sonreír. En el fragor de la batalla, el chico había admitido un detalle crucial. Vorman miró a la señora Gladwell y ambos sonrieron. El misterio se había resuelto.

Mientras tanto, en el instituto, el contenido de la taquilla de Jessie estaba siendo dispuesto pulcramente sobre el suelo del pasillo. El detective Hamilton, provisto de guantes quirúrgicos, sacó con delicadeza los dos últimos objetos: dos tabletas Linx 0-4.

—Vaya, vaya, me pregunto de dónde habrá salido esto —dijo con una sonrisa—. Jonah ha dicho que seguramente lo encontraríamos aquí. Déjame adivinar, Jessie: no tienes ni idea de cómo han llegado a tu taquilla estos nuevos y relucientes objetos, ¿verdad?

Jessie guardó silencio.

Entraron en un aula vacía y el señor Trussel cerró la puerta.

—Siéntate ahí —le ordenó Hamilton con brusquedad al chico, señalando un pupitre.

Jessie obedeció. No quedaba en él ningún rastro de beligerancia.

—Lo que quiero ahora —dijo Hamilton, inclinándose amenazante sobre Jessie como si fuera a abofetearlo en cualquier momento— es recuperar el resto de los artículos robados. ¿Dónde están?

—No sé de qué me está hablando —respondió débilmente, con la vista clavada en sus manos entrelazadas con fuerza sobre el pupitre.

Hamilton se llevó la mano al bolsillo y sacó unos papeles.

—Tú eres un chico listo, ¿verdad, Jessie? Entonces dime: ¿qué es una orden de registro?

Jessie negó con la cabeza.

—¿No lo sabes? A lo mejor no eres tan listo después de todo.

El chico volvió a sacudir la cabeza.

—Una orden de registro permite a la policía entrar en tu casa y buscar en todas las habitaciones, en todos los cajones, armarios, roperos, cajas y bolsas, hurgar en todos los trastos acumulados en el desván y en todos los muebles viejos amontonados en el garaje. Nos permite poner tu casa patas arriba para localizar el resto del material que tú y tu hermano pequeño robasteis en Big Mac's.

Hamilton lanzó la orden de registro sobre el pupitre, y esta acabó aterrizando sobre los brazos de Jessie. El chico no hizo ningún amago de leerla.

—¿Está tu madre en casa, Jessie? —preguntó Hamilton.

—Está durmiendo. Trabaja en el turno de noche en el hospital.

—Bueno, pues vamos a despertarla.

Hacia las cinco de la tarde, Linda Finn dormía profundamente en el dormitorio de la planta baja de su casa cuando el irritante sonido del timbre de la puerta la despertó. Nunca lograba descansar lo suficiente. Trabajaba de ocho de la noche a ocho de la mañana cuatro días a la semana, y, para aumentar sus ingresos, también algunos sábados y domingos. Con un horario tan irregular, no conseguía mantener un patrón estable de sueño y se sentía siempre cansada. Y a menudo, cuando debería estar durmiendo, no podía pegar ojo debido a las preocupaciones por culpa del complicado proceso de divorcio que estaba atravesando, del inútil de su marido y su beligerante abogado, y de sus dos hijos y el mal rumbo que parecían estar tomando. Linda tenía muchas cosas de las que preocuparse.

El timbre no paraba de sonar, así que se puso un viejo albornoz y, sin calzarse siquiera, se encaminó hasta la entrada. Abrió la puerta. Ante ella vio al detective Vorman, con Jonah al lado, y detrás de ellos dos agentes de policía completamente uniformados. Más allá, junto a la acera, había dos coches patrulla, con todas las luces encendidas y su parafernalia de colores y emblemas policiales. En el camino de entrada había un coche sin distintivos. Linda Finn se llevó la mano a la boca y por poco se desmaya.

Consiguió abrir la contrapuerta y alcanzó a decir:

—¿Qué sucede?!

Vorman le enseñó su placa.

—Detective Scott Vorman, Departamento de Policía de Strattenburg. ¿Puedo pasar?

—¿Qué ha ocurrido, Jonah? —preguntó la mujer, horrorizada.

El chico se miró la punta de los zapatos.

—Tenemos que hablar —dijo el detective, abriendo un poco más la contrapuerta.

Ella retrocedió, ajustándose el albornoz para asegurarse de que estaba presentable. Vorman siguió a Jonah al interior y cerró la puerta tras ellos.

En el coche situado en el camino de entrada, el detective Hamilton estaba sentado al volante, con Jessie en el asiento del pasajero.

—¿No vamos a entrar? —preguntó el muchacho.

—Puede —replicó Hamilton.

Los dos agentes uniformados se quedaron merodeando en el patio delantero, fumando cigarrillos. Al otro lado de la calle, algunos vecinos habían salido a sus porches y observaban la escena llenos de curiosidad.

Dentro de la casa, Vorman tomó asiento en una vieja silla con la tapicería agujereada. Linda y Jonah hicieron lo propio en un sofá cubierto de maltrechos cojines.

—Iré directo al grano, señora Finn. La noche del pasado martes entraron a robar en una tienda de informática de Main Street. Los ladrones se llevaron varios portátiles, tabletas y teléfonos móviles, todo ello valorado en unos veinte mil dólares. Nuestros principales sospechosos son Jonah y Jessie.

La señora Finn se giró como un rayo y clavó la mirada en su hijo, que seguía fascinado con sus zapatos.

—Hemos registrado sus taquillas y mochilas —prosiguió Vorman—, y hasta ahora hemos recuperado cinco tabletas y un móvil. Sospechamos que el resto del material puede estar oculto aquí, así que hemos traído una orden de registro, firmada por un juez, que nos autoriza a buscar por toda la casa.

—¿Por toda la casa? —preguntó la mujer, sofocada.

Inmediatamente pensó en las pilas de platos en el fregadero de la cocina, en los montones de ropa sucia en el lavadero del sótano, en las camas sin hacer, en el polvo acumulado sobre muebles y estanterías, en la porquería desparramada por el pasillo, en los vasos y tazas medio vacíos en la sala de estar... y todo eso solo en la planta baja. El piso de arriba era territorio de los chicos y ella apenas se atrevía a subir. Debía de estar peor que un vertedero.

—Por toda la casa —repitió Vorman, sacando la orden de registro y entregándosela.

La señora Finn solo fue capaz de abrir la boca y sacudir la cabeza.

—En todas y cada una de las habitaciones, armarios y cajones —insistió el detective, aumentando la presión.

Vorman sabía que a ninguna mujer le gustaba que la policía, ni nadie, anduviera fisgoneando por toda su casa.

—¿Es eso cierto, Jonah? —preguntó la señora Finn, con los ojos de repente humedecidos.

El chico se negó a hablar.

—Sí, es cierto —dijo Vorman—. Jessie lo ha confesado prácticamente todo, pero no piensa decirnos dónde ha escondido el resto del botín. Así que no tenemos otra opción que registrar su vivienda para ver si hallamos el material robado.

—¿Está aquí, Jonah? —le preguntó su madre.

Él la miró con expresión culpable.

—A estas alturas, es muy importante cooperar —añadió Vorman a modo de estímulo—. El juez lo tendrá en consideración.

—Si está aquí, díselo —le ordenó la mujer a su hijo en tono airado—. No tiene sentido hacer que la policía ponga patas arriba nuestra casa.

Se hizo un largo silencio.

—Miren —dijo Vorman al fin—, no puedo pasarme aquí toda la tarde y toda la noche. Pediré algunos hombres de refuerzo y empezaremos registrando las habitaciones de los chicos.

—¡Dímelo, Jonah! —gruñó amenazante la señora Finn.

Jonah se cruzó de brazos, se mordió el labio inferior y finalmente habló.

—En el altillo del garaje.

Sentado en el coche del detective Hamilton, Jessie contempló horrorizado cómo los agentes salían del garaje cargados con portátiles, tabletas y móviles.

—Bueno, bueno —dijo Hamilton—. Supongo que lo habrán encontrado todo. Quédate aquí.

El detective bajó del vehículo y fue a echar un vistazo. Jessie se enjugó una lágrima que le corría por la mejilla.

Linda Finn se vistió a toda prisa y cogió su coche para seguir a la policía hasta el centro. Jessie iba montado en el vehículo de delante. Jonah iba con el detective Vorman en otro coche. La mujer no paró de llorar en todo el trayecto, preguntándose cómo había podido ocurrir aquello. ¿En qué se había equivocado como madre? ¿Qué les pasaría a sus hijos? ¿Cómo afectaría aquello a su divorcio y a la batalla para obtener la custodia de Jonah y Jessie? ¿Importaría algo el tema de la custodia si acababan encerrándolos? Las preguntas se agolpaban en su mente mientras la pequeña caravana avanzaba por las calles de Strattenburg.

Una vez en comisaría se reunieron todos en un cuartito en el sótano, y por primera vez desde aquella mañana Jonah y Jessie se encontraron cara a cara. Jessie miraba a su hermano pequeño como si quisiera darle una paliza. Jonah pensaba en lo muy miserable y chivato que era su hermano mayor. Pero ninguno de los dos podía decir nada.

El detective Hamilton asumió el mando de la situación.

—Este delito ha quedado por fin resuelto y vosotros estáis metidos en serios problemas, así que no tiene sentido andarse por las ramas: no vais a volver a casa esta noche, y puede que no lo hagáis en mucho tiempo.

La señora Finn rompió a llorar de nuevo. Después de ahogar unos sollozos, consiguió preguntar:

—¿Dónde se los van a llevar?

—Hay un centro de detención de menores en esta misma calle. Pasado mañana comparecerán ante el Tribunal de Menores y el juez decidirá qué hacer con ellos por el momento. Dentro de un mes se celebrará la vista oficial. ¿Alguna pregunta?

Cientos, pero ninguna en voz alta.

Hamilton prosiguió:

—Voy a pedirle al detective Vorman que os lea vuestros derechos, reflejados en la Ley Miranda. Escuchad atentamente.

Vorman deslizó sobre la mesa dos hojas de papel, una para cada chico.

—Son iguales —les aclaró—. Primero: tenéis derecho a permanecer en silencio. Segundo: cualquier cosa que digáis en esta reunión podrá ser utilizada en vuestra contra ante un tribunal. Y tercero: tenéis derecho a un abogado y, si no os podéis permitir uno, el estado os asignará uno de oficio.

—Igualito que en la tele —replicó Jessie, haciéndose el listillo.

—Exacto —dijo Vorman—. ¿Alguna pregunta? Muy bien, firmad en la parte inferior de los formularios. Señora Finn, como madre de los chicos, también debe firmar debajo de sus nombres.

De mala gana, los Finn estamparon sus firmas y Vorman recogió los documentos.

Hamilton miró a Jonah y a Jessie y dijo:

—He pasado por esto cientos de veces, y os aseguro que lo mejor que podéis hacer en este momento para ayudaros a vosotros mismos es cooperar. Sois culpables. Sabemos que lo sois y podemos demostrarlo. El dedo acusador ya no apunta a nadie más. El juez, la misma persona que decide si seréis enviados a un centro de detención de menores, y por cuánto tiempo, me preguntará en el tribunal si habéis cooperado. A él le gusta cuando respondo que sí. Pero, cuando le digo que no, frunce el ceño y pone muy mala cara. ¿Lo entendéis?

—Quiero un abogado —dijo Jessie.

—Puedes estar seguro de que te conseguiremos uno —replicó Hamilton—. Scott, llévatelo al calabozo.

Vorman se puso en pie, cogió un par de esposas que llevaba sujetas al cinturón y, tras agarrar a Jessie por el cuello y levantarlo de su asiento, le inmovilizó las manos a la espalda. El detective abrió la puerta y se disponía ya a salir del cuarto con el chico cuando la señora Finn, dando un manotazo sobre la mesa, exclamó:

—¡Espere un momento! ¡Quiero la verdad! Chicos, quiero que vosotros dos me digáis ahora mismo la verdad. Siéntate, Jessie. Vuelve a sentarte ahí y cuéntame lo que ha pasado.

Vorman soltó a Jessie, que estaba alucinado ante la velocidad con que se había visto esposado. Se sentó con cuidado en el borde de la silla, con las manos todavía sujetas a la espalda.

Todo el mundo respiró profundamente. Luego Jonah dijo:

—Lo hicimos porque necesitábamos el dinero.

Theo estaba haciendo los deberes cuando la voz de su padre se oyó a través del intercomunicador telefónico del bufete.

—Oye, Theo.

—¿Sí, papá?

—Por favor, ¿puedes venir un momento a la sala de conferencias?

—Claro.

Allí estaban sus dos progenitores. Se notaba que su madre había estado llorando.

—¿Qué ocurre? —preguntó Theo.

—Tenemos buenas noticias —respondió su padre.

—Entonces, ¿por qué está llorando mamá?

—No estoy llorando, Theo —repuso ella—. Ya no.

—Acabo de hablar con el detective Vorman —le informó su padre—. Han arrestado a dos chicos, los hermanos Jonah y Jessie Finn, por el robo en Big Mac's. La policía ha encontrado casi todo el material sustraído en su casa.

—Su madre es clienta mía, Theo —dijo la señora Boone con aire apesadumbrado.

«¿No me digas?», pensó el chico, pero no comentó nada.

—Los Finn lo han confesado todo —continuó el señor Boone—, incluida su pequeña campaña contra ti. Por lo visto, te guardaban mucho rencor por culpa del divorcio de sus padres.

—Lo siento mucho, Theo —dijo la señora Boone—. Debería haberme dado cuenta.

El chico respiró hondo y sonrió al pensar en Ike. Su excéntrico tío había resuelto el misterio mucho antes de que nadie hubiera llegado a olerse nada.

—Pero eso es fantástico —exclamó Theo—. Las ruedas pinchadas, la piedra, los bulos en internet... ¿todo?

—Todo —confirmó su padre—. El asunto empezó a aclararse cuando alguien de la escuela informó de que el hermano menor, que va a séptimo curso, llevaba un móvil en el bolsillo. Y ya sabes que eso va contra las normas. El móvil resultó ser uno de los que habían sido sustraídos en la tienda de informática. Una cosa llevó a la otra, se encontró más material robado en la taquilla de los chicos, y luego la policía consiguió una orden de registro. En su casa encontraron todo lo demás.

Theo sintió como si alguien estuviera leyendo un diario con los secretos que él había escrito sobre sí mismo. Se las arregló para sonreír y asentir complacido mientras escuchaba el relato de su padre, aunque en realidad no estaba fingiendo. Se alegraba enormemente de que aquella pesadilla hubiera acabado por fin.

—¿Qué va a pasarles a los Finn? —preguntó.

—Eso lo decidirá el Tribunal de Menores —respondió la señora Boone—. El mayor, Jessie, tiene antecedentes y sospecho que lo encerrarán. A Jonah probablemente le concederán la libertad vigilada.

—¿Y cómo afectará eso a tu relación con tu dienta, con su madre? —preguntó el chico.

—Ya no puedo ser su abogada, Theo. Mañana le presentaré mi dimisión. Sus hijos te atacaron por mi culpa y yo debería haberme dado cuenta de ello. Lo siento mucho.

—Por favor, mamá, tú no tenías ni idea.

—No se puede hacer otra cosa, Theo —añadió el señor Boone—. Quizá tengamos que comparecer ante el Tribunal de Menores para dar testimonio de lo que te hicieron esos chicos. Tu madre no puede representar a la señora Finn cuando es probable que debamos testificar contra sus hijos. Sé que es una cuestión muy peliaguda, pero no nos queda otra elección.

El joven se encogió de hombros, aunque en el fondo se alegraba de que toda la familia Finn se mantuviera alejada de Boone & Boone.

Theo estaba emocionado, y sus padres, aliviados. Incluso Judge parecía más contento.

—Hoy es lunes —dijo Theo—. Voy a pasarme a ver a Ike.

Bob Dylan sonaba muy bajito en el equipo de música. Ike estaba fumando en pipa y una nube de bruma azulada se cernía sobre el despacho. A lo largo del día, Theo había enviado un montón de mensajes a su tío para mantenerlo informado. El último rezaba: «Los Finn arrestados. Confesión completa. Yujuuu».

—Enhorabuena, Ike —dijo Theo, depositando los cincuenta dólares sobre el escritorio demencialmente abarrotado de su tío—. Diste en el clavo.

Ike esbozó una amplia sonrisa: no era el momento de mostrar modestia.

—¿Qué puedo decir? Soy un genio.

—Fantástico, Ike. Simplemente fantástico.

—¿Cómo está Marcella?

—No muy bien. Se culpa a sí misma.

—Debería haberse dado cuenta, Theo. Marcella es demasiado inteligente para no haber sospechado que todo esto podría estar relacionado con alguno de sus casos.

—No la culpes tú también, Ike. Ya se siente bastante mal.

—Vale, pero si yo pensé en esa posibilidad, ella también debería haberlo hecho.

—De acuerdo. ¿Vamos a contarle lo de que hemos estado husmeando en sus archivos?

Ike se recostó en el asiento y puso los pies sobre la mesa, derribando algunas carpetas.

—¿Sabes, Theo?, he estado reflexionando al respecto. Ahora no es el momento de confesar.

—Entonces, ¿cuándo?

—No lo sé. Esperemos un tiempo. Ahora mismo todo el mundo está muy tenso. Tus padres han estado terriblemente preocupados. Dejemos que las cosas se calmen un poco y luego discutiremos el asunto, tú y yo solos.

—Me sentiría mejor si se lo contara todo a mis padres.

—Puede que sí, puede que no. Mira, Theo, la honradez es una gran virtud. Debes esforzarte siempre por tratar de ser honrado y digno de confianza, y si esta noche tu madre te preguntara si robaste la contraseña y luego me la pasaste, lo cual me permitió acceder a sus archivos, entonces deberías responder que sí. Eso sería lo más honrado, ¿cierto?

—Cierto.

—Sin embargo, ella no lo sabe y puede que nunca llegue a saberlo. Así pues, ¿sería una falta de honradez no decírselo?

—Yo lo siento así.

—Tienes trece años. ¿Le has contado a tu madre todas las cosas malas que has hecho en tu vida?

—No.

—Pues claro que no. Nadie lo hace, Theo. Todos tenemos nuestros pequeños secretos, y mientras

no le hagan daño a nadie, ¿a quién le importan realmente? Con el tiempo, los secretos suelen olvidarse y las cosas dejan de tener importancia.

—¿Y si alguien consulta el registro de entradas al InfoBrief del bufete y ve que alguien ha accedido desde fuera?

—Bueno, si eso pasara, lo que tendrías que hacer es explicar la verdad. Entonces yo intervendría, contaría también la verdad y asumiría toda la culpa.

—No puedes cargar con toda la culpa, Ike, porque fui yo quien robó la contraseña.

—Dadas las circunstancias, era lo único que podíamos hacer. Tendré una pequeña conversación con tus padres y les explicaré que fui yo el que insistió en consultar los archivos. Nos peharemos y todo eso, pero ya llevamos peleándonos muchos años. A veces hay que luchar, ¿lo recuerdas, Theo?

—Supongo, pero sigo sin sentirme bien por ello.

—Vamos a hacer lo siguiente. Durante el próximo mes no hablaremos más del asunto. Voy a registrarlo todo por escrito. Y cuando haya pasado el mes, a partir de hoy, volveremos a discutirlo.

El chico se quedó pensativo un momento, y luego, a regañadientes, dijo:

—De acuerdo.

No obstante, sabía que aquello no estaba bien, y también sabía que no dejaría de remorderle la conciencia hasta que se lo hubiera contado todo a su madre.

—Mamá me ha dicho que te invite a cenar esta noche con nosotros en Robilio's.

—Dile que se lo agradezco.

—Ahora tengo que irme. No sé qué más decirte, Ike. Eres el mejor.

—El mejor no, Theo. Tal vez entre los cinco mejores.

Theo bajó a toda prisa las escaleras, se montó en su bici y partió rumbo al bufete, pedaleando furiosamente calle abajo. Todo parecía mucho más ligero: el aire, la bicicleta, su estado de ánimo...

Theodore Boone ya no era el acusado.

FIN